Tras la huella de un inmigrante sirio en Chile

La vida de Nazmi Bitar

Sergio Bitar Chacra

Sergio Bitar Chacra
Tras la huella de un inmigrante sirio en Chile. La vida de Nazmi Bitar

© Sergio Bitar Chacra
RPI: A-305832
ISBN: 978-956-9197-97-0

Editor: Santiago Yazigi Hirmas
Diseño y Diagramación: Equipo Gráfico Impresores
Fotografías: Archivo familiar

Impreso por: Equipo Gráfico Impresores
Santiago de Chile
Julio de 2019

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin la autorización del autor.

Tras la huella de un inmigrante sirio en Chile

La vida de Nazmi Bitar

Sergio Bitar Chacra

CONTENIDO

9 » Agradecimientos
11 » Abdalah Bitar
13 » La familia de Habib Bitar
15 » La escena se remece en el Medio Oriente
19 » El destino de Nazmi Bitar
23 » América: al otro lado del mundo
25 » ¿Por qué Chile?
27 » Primeros pasos en su Nueva Patria
29 » La mano amiga de Jorge Hirmas
33 » Tiempos de progreso para Nazmi
35 » El Club Sirio
35 » Su futura esposa
39 » Campanas de boda para Nazmi y Juliette
41 » La familia Bitar Chacra
43 » Hora de estudiar
45 » Nuestro primer hogar
49 » Nazmi, "el industrial"…
51 » … Y el "Cuentacuentos" con moraleja
53 » Compartiendo con la abuela Salima Chacra
55 » Nazmi trae a su familia a Chile
59 » El imán de Las Vertientes
61 » Nuevos negocios y alianzas en Chile y el extranjero
65 » Nadie sabe para quién trabaja
69 » Los Bitar y los Hirmas
71 » Estudio en París y visitas familiares
73 » El tremendo impacto del Golpe Militar
77 » Unidos a la distancia
79 » Retorno a Chile
81 » Las visitas de Nazmi a su tierra natal
85 » La vida al regresar del exilio
87 » "La alegría ya viene"
89 » Un mundo que se va
91 » En Damasco Nazmi sufre un ataque cerebral
95 » Su vida con afasia
99 » La partida de Julia
103 » Nazmi sin Julia
105 » Sus últimos días
109 » Aparecen nuevos miembros de la familia de Nazmi en 2010
113 » El encuentro de las ramas chilena y libanesa de la Familia Chacra en 2018
113 » Nuestras raíces, nuestra identidad
115 » Testimonios de los descendientes de Nazmi y Julia
116 » Familia Bitar Hirmas
117 » Kenny Hirmas
121 » Javier Bitar
125 » Rodrigo Bitar (junto a Kenny, Sergio y Javier)
133 » Patricia Bitar
136 » Familia Bitar Maluk
137 » Lorenzo Bitar
141 » Cristina Bitar
145 » Alejandro Bitar
149 » Ana María Bitar
150 » Familia Tali-Hamideh Bitar

151 » Virginia “Yeny” Bitar
153 » Jorge Luis Tali-Hamideh
157 » Gonzalo Tali-Hamideh
159 » Macarena Tali-Hamideh
163 » Juan Carlos Tali-Hamideh
164 » Familia Bitar Samán
165 » Carlos Bitar
169 » Susana Samán
175 » Carlos Andrés Bitar
185 » Gabriela Bitar
189 » Fernando Bitar
193 » Susana Bitar
195 » Últimos testimonios

AGRADECIMIENTOS

Este libro surgió de un impulso, el impulso de preservar la memoria y conocer las raíces, y del estímulo de mi familia. Agradezco a todos ellos, en particular, a la hermana menor de mi padre, Violette, que lo sobrevivió algunos años, a mi sobrina Macarena, a quien encargué los primeros reordenamientos y correcciones; a mi sobrino Santiago Yazigi, quien le dio un orden y claridad que no poseía, y una selección de fotos notable. Gran editor.

Agradezco a los hijos y nietos de Nazmi y Julia que complementan este relato con sus propias miradas y recuerdos; a mi esposa Kenny, quien respaldó siempre a mi madre y asumió la responsabilidad de ordenar sus cuentas y las de la familia hasta hoy, y –más importante aun– que proporcionó las fotos que ha registrado metódicamente todos estos años, pasando horas en su computador lidiando con las nuevas tecnologías.

ABDALAH BITAR

Todas las personas quieren dejar un legado al final de su existencia. También los inmigrantes, que trajeron sus culturas, sus sueños y su esfuerzo. Pienso, por eso, que los descendientes de esos inmigrantes deben explorar y dar a conocer sus raíces, con el fin de desentrañar su propia identidad y valorar las hazañas que emprendieron sus ancestros.

Esa convicción me ha motivado a escribir estas páginas y esbozar la vida de mi padre, Nazmi Bitar, antes que el tiempo borre sus huellas en nuestra memoria. No dudo de que serán valiosas para la progenie, sus hijos, nietos y bisnietos… y las generaciones que seguirán. También para otras familias cuyos orígenes son similares, provenientes de lo que ahora son Siria, el Líbano o Palestina, y que entonces eran territorios ocupados por el imperio Otomano. En esa época aún no se habían constituido los estados nacionales de hoy.

Es probable que las experiencias que relato las compartan muchos otros descendientes de inmigrantes. Ellas servirán a quienes les interesa saber cómo sus ancestros se incorporaron y qué aportaron a la sociedad chilena.

Nazmi Bitar nació en Homs, Siria, en 1910, y murió en Santiago de Chile el 22 de diciembre de 2007. Fue el tronco de una familia extensa que al momento de fallecer abarcaba a 4 hijos, 14 nietos y 12 bisnietos. Algunos miembros de la familia lo conocieron más, otros menos. Varios bisnietos alcanzaron a verlo vivo al final de sus días. Saber de dónde viene su bisabuelo les servirá en la vida. Conocerán cuán imprevisible y sorprendente fue su existencia.

Nazmi llegó de otro mundo y nació en otra época. Para sus bisnietos fue un hombre de dos mundos, dos siglos, dos culturas. Sabrán que vivió una vida larga, casi un siglo. Dudamos si su nacimiento fue en enero de 1910, como nos dijo su madre, Olga (Loga, en árabe) Chacra Luca, o en diciembre, como decían sus documentos de identificación. Lo cierto es que él mismo nos contó que puso el 25 de diciembre como fecha de nacimiento.

¿Por qué en la Navidad? Porque sus amigos inmigrantes en Chile le dijeron al llegar que marcara un día festivo. Así lo pasaría mejor y no se sentiría solo. Pero antes de entrar en esa historia es necesario seguirle la huella a mi bisabuelo paterno, Abdalah Bitar, el más lejano del que tengo algún antecedente.

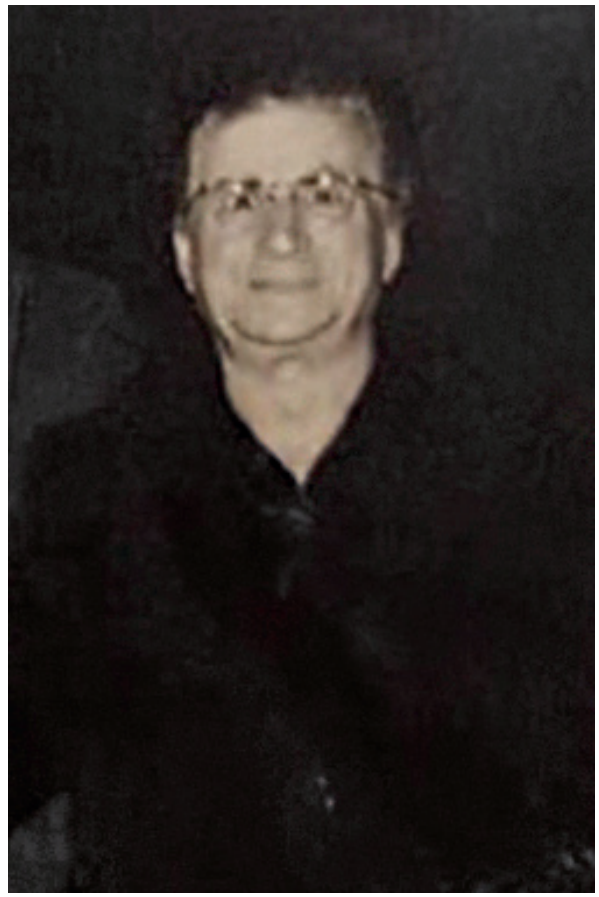
Abdalah Bitar, de quien sabemos muy poco, debe de haber nacido alrededor de 1850. Fue padre de dos mujeres, Marci y Futni, y tres hombres: Sarhan, Anis y Habib, este último, mi abuelo y padre de mi padre Nazmi.

Marci Bitar se casó con un señor Salloum. Sus hijos, primos de Nazmi, vivían en Nueva York y alcancé a conocerlos cuando viajé con mi padre a comienzos de los años 80. Su otra hermana, Futni, se casó con un señor Gattas, y Amín (Gattas Bitar), uno de sus hijos, emigró a Chile y alcancé a conocerlo.

Sarhan estuvo casado con Mariam, la hermana del patriarca de Antioquia (Alexander Tahan). Varios de sus hijos (Bitar Tahan) emigraron a Australia, a Sidney o Melbourne, entre ellos Bahiye –su única hija– Wasfi, Atalah, y Emile, este último en 1955. Otros dos permanecieron en Siria.

Por su parte, Anis emigró a Estados Unidos y tuvo varios hijos, uno de ellos, David, un farmacéutico, ya fallecido, y vivían en Brooklyn.

Habib Bitar, padre de Nazmi



Loga (Olga) Chacra Luca, madre de Nazmi

LA FAMILIA DE HABIB BITAR

Nazmi también pudo haber emigrado a Estados Unidos, Brasil, Argentina o haberse quedado en Homs, y nuestras vidas nunca habrían sido. Y no es una mera especulación, pues Habib Bitar, su padre, emigró a Nueva York soltero y a temprana edad, alrededor de 1890. Allí se reencontró y vivió con su hermano Anis. Pero, curiosamente, retornó a Homs.

Nunca he entendido por qué Habib volvió a su tierra natal. ¿No sé adaptó o carecía de empuje? Nueva York era un tremendo polo de desarrollo y foco de atención mundial.

¿Si así fue, por qué no se quedó con su hermano? ¿Por qué tampoco partió a Australia, adonde por esa fecha Sarhan envió a sus hijos? Sabemos que algunos hijos de Sarhan se instalaron en esa gran nación con éxito, extendiéndose luego por varias ciudades australianas. Como relato en las últimas páginas de este breve libro, en 2010 logramos encontrar las ramas australiana y estadounidense de esta familia.

Hacia 1900, a su regreso a Homs, Habib desposó a Olga Chacra Luca. Entonces podría haber vuelto casado a Nueva York y otra sería nuestra suerte. Sin embargo no fue así.

Habib Bitar y Olga tuvieron trece hijos, 5 mujeres y 8 hombres. Según me contó Violette, la única hermana viva al morir Nazmi, sólo sobrevivieron ella y 5 hombres: Nazmi, Mathad, Rafat, Eduard y William.

Desconozco la secuencia de nacimiento de los hermanos de Nazmi. Violette, la menor, tampoco la recordaba cuando le consulté. Sí se acordaba de que tempranamente murió otra hermana, la primera en llevar el nombre Violette, y su hermana mayor, Helena, a quien me referiré en unos momentos.

De los 3 hermanos hombres fallecidos muy temprano, uno se llamaba Fares, el otro William, cuyo nombre también repitieron más tarde. Del otro no hay recuerdo.

Mi padre, que vivió 97 años, era compacto y sólido. Sin embargo, también estuvo a punto de morir apenas siendo un niño. Alrededor de los 7 años sufrió fiebre tifoidea y lo dieron por muerto, como ya había ocurrido con varios de sus hermanos. Se trataba de una enfermedad muy grave en tiempos cuando no existía la penicilina, ni buena atención médica ni higiene en las ciudades.

Pero Nazmi aguantó. Según él, lo salvó el Arcángel Gabriel. Así me lo contó él mismo. Narró que, yaciendo en su lecho, el Arcángel se le apareció en su pieza vestido de blanco, con barba y empuñando un báculo. Nazmi afirma que el Arcángel Gabriel lo tocó con su mano y que entonces comenzó a recuperarse y salió fortalecido. De hecho, en su larga vida fue víctima de pocas enfermedades. Nazmi conservó una extraña prueba de esa enfermedad: un cráter de unos 10 centímetros al final de su columna, al llegar al coxis.

Tiempo después ocurrió un trágico episodio que involucra a su hermana Helena, y que seguramente marcó la vida de Nazmi. No recuerdo si lo supe a través de mi madre o de él. Un día, sus padres lo dejaron solo por unas horas con Helena. Helena cayó a un brasero y, a pe-

sar de los esfuerzos de mi padre por apagar el fuego, ella murió quemada. Entonces Nazmi tenía 10 años.

Respecto de Habib tengo la impresión de que era bonachón y de carácter tranquilo. Murió en Homs en 1942. No pude conocerlo, y ni a mi abuela ni a sus hijos les escuché hablar mucho sobre él. Su hija Violette y Nazmi contaban que era un tipo buenmozo, rubio de ojos azules.

Según las religiones abrahámicas, el Arcángel Gabriel hace de mensajero enviado por Dios a ciertas personas. Es venerado por cristianos, judíos y musulmanes

LA ESCENA SE REMECE EN EL MEDIO ORIENTE

La emigración hacia América desde el Levante, el Medio Oriente, lo que hoy son Siria, Líbano y Palestina, se inició a fines del siglo XIX. Las explicaciones que he escuchado para justificar tamaña y tan riesgosa aventura son variadas: las pobres vidas que sobrellevaban, contrastadas con los sueños y la atracción que despertaba América; el temor de las familias de que sus hijos jóvenes cayeran bajo la férula del Sultán otomano, que ocupaba la región y reclutaba muchachos para su ejército.

A su vez, las condiciones en el Medio Oriente eran duras. Subyugadas por naciones extranjeras, divididas en múltiples tribus, las actuales naciones carecían de cohesión. Algunas luchaban por su autonomía, otras se enfrentaban en disputas intestinas. El futuro de sus habitantes no era promisorio. Como en ese entonces la emigración era esencialmente cristiana, esa religión fue un puente cultural que facilitó el paso hacia Europa y América.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, en 1914, Nazmi tenía sólo 3 años.

Garante de la fe musulmana en Europa y Oriente, el imperio otomano sucumbió a su pasado glorioso de conquistas entre los siglos XV (Constantinopla, hoy Estambul) y XVII debido al auge del nacionalismo, la ambición territorial de Gran Bretaña y su derrota como aliado de Alemania en la Primera Guerra Mundial

Tras la derrota del Imperio Otomano sobrevino un cambio importante en la región. Gran parte de los territorios que ocupaba y que pasó a manos de las potencias coloniales era conocida como "La Gran Siria". En 1919 ingresaron las tropas francesas e inglesas al Medio Oriente. Aún tengo grabada la imagen que mi padre proyectó en mi mente con su relato de un episodio que me describió. En la calle principal de Homs, de la mano de su abuelo materno Fares Chacra, a los 7 años, vio ingresar y desfilar al ejército francés precedido de los primeros camiones.

En Homs nadie había visto tales "monstruos" antes. La gente se abalanzaba a inspeccionar dónde se ocultaban los caballos que los movían, y observaba atónita esos "enormes ojos de vidrio" (los focos de los vehículos). Nazmi reía para sus adentros ante la ignorancia de esos adultos, pues su padre, Habib, le había contado antes de la existencia de automóviles que había visto en Nueva York.

Lo que hoy son Siria y Líbano quedaron en manos francesas, mientras los ingleses ocuparon Palestina,

Siria Histórica o la Gran Siria es una región histórico-cultural de Oriente Próximo que comprende, aproximadamente, los actuales Estados de Siria, Líbano, Jordania, Israel, Palestina, la provincia turca de Hatay y la península de Sinaí

En la madrugada del 11 de noviembre de 1918, después de 4 años y 3 meses, la firma del armisticio con Alemania puso fin a la Primera Guerra Mundial. Este conflicto bélico movilizó a más de 65 millones de soldados, dejó 9 millones de muertos, 6,5 millones de heridos y 13 millones de huérfanos

Jordania, Irak y Egipto. Esa repartición había sido negociada entre las potencias coloniales en 1915, con el llamado Acuerdo Sykes-Picot, apellidos de los representantes de Inglaterra y Francia respectivamente. Con ese acuerdo desmembraron la zona y la repartieron entre tribus, creando estados pequeños para controlarlos. Así es como se cedió la costa Siria del Norte a Turquía, y pocos años después se creó el Líbano.

La vida cambió para Nazmi. Recuerdo sus relatos de entonces. Su pariente más admirado era su abuelo Fares, quien gozaba de una situación económica más holgada y poseía buenos contactos. Alguna vez escuché que Fares manejaba una tienda en la que vendía escopetas y tal vez armas más pequeñas, entre otros productos complejos y avanzados para su época. Fares mantenía buenas relaciones con los turcos ocupantes, a quienes proveía de implementos y crédito a cambio de tranquilidad para su familia.

Los lazos de consanguinidad en la familia eran estrechos. De hecho, Fares, abuelo materno de Nazmi, era primo hermano de Habib, padre de Nazmi. Las madres de Fares y Habib eran hermanas. Sorprende que no haya habido más anomalías biológicas con tanta endogamia (salvo que no nos hayamos percatado).

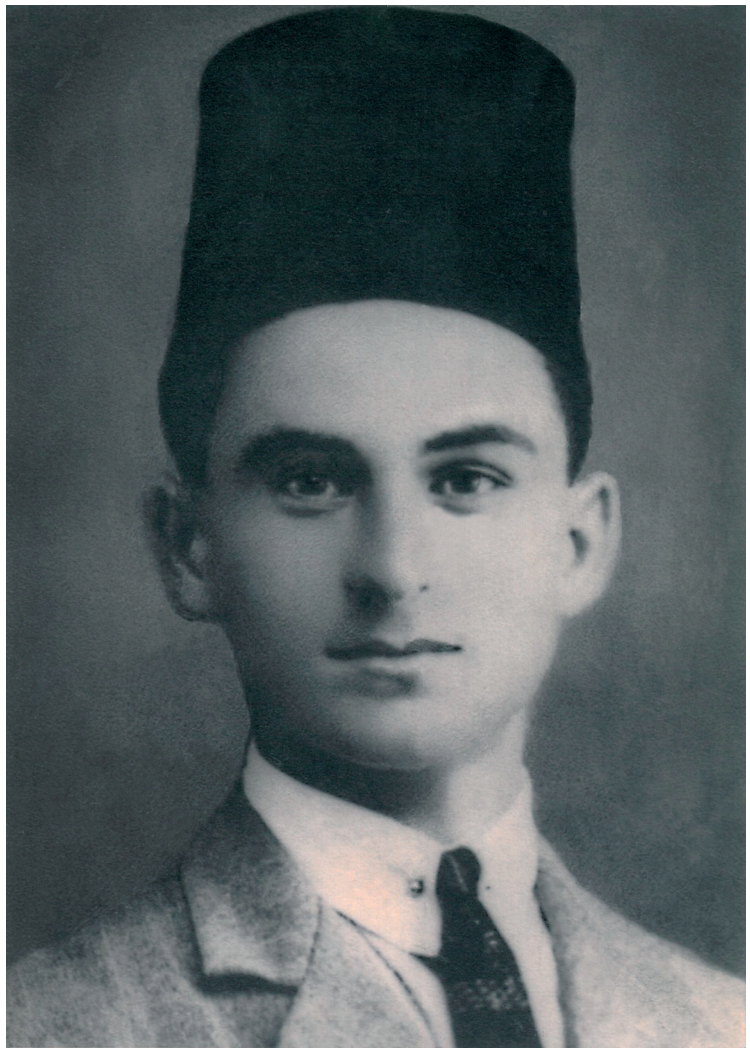
En 1926, luego de particionar la gran Siria en dos países, los franceses concedieron la independencia al Líbano, mientras Siria se mantuvo como colonia. En 1946, luego de largas luchas, Siria consiguió su independencia. Concluida la Segunda Guerra Mundial, Francia

Fares Chacra, abuelo materno de Nazmi

Esposa de Fares

se hallaba debilitada militar y políticamente, luego de su ocupación por Alemania hasta 1944.

Las independencias de las colonias europeas, como aconteció también en América Latina tras la ocupación de España por las fuerzas napoleónicas y la caída de Fernando VII, ocurren cuando los imperios coloniales se debilitan, sus ejércitos son derrotados en Europa y sus territorios, ocupados. Así pasó con Francia, que debió abandonar su dominación colonial en beneficio de la independencia siria.



Nazmi a los 16 años, edad en que emprendió su aventura a Chile

EL DESTINO DE NAZMI BITAR

¿Por qué Habib envió a su hijo Nazmi a América? Esta es una decisión tan inexplicable como trascendental.

En primer lugar, hay un hecho que sin duda puede haber acelerado la partida de un joven de 16 años junto a sus amigos de la misma edad.

Nazmi estudió en la escuela de los jesuitas de Homs, donde aprendió francés. Ello debe haber ocurrido entre 1921 y 1925. Después ingresó a trabajar como traductor, según me contó una vez, a la Sûreté Générale, los cuarteles generales de la fuerza de ocupación francesa. A los 15 años, él seguramente se sentía orgulloso de ser valorado como traductor por los franceses. Pero, paralelamente, habían comenzado a organizarse grupos independentistas que bregaban por el término del dominio francés. En su mayoría eran musulmanes, y es probable que consideraran a los cristianos como pro-franceses.

No sé si Nazmi o su madre Olga me contó que por entonces recibían amenazas en casa. Una vez se asustaron, pues por la noche alguien arrojó una piedra que quebró el vidrio de la ventana y cayó al interior de su morada. La envolvía un papel que anunciaba que matarían a Nazmi por colaborar con los franceses.

La familia cortó por lo sano: enviaría a Nazmi a América. Más valía emigrante vivo que residente muerto. De esta forma, por decisión de sus padres, Nazmi dejó atrás su tierra natal en 1927 rumbo a Valparaíso. Pero este largo viaje incluiría tres escalas –Beirut, Marsella y Buenos Aires– antes de alcanzar el puerto chileno.

Qué imágenes, sueños y temores cruzarían su mente al momento de partir…

Nazmi inició su viaje en tren desde Homs a Beirut porque éste era el camino natural para salir a Europa, embarcándose a América través del Mediterráneo. Ya había un flujo frecuente de jóvenes emigrantes por esa vía. Los primeros habían comenzado a emigrar años antes, y seguramente llegaban a su tierra natal noticias de cierto éxito en sus nuevas patrias. Esas patrias podían ser Argentina, Brasil, Perú, Colombia, Chile o Estados Unidos, pero para ellos era simplemente América. El sentido de las distancias físicas era precario para un habitante de esas lejanas tierras, con escasa educación.

En Beirut, capital de El Líbano, vivía su tío Antún (Antoine) Chacra, hermano de su madre Olga, que se había instalado antes en esa ciudad cuando era parte de la gran Siria, o Bilad Al-Sham (la tierra de Damasco).

Mi padre siempre mostró respeto por Antún como hombre culto e inteligente. En El Líbano nacieron y aún viven su hija Renée, y sus hijos François y Samih, quienes han multiplicado la familia. Son primos por quienes sentimos gran proximidad y afecto. Aunque nos habíamos visto muy poco, sus rostros, gestos, costumbres y su cariño nos resultaban muy cercanos. Hasta que tuvimos un encuentro maravilloso en España, en 2018. Por años conversaba con las ramas de la familia Chacra libanesa y chilena de encontrarnos, hasta que con mi primo Orlando Chacra convinimos en intentar ese encuentro en un hotel que Orlando acababa de comprar en Marbella. Pero esta historia merece un relato aparte, más adelante.

Después de pernoctar unos días en Beirut con su tío Antún, Nazmi zarpó a Marsella, donde alguna vez contó que permaneció por tres meses. Lo sé porque siempre re-

pitió cuánto le había impresionado ver parejas besándose en la calle de ese puerto francés, en un banco de alguna plaza cerca de los muelles.

"¿Cómo es posible besarse en público?" pensaba. En la cultura de su pueblo de origen, a pocos kilómetros de Marsella, era inconcebible tocar a una mujer y menos abrazarla en público. La relación entre hombre y mujer era físicamente distante, respetuosa y recatada.

A tal punto estaba marcado Nazmi por estas enseñanzas de su niñez que, incluso en 1964, año de mi matrimonio con María Eugenia (Kenny) Hirmas, a horas de partir de luna de miel, fuimos a almorzar a casa de mis padres. Allí estábamos naturalmente tomados de la mano cuando –medio en serio, medio en broma– Nazmi nos dijo que nos soltáramos.

En 1965 viajamos a Siria con Kenny desde París, donde estudiábamos, a conocer el lugar de mis ancestros. Mathad, el hermano mayor de mi padre, nos recibió y acompañó por Homs. Él había vivido en Chile. Mi padre lo había traído a Santiago y le instaló un negocio. Debe haber sido en el año 1930. Sin embargo, algo no funcionó bien con su negocio, su vida o el dinero, pues Nazmi le pidió que regresara a Homs. Lo vine a conocer 25 años más tarde.

Mathad nos llevó a Hama, una interesante y pequeña ciudad famosa porque conserva la gran rueda de un molino de agua romano, que aún giraba. En torno a ésta, en pleno verano, unos niños chapoteaban desnudos en las aguas del río.

Kenny vestía una "solera" y lucía su embarazo. Yo recorría Hama junto a ella con mi mano sobre su hombro. En un momento, pasó junto a nosotros una señora vestida de negro y con un pañuelo que cubría su cabeza y rostro. Al cruzarse se dio vuelta y lanzó una letanía en árabe. Mathad no quiso traducirla entera, pero nos reveló que protestaba por la ropa de Kenny y mi brazo sobre sus hombros.

Esas costumbres marcan a los jóvenes. Por ello, muchos años antes Nazmi se sorprendía en Marsella y reaccionaba según aquellas normas inculcadas desde su nacimiento.

Kenny (izquierda) junto a Mathad (centro), hermano de Nazmi, y Nicole de Chacra (esposa de Samih) en Siria en 1965

(De izquierda a derecha) Kenny, Sergio, Renée (hija de Antún) y Marie (esposa de Antún) durante el mismo viaje

Renée Chacra

François, Kenny y Samih en El Líbano en 2006

Nazmi Bitar, Antun Chacra y Michel Chacra.
Puerto de Beirut antes de zarpar en 1927

AMÉRICA: AL OTRO LADO DEL MUNDO

Seguramente, el éxodo desde el Oriente Medio hacia América era un proceso más extendido, porque otros 10 jóvenes –todos de edad similar– tomaron el tren de Homs a Beirut junto a Nazmi, y después se embarcaron vía Marsella. Entre ellos recuerdo a Michel Chacra (su tío materno, aunque de la misma edad que Nazmi) y Gerardo Haddad. Desconozco el motivo de los demás compañeros de viaje, si tenían algún pariente ya residiendo en Chile. De cualquier forma, todos eran jóvenes y juntos podrían resistir mejor las penurias de esta audaz aventura.

Portando su "laissez-passer" francés Nazmi las emprendió a América. Sus predecesores, que emigraron antes de 1919, viajaban con documentos turcos, otorgados por el Sultán que dominaba esas tierras. Luego del ingreso de franceses e ingleses en la zona del Levante, los emigrantes iban premunidos de pasaportes o salvoconductos proporcionados por esas dos naciones.

Recuerdo dos anécdotas más del viaje de Nazmi, quién sabe cuántas otras olvidé.

El barco recaló en Buenos Aires y desde allí navegó a Valparaíso por el canal de Magallanes. En esa última parte de la travesía Nazmi vio grandes bloques de hielo y lo emocionaron los enormes cetáceos que acompañaban el barco, aflorando y hundiéndose, jugueteando.

En tiempos de calentamiento global, aniquilamiento de ballenas y biodiversidad, llaman la atención aquellos relatos. Los bloques de hielo ya no existen en esas zonas del Cabo de Hornos o del Estrecho de Magallanes. Tampoco es frecuente el avistamiento de ballenas y hay que cuidar cada vez más su supervivencia.

La otra anécdota ocurrió al llegar a Valparaíso. Al bajar del navío, Nazmi dice haber visto un hombre tendido en el suelo, a los pies de un policía vestido de azul. Lo sorprendió y consultó a los suyos "¿Quién era esa persona muerta?". Le respondieron, "No está muerto, está borracho".

Al oír esas palabras, Nazmi se echó a llorar. "¿A qué país he llegado? ¿Qué hábitos salvajes tienen aquí? ¿Cómo puede estar un hombre tendido borracho junto a un policía?"

A mí me sorprendió su reacción de entonces. La explicación que hallo es que venía de un lugar donde se bebe poco o nada de alcohol. Está prohibido. Y una situación así era impensable y degradante.

Salima Chacra y Abdel (Salvador) Malak, padres de Juliette Chacra y tíos de Nazmi

Orlando Chacra el día de su matrimonio con Elena Orfali, junto a Zoraida y Juliette, el 15 de enero de 1956

Orlando y Juliette

¿POR QUÉ CHILE?

Poco se sabía de boca de Nazmi sobre por qué llegó acá y no se quedó en Marsella o Buenos Aires. Creo que el destino final definido por sus padres era ir adonde ya había emigrado y estaba parte de su familia, y su tía Salima y su tío Antonio (Untanos), hermanos de su madre, se hallaban en Chile.

Aquí, Nazmi encontraría la misma forma de vida o similar a la que estaba acostumbrado y sufriría menos. Por lo demás, viajaba con su tío Michel y su amigo Haddad, que salieron de Siria con instrucciones similares a las suyas. Sin duda, cuando varios parientes emigran juntos se encaminan al mismo destino.

Salima Chacra, casada con Abdel Malak (Salvador) Chacra, tenía 3 hijos: Juliette, Orlando y Zoraida.

¿Qué sabía Nazmi de ellos? Seguramente, las familias habrían intercambiado cartas con relatos de la vida en tierras chilenas. En Chile, mi abuela materna Salima había constituido una familia que vivía modestamente de las actividades comerciales de Salvador. En árabe Chacra significa "rubia", por lo que su casa en Homs era conocida como "bet el Chacra" ("la casa de la rubia").

CITY EDITION

London Herald

Est. 1704

LATE PRICES

No.26457 FRIDAY 25th OCTOBER 1929 1d

WALL STREET CRASH!

Black Thursday in America

Stocks Plunge and Eleven Commit Suicide

Panic selling hit the New York Stock Market yesterday as nearly 13 million shares changed hands in just one day.

Massive sales in the early morning created an extraordinary atmosphere of chaos and panic. Brokers flooded the market with orders from their investors to sell at any price.

As the situation reached crisis level, the market broke down entirely as the sea of brokers clamoured madly for non-existent buyers. Stocks were traded for any price and the value of some companies halved during the course of the morning.

The huge early morning sales followed a week of uncertainty on Wall Street and the bottom finally dropped out of the market at 11.30am, when the ticker tape was no longer able to keep up with the sheer volume of activity.

Crisis Meeting

A crisis meeting of New York's leading bankers was held in the offices of JP Morgan & Co and prices recovered slightly in the afternoon on the assurance from the firm's senior partner, Thomas W. Lamont, that the problems were 'technical rather than fundamental'. With masterly understatement, Mr Lamont admitted that: 'there has been a little distress selling on the Stock Exchange' but the most influential financiers in New York concluded that the market was essentially safe and was simply readjusting after four strong years of growth.

In an attempt to defuse the crisis, the Treasury in Washington also issued a statement to the effect that general business was still fundamentally sound and that the vast losses affected mainly paper profits only. The reassuring nature of the statement was, however, undermined by intimations from Treasury officials that proposals to cut taxes next year would be abandoned unless the Stock Exchange rallied.

Riots

Despite the rallying-round of the great and good, the day's activities saw thousands of businessmen ruined and police riot squads were forced to enter Wall Street to disperse the crowds of hysterical bankers and investors. The late recovery in some prices was not sufficient for many of those bankrupted by what is already being called The Wall Street Crash. Eleven speculators were believed to have committed suicide.

Panicking investors gather around the statue of George Washington on Wall Street.

What Went Wrong?

The initial massive sale of stocks began when it became clear that a downturn in some major industries was expected, mainly because of overproduction in the very competitive automobile industry.

Once the panic began, the situation simply grew out of control as nervous investors all tried to shed their plummeting stocks at the same time.

Chaos

The all-consuming chaos was, in part, blamed by bankers on the inadequacy of the old ticker-tape system in processing such enormous volumes of trade. By the end of the trading day, the ticker recording Stock Exchange transactions was over four hours behind the trading which had taken place.

Telephone facilities were also totally deficient during the crisis, not only in Wall Street but also throughout the City of New York. The system almost ground to a halt at times as it seemed as if every inhabitant of New York was trying to call the financial district with instructions to sell.

Speculators

Since the end of the depression of the early 1920s, new speculators have flooded into the bull markets and stocks have quadrupled in value over four years, often bought on credit, rather than with cash. Thousands of these risk-takers have had their fingers very badly burned by Black Thursday.

Financial Reports - p11

OTHER NEWS

London Buses to be Red - The Government announced that all buses in London will be red. The decision follows the recent trial of a red and yellow version of the new bus, which failed to win popular support. **p10**

New Government in France - The appointment of a new government is expected in France, following the resignation of the government of veteran statesman, Aristide Briand, on Tuesday. **p4**

Yugoslavia is Born - The new official name of the Kingdom of Serbs, Croats and Slovenes will be 'Yugoslavia', it has just been announced in Belgrade. **p7**

COLEMAN'S "WINCARNIS"

Over 8,000 Testimonials received from Medical Men.

Conocida como la Gran Depresión, ésta fue una brutal caída bursátil ocurrida el martes 25 de octubre ("Martes negro") de ese año en Estados Unidos, que afectó durante cerca de una década a casi todo el mundo

PRIMEROS PASOS EN SU NUEVA PATRIA

Nazmi arribó a Chile, sin saber, en un momento crítico.

Desde el término de la llamada República Parlamentaria, el primer gobierno de Alessandri en 1920 y la nueva Constitución de 1925, Chile vivía una aguda inestabilidad política. Se sucedían los gobiernos cortos y las intervenciones militares, hasta que asumió el entonces coronel Carlos Ibáñez en 1927. Ibáñez ganó las primeras elecciones presidenciales por voto directo y duró poco tiempo, hasta 1931. Las enormes presiones sociales producían frecuentes cambios de gobierno, y cada cual intentaba implementar nuevos modelos. Hasta hubo una breve "república socialista". Además, la economía estaba próxima a sufrir un embate demoledor, consecuencia de la gran crisis y el desplome mundial de las bolsas en 1929.

A poco de llegar, Nazmi se instaló en una pensión en la calle San Diego. De allí salía a buscar trabajo.

La predisposición natural de estos inmigrantes del Medio Oriente era el comercio. Los que habían arribado antes se dedicaban a esa labor, vendiendo y comprando telas, hilos, botones, ropa, ya fuera como vendedores ambulantes o instalados con sus paqueterías.

Imagino que ello se liga a sus tradiciones. El Oriente Medio es una de las zonas más complejas desde el punto de vista político, cultural, económico, social y étnico. En esa región surgieron grandes civilizaciones y es un puente entre Oriente y Occidente que vio ir y venir a tantas gentes. Sufrió invasiones, fue testigo del nacimiento y la convivencia de distintas religiones. De hecho, allí se dio por muchos siglos una coexistencia notable entre las tres grandes religiones monoteístas: cristiana, islámica y judía.

Lo ocuparon hititas, fenicios, asirios, nabateos, romanos, griegos, árabes. Fue un lugar donde floreció la cultura, el comercio, y que también sucumbió a la guerra y la pobreza. Cruzados y otomanos aportaron a moldear su cultura y sus experiencias obligaron a sus habitantes a desplegar una particular flexibilidad para adaptarse y convivir.

Tal vez los emigrantes como Nazmi heredaron esas mismas cualidades: flexibilidad para adaptarse, vivir y coexistir con otras culturas, permitiéndoles sobrevivir, desplegarse y progresar, sin importar las dificultades que enfrentaran.

De hecho, los relatos de Nazmi de sus primeros años en Chile trasuntaban precariedad, dificultad y temor a la pobreza. Él se describía, con frecuencia, sentado en la escalera de una pensión en la calle San Diego comiendo pan con aceitunas, pues el dinero no alcanzaba para más.

Al embarcarse a América, su padre Habib había puesto entre sus manos un puñado de libras de oro para sus necesidades iniciales. Más de una vez las necesitó para comer. Pero primó su orgullo. Me contaba que cuando "picaba el hambre" apretaba las libras en su puño. Había jurado no tocarlas. Hacerlo significaría para él que había fracasado, al no ser capaz de ganar su pan. Y no las gastó. Se transformaron en una "manda" o un amuleto que lo haría salir adelante.

Durante los primeros años de su vida en Chile, la economía comenzó a sufrir un gran retroceso, agudi-

El Oriente Medio o Medio Oriente es un término cuyo alcance es debatido. En la actualidad, predomina como la definición de un territorio situado aproximadamente al Suroeste de Asia, al que por cercanía se suman Chipre y Egipto

zando los problemas políticos y sociales. Chile dependía grandemente del salitre, sometido entonces a la intensa competencia de los nitratos artificiales, inventados en Alemania al comenzar la Primera Guerra Mundial. Como lo mencioné, la crisis de 1929 golpeó con rudeza. Los precios de las materias primas se desplomaron, el salitre fue muy afectado, y la producción de cobre recién comenzaba a expandirse. Chile sufrió una caída profunda; fue el país más dañado de América Latina. La crisis política y económica comenzó a subsanarse recién en 1932, con la lenta recuperación de la economía mundial, y luego vino la elección de Arturo Alessandri como presidente de la República, por segunda vez.

LA MANO AMIGA DE JORGE HIRMAS

En ese contexto le tocó vivir a este joven Nazmi, entre los 17 y los 22 años de edad. Empezó comprando telas para vender a lo largo del país. Pero ¿qué fabricante entregaría telas a quien no disponía de capital de trabajo? ¿Cómo dar confianza? No le fue fácil.

Entonces apareció en su vida un personaje que le ayudó, y a quien siempre admiró, Jorge Hirmas, quien años después sería el abuelo de María Eugenia Hirmas (Kenny), mi esposa.

Jorge Hirmas debe de haber arribado a Chile con su salvoconducto turco entre 1891 y 1893, después de dejar Belén y trabajar seis años en Italia.

A comienzos de los años 20 ya había instalado sus primeros telares en Santiago y producía géneros. Era un hombre serio y respetado. Él le dio a Nazmi la oportunidad de vender sus telas. Confiando en su capacidad y honestidad no le pidió dinero por adelantado. Mi padre dice que vendió bien, le trajo el dinero de vuelta y entonces comenzó a progresar.

Una anécdota que Kenny me leyó de un libro escrito por un pariente de los Hirmas, y que más tarde confirmaron Alejandro y Víctor Hirmas, sus tíos, menciona que Jorge Hirmas y otros familiares llegaron vía Roma. Allí obtuvieron una carta del Cónsul chileno en Italia dirigida al hermano del Presidente Balmaceda. El Presidente había muerto, después de una cruenta guerra civil. Se había suicidado el 19 de septiembre de 1891, ya terminado su mandato, en la Embajada de Argentina, donde se había asilado al terminar esa lucha intestina que lo derrocó.

Según el relato, tiempo después de arribar a Chile, Jorge Hirmas y algunos de sus parientes se presentaron con la carta ante el hermano del presidente. El resultado fue positivo: Balmaceda los ayudó a instalar una tienda en el Portal que corría entre Monjitas y Merced, en la Plaza de Armas.

En el transcurso de algunas décadas, Jorge Hirmas y sus hijos llegarían a crear una de las mayores fortunas chilenas en 1960.

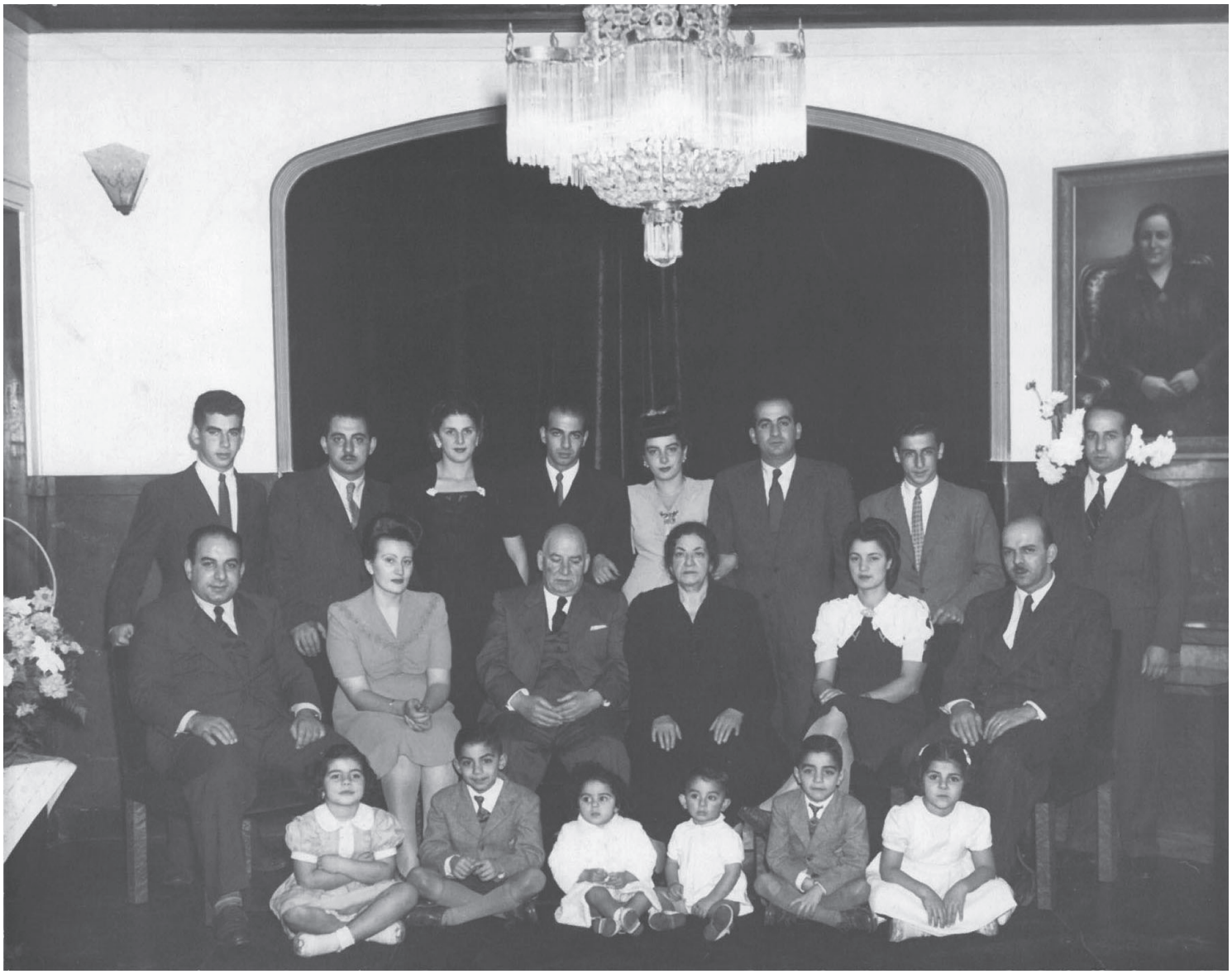
Desde entonces Nazmi conoció y entabló amistad con los hijos de Jorge: Salvador, Nazir, Alfredo (con quien, aproximadamente entre 1935 y 1937, instaló una tienda en el centro de Santiago, en la que vendían “medias” para mujer que fabricaban los Hirmas), Alberto, Miguel, Victoria, Alejandro, Carlos y Víctor Hirmas. Su relación más cercana fue con Nazir, de edad similar a la suya.

Nadie podía predecir que, más tarde, Nazir sería el padre de Kenny (mi suegro) y el padrino de mi hermano Lorenzo.

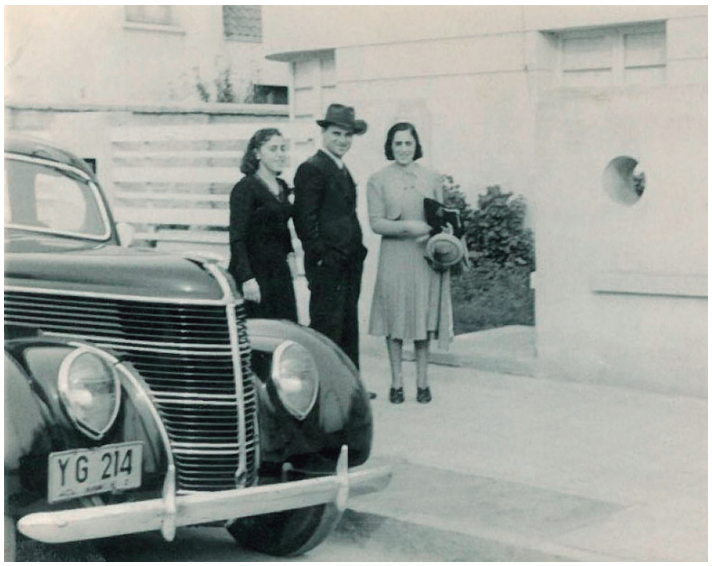
De izquierda a derecha (frente) Juana, Jorge Hirmas, Melania, hermana de Jorge (atrás) Alberto, Salvador, Alfredo, Nazir y Miguel (circa 1920)

Nazir Hirmas, fallecido de un infarto en 1974

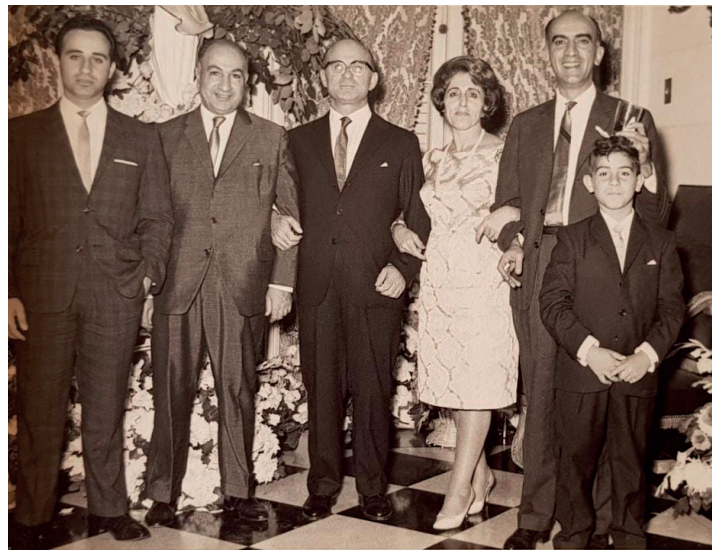
Un amigo de Nazmi, Nazmi, Nazir Hirmas y el argentino Juan Dial



La familia Hirmas (casi) en pleno en 1943. Beatriz Hirmas, hija de Nazir y Eugenia Rubio aún no había nacido. De pie: Víctor, Alberto, su esposa Rosa Giacaman de Hirmas, Alejandro, Toya, Alfredo, Carlos y Miguel. Sentados (adultos): Salvador, Ani (señora), Jorge, Melania (hermana), Eugenia y Nazir. Sentados (niños): Sonia, Boris, Kenny, Jorge, Sergio y Leyla



Zoraida, Nazmi, Julia y un vistoso auto de la época



Lorenzo, Antonio Said, Nazmi y Julia, Jaime Said, Carlos Bitar, circa 1964

Nazmi y Fadul Mehech

Julia (esposa de Nazmi) Victoria de Valech, Yeny Bitar, Taufic Valech, Nazmi, Lorenzo y Sergio Bitar

TIEMPOS DE PROGRESO PARA NAZMI

Las cosas fueron mejorando poco a poco. Al sentirse más seguro, Nazmi envió pasajes a su hermano Mathad, lo trajo y le instaló un negocio. Como lo mencioné, algo pasó entre ellos, pues permaneció en Chile unos años antes de retornar a Homs, tal vez a comienzos de los 40, y no tengo memoria de él en el país.

Nazmi continuó progresando, adquirió un auto, vestía bien, a juzgar por las fotografías, y poco a poco armó su red de amigos. En eso fue selectivo, pues se jactaba de ser un inmigrante culto, con conocimiento de un buen árabe y francés, de leer y estar informado. Creo que siempre persiguió la meta de alcanzar un estatus de respeto dentro de la comunidad árabe y de reconocimiento de sectores de la élite y la diplomacia chilenas.

A su vez, reunió un buen número de libros en árabe. Conservo algunos, y en particular recuerdo que mencionaba, recitaba y releía a Al-Mutanabbi, connotado poeta y ensayista árabe –agudo consejero político de gobernantes de entonces en Damasco, Bagdad, El Cairo– y precursor en estilo a Machiavello, con cinco siglos de anticipación.

Entre sus amigos predilectos, además de los familiares, recuerdo de esos tiempos a Rafael Banduc, mi padrino de bautizo, Atalah Gattas, Fadul Mehech; Miguel y Raúl Laban, Jorge Sarquis, Hafez y Raúl Awad; a Ricardo Chamy, el argentino Juan Dial, Juan Said, Nazir Hirmas, Nicolás Yarur, Taufic Valech, Scandar Kanacri, Canaan Apse, y –en sus últimos años de vida– a Manuel Valech y Jaime Said.

Además, mi padre cultivaba una relación cercana con los embajadores de países árabes. Por entonces, su selecto amigo era el de Egipto, Rashad Murad.

EL CLUB SIRIO

Por esos días, los sirios confluían en Santo Domingo con Miraflores, en el Club Sirio (Nade Sure). Era el punto de entretención y encuentro. Allí jugaban *tauli* (backgammon) y cartas, hasta avanzadas horas de la madrugada, escuchando música árabe y deleitándose con *fustok* (pistachos), *arak* (anís); platillos como *humus* (garbanzos), *ful* (habas) *babaganush* o *batersh* (berenjenas), y los consabidos rellenos (zapallos, berenjenas, hojas de parra, calabazas), sin contar el infaltable *kubbe* o *kebbe*, como pronuncian los libaneses.

Allí se tejieron relaciones que perdurarían y en parte influirían en la vida de la familia.

SU FUTURA ESPOSA

Aunque no recuerdo relatos muy explícitos, debo suponer que el solaz del joven inmigrante Nazmi, en medio de sus vicisitudes, era la casa de su tía Salima Chacra, hermana de su madre. Allí se sentía en familia y lo invitaban a almuerzos dominicales. Por entonces, en 1930, la hija mayor de Salima, Juliette, tenía 14 años. Era su prima chilena.

Nunca escuché un relato detallado, pero supongo que cuando Juliette tenía ya 18 años, Nazmi la miraba con atención y ella apreciaba a su primo mayor (tenía 6 años más que ella) venido de otras tierras, elegante, con trabajo, entretenido, y un tanto pícaro para atraer y seducir a la familia y a su hija mayor.

Nazmi era un hombre amante de la vida, de salir y compartir. Era soltero y tendría variadas amigas, pero pensando en lo que significaba "vivir para siempre" creo que no dudaba de las cualidades necesarias de su futura esposa y su matrimonio: debía ser con una mujer de familia conocida, de costumbres similares, que reconociera y respetara su tradición y cultura, su música, comida, conducta y sus normas. Su mujer habría de educar a sus hijos, otorgarle dignidad, hacerlo sentirse orgulloso y seguro.

Por su tradición cultural, cristiana ortodoxa en el Medio Oriente, el matrimonio para él era para toda la vida. Era más que amor o pasión: también significaba una relación social, una convivencia permanente. El divorcio era impensable entonces y no recuerdo que entre sus amigos se produjera alguno. No me extraña, entonces, que haya contemplado el proyecto de matrimonio con su prima hermana Juliette.

Entretanto, Juliette, que provenía de una familia modesta, había tenido una vida difícil. Muy inteligente, terminó su primaria y realizó estudios de formación

técnica, tomando cursos de costura. Desarrolló esa gran habilidad, que habría de ayudar mucho en los tiempos de escasez para mantener a su ulterior familia.

Al final de sus días, ya en cama por una dolencia cardíaca, me contó que su infancia y adolescencia fueron tristes. Su padre fue un modesto comerciante, aunque un hombre íntegro y generoso. En las épocas duras, ella recordaba que toda la mercadería que su padre poseía para vender y conseguir el sustento su padre la guardaba en una caja que transportaba a su trabajo diario.

De sus relatos deduje que uno de los hermanos de la abuela, Untanos, pretendía imponer sus reglas en la casa. Mi madre recordaba que él tenía hacia ella un trato seco, a veces incluso hostil. Una vez la empujó, ella cayó y se quebró la nariz.

Matrimonio Nazmi - Julia, 1940

Nazmi y Julia junto a familiares y otros asistentes a su boda, 1940

CAMPANAS DE BODA PARA NAZMI Y JULIETTE

A fines de la década de los 30, mi padre, ya bordeando los 30 años, se había forjado una situación más segura y le propuso matrimonio a su prima hermana. Tal vez, por lo que escuché más tarde, temieron que la proximidad genética de ambos pudiera ocasionar malformaciones en sus hijos.

Se casaron en enero de 1940. Mi madre, que vivía con su familia en la calle Carrera, se trasladó a Manuel Montt, donde a los recién casados los esperaba su nueva casa. Yo, el primogénito, nací a fines de ese año. Poco después, mis padres arrendaron casa en calle Dalmacia 1236, que fue nuestro hogar por 20 años y donde nacieron Lorenzo, Virginia Isabel (Yeny) y Carlos.

De la familia, predomina por ley y tradición el apellido paterno, Bitar. Sin embargo, la rama mayoritaria de la familia es Chacra.

Así, Julia (y sus hermanos Orlando y Zoraida) descendían de una hija de Fares Chacra, Salima, y de Abdel Malak (Salvador) Chacra. Nazmi, por el lado materno, era hijo de Olga (hermana de Salima). O sea, los hijos de Nazmi y Julia tenemos tres dosis de Chacra por una de Bitar.

Sergio, Yeny y Lorenzo, 1948

LA FAMILIA BITAR CHACRA

Los dos primeros hijos de Nazmi y Julia, yo y Lorenzo, nacimos en 1940 y 1942, en tiempos de guerra y escasez mundial, durante los gobiernos radicales de Aguirre Cerda y Ríos. Yeny vio la luz en 1946 y Carlos, el menor, mucho después, en 1952. Para entonces, la familia vivía con mayor holgura.

De esa época recuerdo las primeras enseñanzas de nuestro padre. Las más frecuentes tenían que ver con las enfermedades. Nazmi nos advertía y enseñaba cómo cuidarnos, contándonos sobre amigos que habían quedado en el camino, deteriorados o fallecidos a causa de la tuberculosis o la sífilis. Eran sus grandes temores. De allí que nos enseñara a evitar todo contacto con riesgos de infección, baños, relaciones sexuales. La tuberculosis se curaba por entonces enviando a los pacientes al Cajón del Maipo.

Cuando éramos algo mayores, Nazmi también nos aconsejaba no ahorrar en neumáticos. Para reforzar esa lección nos contaba el accidente que causó la muerte de uno de sus amigos, hombre de muy buena situación, por usar neumáticos gastados. También comentaba la inconveniencia de ahorrar en zapatos. Solía decirnos "cómprese los mejores, pues se usan todo el día".

Nazmi era un hombre hábil para cultivar relaciones, llevar regalos, atender bien. Mi hijo Javier recuerda que uno de los consejos de su abuelo era: "atienda bien a las secretarias: ellas abren las puertas".

Sergio y su hermano menor Carlos en 1954

HORA DE ESTUDIAR

Para muchos inmigrantes, la educación y el éxito económico eran las llaves que abrirían el futuro a sus hijos. Los estudios y los colegios son parte central de las decisiones de una familia, revelan sus aspiraciones y percepciones respecto de calidad y estatus futuro que pretenden para sus hijos. La educación que se puede brindar va de la mano con la capacidad económica de los padres de pagar los colegios y, eventualmente, la universidad.

En ese sentido, la situación económica de mi padre comenzó a afianzarse en la década de los 40. Entonces, Nazmi y Juliette sentaron las bases de una familia con aspiraciones de clase media, dedicada al comercio, a la industria pequeña o mediana, y abrigaban la meta de asegurar una buena educación a sus hijos.

Con mi hermano Lorenzo cursamos nuestra educación primaria en el Andrew Carnegie College, y luego de terminar la preparatoria pasamos a secundaria en el Instituto Nacional (excelente liceo público). Es decir, los dos hijos mayores fuimos formados bajo una educación pública gratuita. A diferencia de Lorenzo y de mí, nuestra hermana Yeny comenzó sus estudios en el colegio Dunalastair, privado, con un bus a la puerta para llevarla y traerla. Las cosas andaban mejor.

Con Lorenzo salíamos de casa temprano, a las 7:15 AM, para llegar a las 8:15 AM al Instituto Nacional. A esa hora encaminábamos nuestros pasos por Manuel Montt, desde Dalmacia hasta Bilbao, donde tomábamos el trolebús hasta la Alameda con Ahumada. Bajábamos, cruzábamos la Alameda y nos enrumbábamos por San Diego para ingresar al colegio por el lado del "medio pupilaje" (sección para los alumnos que almorzábamos ahí).

En esa época, Nazmi visitaba asiduamente, un par de veces a la semana, el Club Sirio. Arribaba a las 7 de la tarde a jugar cartas o *tauli* y comer con sus amigos. Con frecuencia se le pasaba la mano y llegaba a altas horas de la madrugada. Mientras dormíamos no nos percatábamos de su llegada. Pero en un par de ocasiones nos topamos con él mientras nos dirigíamos al colegio, alrededor de las 7:00 de la mañana ¡Sorpresa! "¡Qué hace el papá aquí a esta hora!" Mi madre, inteligente y cauta, nada nos decía. Pero, obviamente, su marido tenía sus costumbres y amigotes. En el club se entretenía con sus compatriotas, con quienes compartían las mismas raíces. Las esposas aguantaban. Julia se volcaba en la costura y canalizaba su frustración educando a sus hijos. De pequeños nos inculcó una aversión al juego y a la "farra".

Años más tarde, a fines de los 50, nuestro hermano menor Carlos, gracias a que la familia vivía una situación económica más holgada, fue matriculado en el colegio jesuita San Ignacio, en la Avenida Pocuro de Santiago.

Su azaroso ingreso a ese colegio merece una digresión.

El padre Jaime Correa, a la sazón Rector del colegio San Ignacio jesuita, me contó, años después, en un evento de homenaje al padre Alberto Hurtado, una sorprendente anécdota. "Sergio, me dijo, cuando su madre vino a inscribir a Carlos no había vacantes, la lista excedía las posibilidades y optamos por dar preferencia a los hijos de quienes habían estudiado con los jesuitas. Le dije que lo sentía y que volviera en otra ocasión".

"A los pocos días", continuó el padre Correa, "su padre Nazmi me pidió una cita para decirme "yo estudié

con los jesuitas en los años 20", "¿Dónde?", le pregunté, "en Homs" contestó su padre". "Por lo tanto", prosiguió Nazmi, "Carlos cumple la condición de ser hijo de un alumno de Uds. Le pido que lo acepte", pues Correa recordó entonces que en su época de estudiante de Teología en París, escuchaba comentar a los curas jesuitas franceses que la escuela de Homs era una de las joyas del Medio Oriente. Las puertas de los jesuitas se abrieron gracias a Nazmi.

A veces me pregunto por qué, en Homs, siendo la familia de Nazmi de religión cristiana ortodoxa, enviaron a su hijo a un colegio católico francés. Pues imagino que los ortodoxos no verían con buenos ojos esta intromisión católica en terrenos ajenos. La historia revela que las pugnas entre Bizancio y Roma, que motivaron esa escisión entre católicos y ortodoxos en el siglo XI, aún dejan huellas. Además los franceses eran fuerza de ocupación. Tal vez vieron en ello una educación más sólida y una vía de progreso más rápido, de aprendizaje de otro idioma, o una fuente de contactos nuevos.

Retornemos con este relato a Chile. Luego de nuestros estudios secundarios los tres hermanos varones estudiamos en la Universidad de Chile. Mientras Lorenzo entró a leyes, yo y, años más tarde, Carlos escogimos ingeniería.

Desde mis primeros pasos recuerdo la mano firme, sabia y cariñosa de mi madre, quien asumió nuestra crianza. Ella fue sin duda el pilar y la conductora de la familia. La presencia de mi padre, por su cultura tradicional y su dedicación a una actividad comercial e industrial volcada hacia afuera, fue escasa.

NUESTRO PRIMER HOGAR

Nuestra casa en Dalmacia, cuyo teléfono 41669 aún recuerdo, quedaba entre Manuel Montt y Miguel Claro. Era una calle apacible y allí trascurrió nuestra dulce infancia.

En esos años iniciales vimos a nuestra madre preparar alimentos para guardar para el invierno, a la usanza del Medio Oriente. Recuerdo en los años cuarenta y cincuenta que Julia trabajaba horas bajo el techo de un pequeño lavadero con piso de tierra cociendo grandes cantidades de grasa empella que hervía y luego depositaba en grandes frascos. También cocía leche, de la que extraía suero, fermentaba el saldo y elaboraba *laban* (yogurt) y *chanklich* (un queso redondo y rodeado de hierbas, de color oscuro). Su labor más ardua era vaciar zapallos italianos y berenjenas, luego salarlos y ponerlos a secar a pleno sol en la terraza del segundo piso durante el verano, para entonces preservarlos deshidratados y cocinarlos en el invierno, cuando preparaba un delicioso guiso de *cusa* (zapallitos) o *betinyan* (berenjenas) rellenos. Igualmente, compraba kilos de *bami* (*okra* en griego, fruto alargado, casi cilíndrico y lleno de semillas, de una planta herbácea originaria de África), que nos entregaba para que los uniéramos con una aguja y un hilo armando collares que colgábamos de un árbol de membrillo al fondo del patio trasero. Deliciosa era también la mermelada de tomate. Menos agradable era en nuestra niñez la obligación de comer chuño y ulpo, o la cucharada de aceite de bacalao para complementar nuestra alimentación.

En la esquina con Manuel Montt se hallaba el colegio Andrew Carnegie College, a cargo de Mrs. Donner. Sus hijos eran nuestros compañeros. Con uno de ellos, Marcos Brumm, me encontré años más tarde, siendo yo senador por Tarapacá y él, jefe de un instituto de capacitación (INACAP) en Arica.

Una de mis profesoras, Miss Matilde, quien guió mis estudios en un inicio, apareció como por encanto, cinco décadas después, en un programa de televisión al que me invitaron a poco de ser designado Ministro de Educación en el gobierno del Presidente Lagos. No sé cómo la encontraron. Allí la abracé y después la recibí en el ministerio.

El barrio en torno a la calle Dalmacia era entretenido. Pasaban tan pocos automóviles que los amigos gritaban "viene auto" cuando, al atardecer, asomaba uno en medio de una pichanga o un partido de hockey en patines.

Con el paso del tiempo, la bicicleta fue reemplazando a esos juegos y pasó a ser nuestra principal distracción. A los 10 años de edad se transformó en la entretención más moderna. Tener una bicicleta de aro 26 me producía una gran alegría. Aquellos que poseían una importada, llena de lujos, eran motivo de admiración.

Recuerdo esas calles quietas, los vecinos nos conocíamos y jugábamos juntos. Recuerdo a los Irigoyen, Dettmer, Latapiat, Avello, Lyon, Rivas (Martín) y otros de calles aledañas, como los Gabler y mis primos Chacra Haddad.

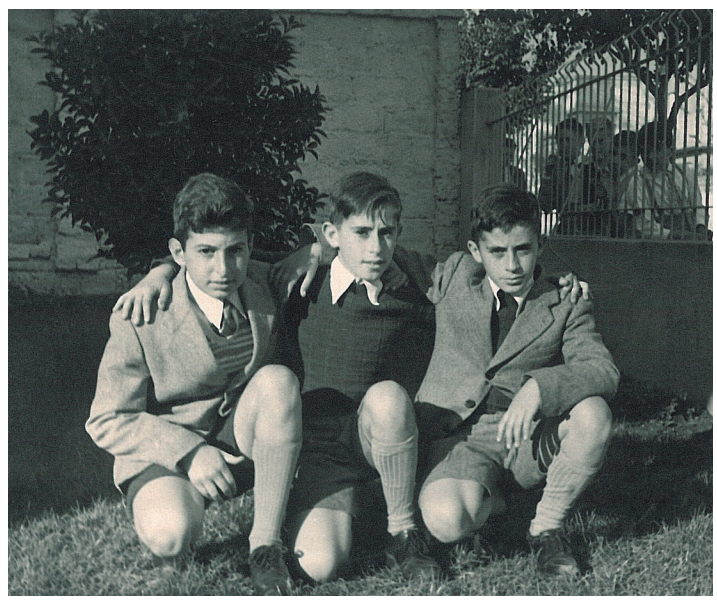
Aunque estos primos tenían nuestra edad, eran los hijos del compañero de travesía de mi padre, Michel Chacra, quien teniendo la misma edad de mi Nazmi era

su tío. Por lo tanto, los hijos de Michel eran primos de mi padre. William, Henry, Ivonne y Norma provenían de una familia formada de modo similar a la nuestra, Michel se casó con Karima Haddad. Karima llegó a Chile más tarde a reunirse con sus hermanos. El mayor de esos primos, William, fue como un hermano para nosotros.

Michel Chacra, Olga (madre de Nazmi), Antonio, Nazmi y Julia

Abdalah junto a su hermana Karima Haddad de Chacra. Al frente, tres hijos de Karima y Michel: William, Ivonne y Norma

Vecinos y amigos de calle Dalmacia. A la derecha, Sergio Bitar y Kenny Hirmas en 1963



William Chacra, Sergio y Lorenzo Bitar

Julia, esposa de Nazmi, Canaan Apse y Victoria de Valech

NAZMI, "EL INDUSTRIAL"...

A comienzos de los 40, en pleno despliegue de la sustitución de importaciones, Nazmi se asoció con un amigo de origen libanés, Canaan Apse. Compraron telares e instalaron una fábrica textil en un galpón de calle San Isidro, al llegar a Franklin.

Nazmi, que partió como comerciante, había "ascendido". Por eso, cuando nos preguntaban "profesión de su padre", yo respondía o anotaba "industrial".

Canaan Apse era un hombre serio y afectuoso, buen amigo y trabajador. También vivía en la calle Dalmacia, a pocos metros de nuestra casa. Nazmi y Canaan tenían buenas relaciones. Este último entraba a veces a nuestra casa, buscando a su socio y gritando "Nazmi Bei", denotando un título honorífico, como Don, Señor o Caballero. Su hija Gloria también fue cercana a nosotros.

Los libaneses constituían en Chile una comunidad más reducida que la siria, y ambas más pequeñas que la palestina. La inmigración de los años 1890-1930 desde el Medio Oriente a América del Sur fue abundante y los emigrantes se asentaron en los distintos países latinoamericanos según los contactos que poseían con familias que habían llegado antes. Se produjo una curiosa preferencia por ciertas ciudades o pueblos de los países de acogida. Así, mientras en Brasil y México se concentró una amplia afluencia de libaneses, la mayor en Argentina fue de origen sirio, y en Chile se radicó una extensa comunidad de origen palestino.

Uno de esos libaneses, de apellido Haikal, fue contratado por mi padre para enseñarnos árabe a Lorenzo y a mí. Tenía paciencia y nos animaba, comenzó por las letras, pero a poco andar aflojamos. Requería harto esfuerzo, las palabras eran distintas del árabe coloquial que utilizaban mis padres y además las letras se contraían y cambiaban al conectarse para formar una palabra. Pero todo eso habría sido superable si hubiéramos pensado que ese idioma nos serviría de algo. Poco nos interesaba entonces hablar con otros inmigrantes o pensar en países tan distantes. Había tantas cosas que estudiar, entre otras inglés.

Vinieron tiempos mejores, la economía crecía, la demanda de textiles aumentaba, pues durante esos años, y los posteriores a la Segunda Guerra Mundial, no se podía importar. Mi padre era buen vendedor y Canaan buen administrador. Al término de la Guerra se acentuó la política sustitutiva de importaciones para impulsar las manufacturas, generar trabajo y crecer, y la fabricación de telas se transformó en una fuente importante de producción, empleo y utilidades.

Recuerdo una gran máquina que urdía, varias que tejían y una bodega donde depositaban y vendían sedas de colores diversos al por mayor. Así, Nazmi había adquirido autonomía y vendía sus propios productos.

Entretanto, Algodones Hirmas se expandía de la mano de Jorge Hirmas, el abuelo de Kenny, quien sería mi esposa, al igual que las empresas de las familias Sumar, Yarur y Said, que se convertían en los mayores grupos textileros y grandes fortunas en Chile en los años 60.

... Y EL "CUENTACUENTOS" CON MORALEJA

Nazmi inventó un original procedimiento para compensar sus ausencias y atraer la atención de sus hijos mayores, relatando cuentos a través de los cuales pretendía imbuirnos sus valores.

Normalmente Nazmi se reunía con sus amigos en el Club Sirio y llegaba muy tarde, cuando ya estábamos dormidos. La excepción era los miércoles, cuando arribaba a casa más temprano. Entonces solía aplicar una rutina que nos agradaba. Primero, nos llevaba en su auto a comprar unas torrejitas de jamón y algún paté para unas onces-comida. A pocas cuadras de la casa, en una esquina de Manuel Montt, se hallaba la rotisería "El Gordito", en consonancia con la obesidad de su propietario alemán. Allí ofrecía diversos manjares que nos hacían agua la boca. Comer jamón en esos tiempos era una exquisitez.

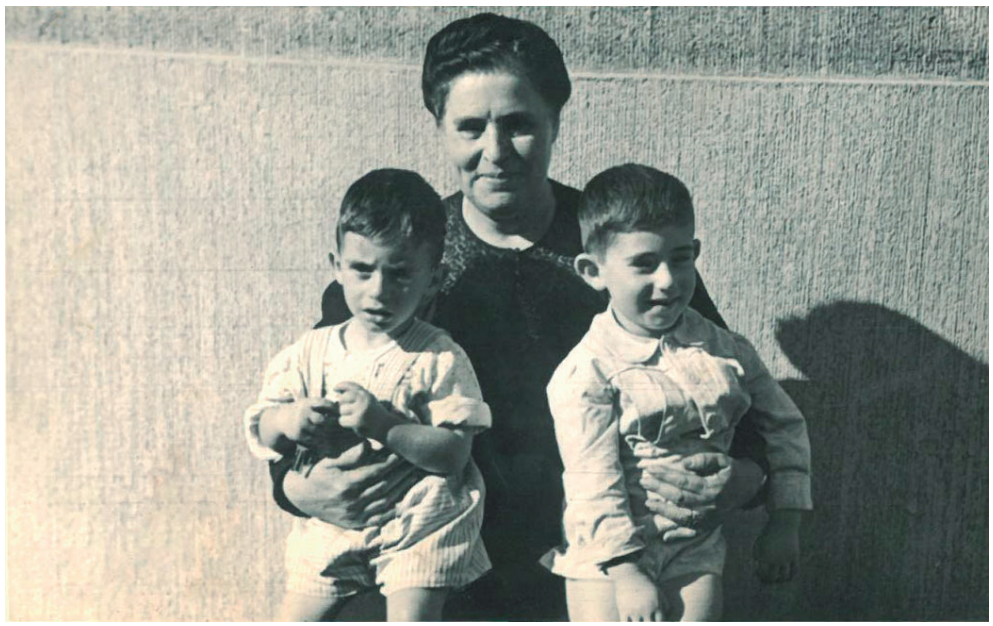
Entonces retornábamos a casa, compartíamos esas delicias y luego Nazmi preparaba su baño de tina. Allí nos sentaba a los dos con Lorenzo y nos atraía y entretenía con su famosa serie "el Serge y el Lawrence", parafraseando la conocida historia de Lawrence de Arabia. Esos dos hermanos hacían de las suyas, se comportaban con coraje, defendían a los débiles, enfrentaban alguna batalla, compraban y vendían, y al final salían ganando.

De pequeños nuestra relación con Nazmi era algo distante, pues lo veíamos poco. Conversábamos con él más de pequeños que de adolescentes. Su autoridad la ejercía rara vez.. Cuando lo sacábamos de quicio nos exponíamos a una bofetada (hoy las recuerdo suaves) o un tirón de orejas. Si interrumpíamos su siesta entrando a su cuarto con ruido, nos arriesgábamos a que nos llegara un zapatillazo por la cabeza. Julia intercedía si las cosas se ponían más bravas. Ella, como toda madre, se enojaba a veces y nos reprendía, pero siempre nos explicaba con cariño. Cuando ya éramos mayores su predicamento era insistir, a veces majaderamente, en el esfuerzo como clave para tener éxito.

Ambos cultivaron el afecto, apoyo y unidad entre nosotros los hermanos, nos dieron el ejemplo e inculcaron la prioridad de una familia unida.

Nazmi prosiguió estas prácticas años más tarde con Carlos. Aunque la relación entre ambos fue más de nieto-abuelo, Carlos se jactaba de haber sido objeto de la misma preferencia que sus hermanos mayores.

Nuestra madre, Julia, imponía la disciplina: hora para las tareas, momento de acostarse; levantarse temprano, comerse todo. Era mal visto dejar comida en el plato habiendo tantos niños con hambre. Ser honestos, andar limpios y sacar buenas notas, eran las conductas valoradas. Y día a día, fue un vivo ejemplo de sabiduría y sensatez.



Salima con dos de sus nietos: Lorenzo y Sergio, 1944

Julia, Ivonne; (al centro) Orlando Chacra con Sergio Bitar y William Chacra en brazos; (derecha) Karima Haddad de Chacra con Lorenzo Bitar en brazos, 1944

COMPARTIENDO CON LA ABUELA SALIMA CHACRA

De Salima Chacra, mi abuela materna y madrina, guardo bellos recuerdos. Por esos años, a fines de los 40 y comienzo de los 50, frecuentábamos su casa. Quedaba bien arriba, en la calle Bremen, en La Reina, a metros de Simón Bolívar. Era muy lejos, casi campo, atrás tenía una chacra regada por una acequia, donde cultivaba habas, porotos verdes, tomates, zapallos y otros vegetales.

Recuerdo su terraza con eucaliptos donde almorzábamos, y a mi tío Orlando, que sintonizaba la radio para escuchar los partidos de la tarde. Quedó para siempre en mi memoria cuando nosotros, sus nietos, nos recostábamos en el suelo a escuchar la radio-novela "El Zorro", que emitía una hermosa victrola de Salima, cuyos parlantes quedaban en la parte más baja del mueble. Era emocionante.

En los primeros años de mi vida me quedaba a dormir en casa de mi abuela y compartía la cama con ella. Experiencia hermosa, me sentía querido y mimado. Mi tía Zoraida, hermana menor de mi madre, nos hacía encariñarnos aun más.

De esa época recuerdo algunos de sus cariños y guisos. Al desayuno o al almuerzo había siempre un plato de *Zeit u Zaatar* (aceite y una mezcla de hierbas y especies, como el orégano) donde untábamos el pan. También recuerdo los huevos revueltos con *chanklich*. Y no faltaba el *afisi*, (si es que así se escribe), postre modesto pero sabroso, hecho con pan duro picado, regado con mantequilla y miel, y frito en un sartén.

Zoraida, hermana de mi madre Julia, era excelsa en hacer exquisitas empanadas de higo y de espinaca con pasas, además de pastel ruso (con mermelada y nueces); y los imperdibles *fataier* y *ataief*, dulces de milhojas relleno con crema, uno, y de panqueques con queso, el otro, ambos rebosantes de almíbar, rociados con algunas gotas de agua de azahar.

Orlando era el dueño de casa. Debido a la prematura muerte de su padre, tuvo que sostener su hogar desde muy joven. De carácter firme y afectuoso, también nos recibía con cariño. Se dedicaba al comercio y a las propiedades, e hizo una importante fortuna en acciones entre los años 60 y 80.

La abuela Salima falleció en 1952 de una operación a la vesícula. Apenas sobrepasaba los 60 años. Me entristeció. Recuerdo estar jugando en la plaza de Bilbao con Los Leones, frente a la casa de nuestros amigos Raúl y Lucho Mehech, cuando vi pasar una carroza fúnebre seguida de varios autos. En uno de los primeros divisé a mi madre. No me lo habían dicho y lo comprendí de inmediato.

(Centro a derecha) Antonio Chacra, Nazmi y Eduard en 1950

William Bitar

(Izquierda a derecha) Olga –madre de Nazmi Bitar– Kenny y Nazmi en 1968

Eugenia Rubio, Javier Bitar, Nazir, Hirmas, Olga, Nazmi y Rodrigo Bitar, 1968

NAZMI TRAE A SU FAMILIA A CHILE

Las finanzas del hogar continuaron mejorando. Mi padre salía a vender sus telas a clientes importantes que tenían locales de venta al por menor. Entre las experiencias inolvidables están los viajes con él a vender a los mayoristas de Valparaíso. En un buen auto, un Mercury de 1949 muy elegante, y más tarde un Oldsmobile de 1951, igualmente llamativo, que para nosotros eran una maravilla, emprendíamos rumbo al puerto.

La escena se repitió varias veces cuando, estando de vacaciones o en un fin de semana, nos invitaba a acompañarlo. Salíamos de Santiago por la mañana o después de almuerzo, para alcanzar Valparaíso por la tarde. Viajábamos en dos tandas, con una parada en Curacaví para almorzar o comer una buena cazuela de ave en el camino. Atravesábamos la cuesta Zapata, primero, y luego la Barriga. Vuelta y vuelta, giro y giro, chirrido y chirrido de neumáticos que frotaban el pavimento caliente, cuidándonos de buses y camiones y pasando con cautela a los vehículos más lentos.

Ya en Valparaíso, mi padre se detenía donde sus clientes grandes. Esperábamos largas horas en el auto, combatiendo el tedio con la curiosidad de saber el resultado de sus gestiones. Al regresar inquiríamos al tiro "¿cómo te fue?" Cuando nos decía "bien" y nos mostraba los pedidos, nos llenábamos de contento y partíamos a almorzar o cenar sin inhibirnos del gasto adicional de un buen postre. El premio era un almuerzo o comida en Valparaíso, con frecuencia en el restorán "El Bote", donde nos recetábamos el menú ideal: jamón con palta, congrio con papas fritas y, de postre, papayas al jugo. De noche, Nazmi partía al Casino de Viña, una de sus aficiones y distracciones que no abandonó hasta poco antes de fallecer.

A medida que el país y la situación de mi padre progresaban, decidió traer a su madre y sus demás hermanos. Antes, en los años 40 había enviado pasajes a dos hermanos, y llegaron a Chile Eduard y William Bitar. Nazmi los acogió en nuestra casa en la calle Dalmacia y luego les instaló un negocio.

Eduard y William eran hombres sanos y cariñosos. Por las mañanas se levantaban temprano y hacían ejercicios. Los recuerdo entonces en camiseta y calzoncillos haciendo flexiones.

Al rememorar esto resalta el espíritu de sacrificio de mi madre, pues en el segundo piso de la casa había tres dormitorios, uno de mis padres, otro de los hijos, el tercero que ocuparon mis tíos, y disponíamos de un solo baño. Eduard y William se instalaron en el cuarto que mi hermana Yeny ocuparía al nacer.

Tiempo después, los tíos alquilaron su propia residencia y abrieron un local comercial en Ahumada 12. Eduard se hizo cargo y mi padre conseguía mercadería. La especialidad eran medias y lencería. Las medias más apetecidas eran las de la fábrica de sus amigos Laban.

Otra parte de la lencería la fabricaba mi madre. En casa instaló un taller con dos o tres ayudantes y con ello aportaba a los ingresos de la familia. Era una eximia costurera y una mujer responsable y trabajadora. Años después, Eduard trasladó su negocio a Ahumada 43.

Eduard administró el local de Ahumada 12 en sociedad con sus hermanos en las buenas y en las malas, hasta su muerte, décadas más tarde. Era una persona honorable, respetuosa, trabajadora y austera. Sin ambiciones, pero competente. Su hermano William, bajito y simpático, era más inquieto, salía de la tienda, tenía más amigos y pololas.

A mediados de los 50, Nazmi resolvió traer al resto de la familia. Sin contar a Mathad, en Homs quedaban tres familiares: su madre Olga y sus hermanos Rafat y Violette. Los tres se embarcaron a Chile en 1956 y arribaron a Valparaíso ese mismo año. No hablaban una palabra de español, solamente árabe. Alquilaron una casa en Diagonal Oriente, muy cerca de Antonio Varas, y allí se reunieron mi abuela paterna con 4 de sus hijos.

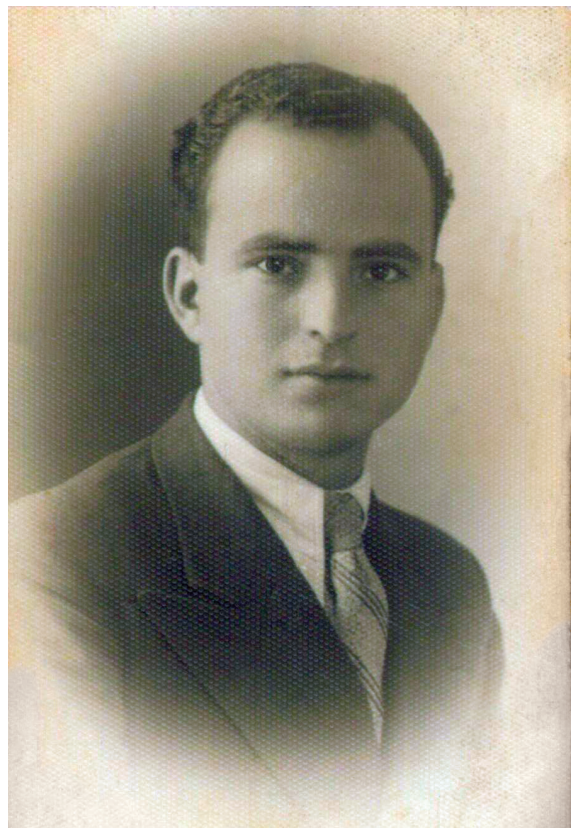
Dos nuevos negocios iniciados por mi padre abrieron camino a estos tíos. El primero fue en el puerto libre de Arica en 1957. Allí, con otros socios, mi padre instaló una tienda en la calle 21 de Mayo y envió a su hermano William a hacerse cargo.

El segundo surgió en 1961 cuando, después de montar con éxito una industria de calzados plásticos en Lima, Nazmi formó otra en Guayaquil. Allí instaló maquinarias y pidió a su hermano Rafat acompañar a su socio ecuatoriano. Esta nueva aventura ecuatoriana iba a cambiar más tarde la vida de mis hermanos Lorenzo y Carlos.

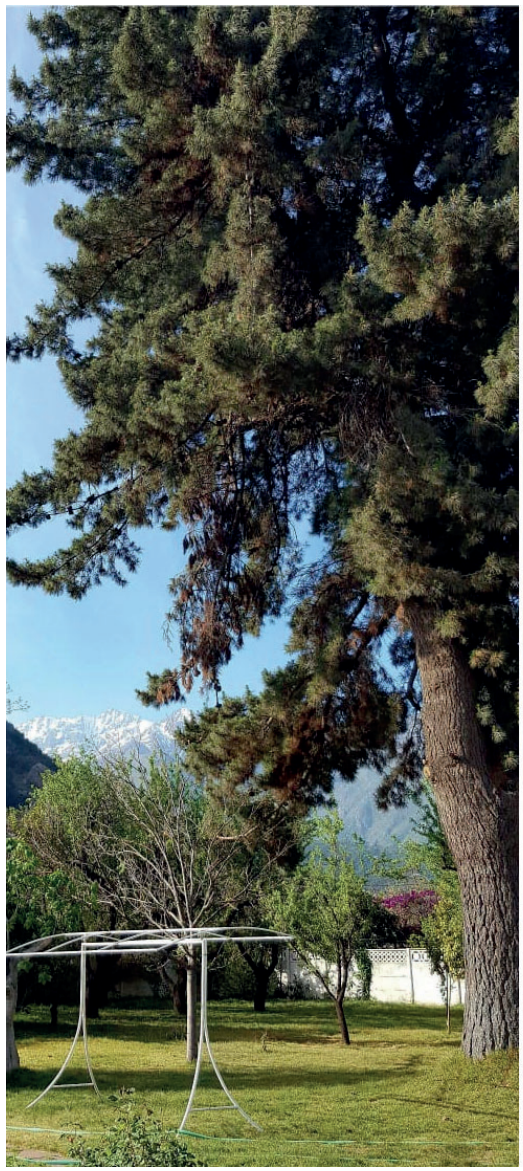
Es digno de admiración el esfuerzo de Nazmi por reunir a su familia, instalarlos y ayudarles a comenzar sus negocios propios. Antes de cumplir los 30 años, mi padre ya había traído a su hermano Mathad; antes de los 40, a sus hermanos Eduard y William; y, antes de cumplir 50, a su madre y sus otros dos hermanos.

Juntó dinero y los trajo a todos, les instaló casas y negocios. Nunca conversé con él de ese compromiso tan acendrado. Mirado con perspectiva, fue un gran sacrificio, una expresión de afecto y de responsabilidad que lo movió desde un comienzo para dar mejor vida a toda su familia.

Violette



Rafat



Distintas vistas de la casa de Las Vertientes

EL IMÁN DE LAS VERTIENTES

Las vacaciones de verano eran motivo de contento. Hasta los 10 años recuerdo Cartagena. Allí viajábamos desde Santiago, pasando por San Antonio. No olvido cuando divisábamos el mar. Nos alegraba a todos. Ya en la playa, comíamos y comprábamos "pan de huevo".

También recuerdo las Termas de Chillán y los paseos por los bosques… el día en que nos perdimos y no aparecimos hasta la noche. Mi madre se paseaba angustiada mirando desde la terraza hacia el bosque.

Otra vez viajamos en tren a Portillo. Fue un espectáculo inolvidable, con esa laguna congelada rodeada por una naturaleza imponente. A veces, también los fines de semana, íbamos de picnic a unos arroyos en Peñaflor.

A partir de los años 50 nuestros veranos se volcaron a Las Vertientes, donde pasábamos más tiempo, primero en una casa arrendada y, más tarde, en la que mi padre construyó.

Nazmi siempre tuvo una obsesión por el Cajón del Maipo, sus brisas, ese aire oxigenado que se desliza fresco y dulce por el paisaje, el río, las montañas, los almendros… un aire abundante y generoso que nos nutría hasta henchir los pulmones.

La atracción que esa zona ejercía sobre él era tal que en 1948 compró un terreno. Así, en 1950 comenzó a construir su casa de Las Vertientes, mucho antes de adquirir una en Santiago.

Nuestro padre encargó el diseño y la construcción al arquitecto Víctor Arancibia. Entre los trabajadores había un republicano español, al cual le encomendaron hacer las terrazas y levantar una pileta con azulejos andaluces. El hombre trabajaba con un cigarro en la boca, era de pocas palabras y nos sorprendía con sus juicios nihilistas, poniendo en duda la existencia de Dios. Solía decir "¿Cómo va a haber un Dios si hay tanto sufrimiento humano?"

Nazmi y mi madre bautizaron la casa como "Villa Virginia", el nombre de nuestra hermana. Allí nos instalamos en el verano de 1952 y seguimos disfrutando vacaciones y fines de semana hasta la muerte de Nazmi. Se transformó en un punto de anclaje familiar. Julia le insufló el espíritu, plantó rosas y almendros, cerezos, damascos, ciruelas, higuera y nogales. Nos acogía a todos, tomando su mate por las tardes. Entonces teníamos caballo, paseábamos por el borde del río Maipo, íbamos a pescar con amigos a El Canelo, hacíamos excursiones por las quebradas; subíamos hasta el canal alto, por el cerro, donde un ermitaño barbón habitaba una pequeña choza.

Allí mi padre invitaba con frecuencia y cultivaba sus relaciones sociales, con nutridos almuerzos organizados por mi madre. Éste era también el lugar de reunión de múltiples amigos y los infaltables embajadores de Siria, Líbano o Egipto. En él todos gozaban de abundantes exquisiteces, buenos asados, empanadas, porotos granados, ensaladas y frutas, en un clima templado, acariciados por una brisa dulce que mecía los árboles.

Hay casonas familiares que hacen las veces de imán, poseen una atracción y proyectan un sentido, lugares que despiertan emoción, vinculan al tiempo pasado y confieren identidad. Las Vertientes tuvo ese embrujo. Con el correr de los años el corazón de Nazmi se instaló entre Homs y Las Vertientes. El primero por la nostalgia, el segundo por el agrado.

Julia, Sergio, Kenny, Violeta (hermana de Nazmi), Carlos Andrés, Yeny, Gabriela, Nazmi, Susana, Carlos Bitar, Patricia Bitar y Juan Carlos Tali-Hamideh

NUEVOS NEGOCIOS Y ALIANZAS EN CHILE Y EL EXTRANJERO

Como lo comenté, a fines de los 50 y comienzos de los 60 Nazmi emprendió nuevos proyectos dentro y fuera de Chile.

Gracias a la llamada "Ley Arica" de 1953, impulsada por el gobierno del presidente Ibáñez, él y su hermano William incursionaron en esa ciudad. Esa ley promovió la inversión y el desarrollo de proyectos y, gracias a la famosa Junta de Adelanto de Arica, financiada con los ingresos que proveía la creación del puerto libre, se ejecutaron obras como el estadio de Arica, donde –entre otros– se jugó el mundial de 1962. Y atrajo mucho capital de Santiago, entre ellos el de mi padre.

Allí, con socios como Pedro Chadid, libanés afectuoso y astuto, Nazmi abrió la tienda de la que William se hizo cargo. Este emprendimiento tuvo un buen período hasta que se eliminaron las exenciones arancelarias que ofrecía esa ley, por la oposición de los industriales del resto del país. En el verano de 1958, estando aún en el colegio, viajamos con Lorenzo a visitar la tienda de entonces. Muchos años después, ya muerto William, yo me paseaba por allí como senador representante de Tarapacá, intentando ubicarla.

Entre los cuarenta y cincuenta años, Nazmi frecuentaba Argentina, donde encontró una colonia de origen sirio importante. Allí también conoció y entabló amistad con Edmond Chacra, presuntamente familiar, también de Homs, a quien no llegué a conocer. Pero no le resultaron sus negocios en ese país.

En 1959, el éxito en Chile de una fábrica de zapatos plásticos instalada por su compadre e íntimo amigo Fadul Mehech, abrió los ojos y nuevos horizontes a mi padre, impulsándolo a explorar otros países para instalar una empresa similar.

Era un producto nuevo y barato que suplía grandes necesidades insatisfechas de una población de escasísimos recursos. En aquel tiempo era frecuente el uso de "ojotas", zapatos con suela de neumáticos usados y bandas de cuero sobre el empeine.

Por ese entonces, Nazmi cultivó una relación estrecha con la familia Said, cuyo centro de operaciones era el Banco Panamericano, ubicado en Alameda esquina J. Antonio Ríos, hoy Ministerio de Bienes Nacionales.

Juan Said, un personaje notable, conducía los diversos negocios bancarios y textiles de su familia. Sus hijos Jaime y Luis le acompañaban. Con Jaime, mi padre estableció una estrecha amistad que duró muchos años. Fue el padrino de su hija, Marisol, y se volvieron compadres. Posteriormente, viajaban juntos en periplos familiares, como la ocasión en que Nazmi lo acompañó a Suiza a dejar a su hija Bárbara, o cuando las emprendieron a Arabia Saudita a indagar de negocios.

Ese año, Nazmi propuso a los Said el negocio de una fábrica de zapatos plásticos en Lima, se asoció con ellos y partió a Perú a montar "Plásticos El Pacífico".

Mientras Nazmi instalaba sus máquinas en Perú, las cosas se habían deteriorado en su fábrica textil de Chile. Sus productos de seda ya no eran competitivos, y alrededor de 1960, su socio Canaan Apse y él decidieron cerrarla y liquidarla. Entonces, yo estudiaba ingeniería y, Lorenzo, leyes en la Universidad de Chile.

Fallecimiento de Juan Said Kattan

Nuevo Médico

Fote Butto P.

Matrimonio

¡Con nosotros es más fácil!
El viaje que Ud. soñó
El viaje que debe hacer
Con el crédito más conveniente y la mejor atención
¿Sabía que cuando Ud. contrata un servicio con nosotros está ayudando al Colegio Árabe?
VIAJES ALHAMBRA LTDA.

BURGOL
EXCELENTE CALIDAD TIPO FINO Y GRUESO
PIDALO AL FONO 298991

Pre-Unic
ABUHADBA Y CIA. LTDA.
Lozа — Cristalería — Cuchillería — Menaje
Plásticos — Perfumería — Juguetería — Librería
Artículos de Aseo — Artículos de regalos
VENTAS POR MAYOR Y AL DETALLE
Puente 666 Huérfanos 1029 San Antonio 467-471

Juan Said, amigo y socio de Nazmi

Un año después, cuando mi hermano Lorenzo –que era más proclive a los negocios– cursaba su tercer año, Nazmi le pidió que lo reemplazara por 6 meses (luego volvería a la universidad) mientras él iba a instalar el mismo negocio en Argentina y Ecuador (pretendía hacerlo también en Colombia, pero allá nunca logró conocer gente. Los Said tampoco conocían a nadie que fuera un socio potencial). Lorenzo partió a Lima por un tiempo a explorar. Se quedó hasta hoy.

En 1962, estando en Lima con Lorenzo, Nazmi me encomendó rematar las máquinas de su fábrica en Chile. Por entonces, yo cursaba los últimos años de ingeniería y tenía una compañera de curso, María Antonieta Marticorena, hija de un connotado martillero. Le consulté si su padre podría ayudarme y así es como logramos rematar una parte de los "fierros". Con esos recursos pudimos complementar los ingresos que mi madre generaba con su costura para mantener el hogar y los gastos de casa.

Las máquinas las adquirió Mario Sarquis, un destacado ingeniero, quien más tarde, en el Gobierno de Frei Montalva, fue Gerente General de Corfo. Yo debía pasar mensualmente por su oficina a cobrar las letras a su vencimiento y fue siempre cumplidor. Años más tarde yo llegaría a esa misma institución a ocupar el cargo de Sub Gerente de Planificación Industrial invitado por su Vice Presidente, Sergio Molina, y Mario Sarquis fue uno de mis jefes.

Nazmi también encargó a mi hermano Lorenzo visitar a Jorge Yarur para pedirle un préstamo de US$5.000 con el fin de enterar el saldo de su 50% de capital de la fábrica en Lima. Lorenzo le explicó de qué se trataba, de nuestra sociedad con los Said, y le pidió ese pagaré. Jorge Yarur se lo dio de inmediato. Yo no recordaba a qué plazo ni cómo lo devolvió mi padre, pero por Lorenzo supe que lo canceló en su totalidad y en un solo pago.

Las cosas hasta entonces lucían bien, pero comenzaron a deteriorarse gradualmente. Mi madre, Julia, debió apechugar. Expandió su taller de costura instalado en el garaje de las distintas casas que arrendamos por esos años y empezamos, en buena medida, a vivir de su trabajo. Al mismo tiempo, entre 1960 y 1964, debimos trasladarnos y cambiarnos de casa varias veces. De Dalmacia nos fuimos a General del Canto 467, luego a Bilbao, cerca de la calle Antonio Varas, para terminar en Av. El Bosque 0325, todo en pocos años, llevando nuestra madre la carga de su familia y del hogar.

Su mejor decisión fue comprar esa última casa, la primera propiedad adquirida por la familia en Santiago. Allí vivimos tiempos hermosos, era un barrio muy agradable, antes de que se transformara en una avenida elegante, de altos edificios de oficinas.

En el año 62 Nazmi también instaló la empresa Resinas Arica, en aquella ciudad, nuevamente en sociedad con el grupo Said, aprovechando las franquicias arancelarias otorgadas a los productos industriales para promover la economía de la zona, luego del término del Puerto Libre. Allí se fabricaba compuesto de PVC, material necesario para producir en Lima –entre otros productos– los calzados plásticos con máquinas de inyección rotativas.

Como los pagos de las mensualidades provenientes del remate de las máquinas textiles no alcanzaban para vivir, y la fábrica de Lima recién comenzaba a rendir algunos ingresos, entre los años 1958 al 1967, en Santiago mi madre tenía que lidiar a diario con mi tío Eduard, a quien enviaba las prendas de ropa interior femenina que confeccionaba para venderlas en la tienda de Ahumada 43. Era frecuente verla colgada al teléfono preguntándole qué más necesitaba y pidiéndole que le pagara pronto. Por su parte, Lorenzo recuerda que le cobraba al tío todos los sábados, cuando lo pasaba a visitar, luego de sus clases en la Escuela de Derecho de "la Chile".

En 1965 Nazmi emprendió otra iniciativa. Montó en Santiago la empresa Kenitex, con una licencia de pinturas para exteriores, de superficie rugosa, resistentes al agua. Instaló revolvedores, potes, envasadores en un galpón para preparar los materiales y salir a vender. Esta iniciativa duró unos 10 o 15 años, y cerró a fines de los años setenta.

(Atrás) Amira Samán, Laila, Mauricio Maluk (frente) Omar, Amira y Nadia

Mauricio Maluk y Laila

NADIE SABE PARA QUIÉN TRABAJA

Entretanto, los resultados de "Plásticos El Pacífico" en el Perú, un gran mercado de gente necesitada de zapatos plásticos baratos, animaron a mi padre a instalar las mismas máquinas en Guayaquil.

Primero se dirigió a los Icaza, los banqueros más fuertes de Ecuador de ese entonces y amigos de Juan Said. Ellos no se interesaron en un negocio tan chico y asociado con extranjeros. Ante esa circunstancia, y ciertamente frustrado, Nazmi se paseó durante su última noche por la calles de Guayaquil, y con gran sorpresa vio un letrero luminoso que decía "Club Sirio-Libanés". El lugar le atrajo, le hizo sentir cercanía en una ciudad desconocida para él. Supuso que sus compatriotas sirios o libaneses estarían allí haciendo exactamente lo mismo que él acostumbraba hacer en el Club Sirio de Santiago. Y para allá enrumbó feliz.

Subió las escaleras a un segundo piso y entró saludando. Nazmi, bien vestido con terno y corbata, sintió que ni lo miraban y que no eran para nada afectuosos como los de su club sirio de Santiago.

Se paseó y paseó hasta que un buen samaritano le dirigió unas palabras en árabe y se sentó a jugar *tauli*, con *fustok* y whisky, cosa que Nazmi conocía casi a la perfección. Conversando, este señor le hizo saber la razón del hosco recibimiento en ese club: casi todos los presentes eran recién llegados del Líbano y desconocidos, de quienes la colonia libanesa instalada hacía décadas tenía una impresión desconfiada. Algunos eran vistos como estafadores venidos del extranjero. Nazmi retrucó contándole una historia bien condimentada de su influencia en Chile, que era banquero y que venía de reunirse con los Icaza, cosa que hubiera impresionado a cualquier ecuatoriano. Le contó, además, que a los Icaza no les interesó ese negocio ya que estaban muy ocupados con proyectos nuevos que les impedían iniciar otros, a lo que Mauricio Maluk –así se llamaba el sirio que lo acogió– le propuso formar una sociedad para llevar adelante una empresa con esa tecnología de los años 50, los zapatos plásticos, cuyo éxito estaría asegurado. Y así aconteció.

A Guayaquil Nazmi importó maquinaria y pidió a su hermano Rafat acompañar a su socio Mauricio Maluk –empresario guayaquileño también proveniente de Homs– como representante de la mayoría de los accionistas y presidente de la empresa.

Su idea era que Rafat ayudara a vigilar el rumbo de esa operación y apoyara con su experiencia los débiles conocimientos financieros y de marketing de su nuevo socio. Lorenzo supervisaría desde Lima y mi padre confiaba en que, con la capacidad e inteligencia de Lorenzo, la iniciativa se pondría en marcha y fructificaría. El emprendimiento no rindió lo esperado. Al parecer, el nuevo socio Maluk y el hermano Rafat carecían de la ambición y las habilidades para empujar, y desde Lima era muy difícil seguir las cosas a diario.

Sin embargo, estos nuevos negocios de Nazmi tuvieron un giro inesperado y terminaron cambiando el destino de mis dos hermanos. Durante sus frecuentes visitas a Ecuador, Lorenzo conoció al socio de Nazmi, Mauricio Maluk, y a través de él a su familia. Entonces descubrió a su hija, Laila. Lorenzo y Laila se casaron en 1968 y se fueron a vivir a Lima, donde nació su familia.

Años más tarde fue el turno de Carlos, nuestro hermano menor. En una de sus vacaciones visitó a Lorenzo en Lima y luego lo acompañó, junto a 3 amigos, a Guayaquil. En ese viaje, Carlos corrió la misma suerte de Lorenzo, al conocer a Susana Samán, otra atractiva joven de familia ecuatoriana. Susana era prima hermana de Laila, esposa de Lorenzo. El amor prendió entre Carlos y Susana y se casaron en 1976.

Algo similar aconteció con Yeny (Virginia). Visitando a nuestro hermano Lorenzo en Lima conoció a un joven de origen palestino, Fajrry Tali-Hamideh, ingeniero textil. Entre ellos se estableció una relación de cariño que también terminó en matrimonio. Forjaron otra familia hermosa. Lorenzo y Yeny se quedaron a vivir en Lima y –años después– Carlos y yo en Venezuela. Y Fajrry, quien devino un gran familiar y mi amigo personal, permaneció con nuestra hermana también en Lima.

Pero las cosas habrían de cambiar tan radicalmente en Chile que me obligarían a abandonar el país con mi familia, y harían que luego Carlos siguiera mis pasos.

Matrimonio Carlos Bitar y Susana Samán, 1976

Matrimonio Lorenzo Bitar y Laila Maluk, en la foto con su hermano y cuñado, Sergio Bitar. 28 de diciembre de 1968

Matrimonio Fajrry Tali-Hamideh y Yeny Bitar, en 1969

Eugenia Rubio de Hirmas con Julia Chacra de Bitar (de espaldas), Santiago 1942

Sergio Bitar, Kenny Hirmas, Eugenia Rubio de Hirmas y Nazir Hirmas, Santiago 1964

LOS BITAR Y LOS HIRMAS

La relación de la familia Bitar con la de Kenny, los Hirmas, también era cercana y afectuosa. De los años 40 conservamos una foto de Eugenia, madre de Kenny, y de mi madre Julia, ambas embarazadas, conversando en la puerta de nuestra casa de calle Dalmacia. Una llevaba a Kenny y la otra a Lorenzo, y así es como nacieron sus hijos con un día de diferencia, en agosto de 1942.

¿Cuándo nos conocimos con Kenny? Lo supimos después de casados de manera insólita. Kenny había recuperado películas filmadas por su madre que registraban meticulosamente la historia familiar. Las había transferido a videos. Una noche nos sentamos a verlas y comenzamos por su primer cumpleaños. Al circular las imágenes apareció un niño que me resultó conocido. "Para", le dije. "Ése soy yo". Recuerdo ese traje, pues con él aparecía en varias fotos de la época, cuando mis padres nos vestían idénticos a Lorenzo y a mí.

En verdad, ello confirmaba que nuestras familias eran amigas desde esos tiempos, y allí estaban sus hijos pequeños compartiendo una fiesta de cumpleaños.

Hubo, entonces, un conocimiento mutuo muy temprano, aunque nuestro acercamiento consciente ocurrió en la adolescencia y cobró profundidad mientras estudiábamos en la Universidad de Chile, ella, Sociología, y yo, Ingeniería.

Eugenia, la madre de Kenny, mujer de gran inteligencia y carácter, se fue adaptando a la idea, me fue apreciando y tomando confianza. Quería tener la certeza de que este joven fuera serio y cuidara de su hija. Además, durante nuestro noviazgo debía apegarme a reglas estrictas de horarios y contener las pasiones.

Nazir Hirmas, mi suegro y gran amigo de mi padre Nazmi, fue un hombre de calidad humana excepcional, afectuoso y alegre. Con él establecí una relación de gran cariño.

Matrimonio de Sergio Bitar con Kenny Hirmas. 1 de agosto de 1964

ESTUDIO EN PARÍS Y VISITAS FAMILIARES

Por esos tiempos Lorenzo seguía en Lima, y yo dejé la casa de Avenida El Bosque en 1964, al casarnos con Kenny y partir a Francia a realizar estudios de posgrado.

Nuestro matrimonio fue motivo de alegría para nuestros padres, especialmente para mi madre, quien tenía gran admiración y cariño por Kenny. Con mi padre las cosas fueron desde el principio más ríspidas. Su estilo machista y costumbres anticuadas lo llevaron varias a veces a observar críticamente cuando nos tomábamos de la mano o yo la acariciaba. Otras veces dejaba caer sus habituales críticas sobre mí. Pero se topó con una nuera que desde el principio no le dejó pasar ninguna y le replicaba de inmediato. Nazmi se percató de que tenía que cambiar y así lo hizo, y su respeto por Kenny terminó creciendo.

La relación con mis padres, Nazmi y Julia, se hizo más distante. Al casarse e iniciar una vida profesional uno se inclina intensamente a su propia vida y dedica esencialmente a su familia en formación. En Santiago quedaron Yeny y Carlos junto a Nazmi y Julia. Comentaba un amigo, años después, unas sabias palabras del Cardenal Silva Henríquez: "Los hijos son de los padres, pero los padres no son de los hijos".

La familia mantenía lazos estrechos y se reunía en torno a Julia. La madre, ya abuela, sabía cómo juntarnos. Era el tronco o el imán que atraía y cohesionaba.

Aun cuando permanecimos casi dos años en Francia con Kenny, nuestras familias se unieron más. Nuestra estadía en París fue propicia para que nuestros familiares nos visitaran con frecuencia. Allí apareció Nazmi, varias veces, camino a Siria, su destino anual de rigor. Nos invitaba a buenos restoranes, de ésos que no podíamos costear como estudiantes.

Buen vividor, fanático de la buena mesa, Nazmi poseía un mapa del mundo cuyos puntos de referencia eran los restoranes. Su GPS no era una red de calles sino un tejido de lugares de buen comer. Tal viaje, tal fecha, los recordaba según este u otro restorán. Comer, conversar, hablar de la vida, constituía el instante culminante de sus afanes turísticos.

Casi dos décadas más tarde, semanas antes de morir, Nazmi memoraba nuestro departamento en rue du Four esquina Boulevard Saint Germain, a una cuadra de St. Germain de Pres. Relataba cómo en los años que siguió yendo a París se sentaba en uno de los cafés de aquella esquina y miraba hacia arriba, allí donde nació su primer nieto, Sergio Javier, para revivir los años 1964 a 1966…, o encaminaba sus pasos hasta el Café de Flore o Les Deux Magaux.

Nazir y Eugenia también nos acompañaron y llevaron a lugares atractivos. Y en los momentos más duros, como cuando tuvimos que hospitalizar a nuestro hijo Javier, quien a días de nacer contrajo una aguda infección, ellos estuvieron sin pausa junto a nosotros.

Julia y Eugenia aprovecharon nuestra estadía para enviar a nuestras hermanas, Virginia y Beatriz (hermana de Kenny) a perfeccionar su francés a una "escuela para señoritas" en París...

Lorenzo hizo su aparición entusiasmado, alardeando de su buen francés, y con quesos y jamones para compartir. Incluso aportó una tostadora para los buenos desayunos.

En 1965, estando aún en París, el Instituto de Ingenieros de Chile me confirió el premio Marcos Orrego Puelma (al mejor alumno y compañero). Lo fue a recibir Nazmi. Julia me contó después que se sentía orgulloso y que preparó un buen discurso para la ocasión. Me lo imaginé, aunque también me sorprendió, pues nuestro padre escasamente explicitaba su satisfacción o reconocía nuestros logros. Era más exigente y cuestionador que estimulador y reconocedor. Pero, en el fondo de su alma, lo enaltecía que sus hijos fuesen exitosos en el país al que él arribó como inmigrante.

Al regresar con Kenny de París a Chile, en 1966, Nazmi y Julia nos acogieron en su casa de El Bosque durante unos meses con Javier, que entonces tenía menos de un año, mientras buscábamos departamento. Kenny recuerda que Carlos llegaba del colegio para jugar con él. Parte de su rutina era sacarlo de la cuna y lanzarlo al aire. Kenny lo perseguía, recriminándolo por despertarlo, si dormía, y por los riesgos que podían ocasionar sus jugarretas.

Meses después nos instalamos en un departamento en la calle Pío X. Allí compartimos edificio con Juan Facuse, entrañable amigo desde los 10 años en el Instituto Nacional, y su esposa Mery. Por las tardes, Carlos seguía visitándonos y jugando con Javier. Más tarde, en 1967, nació Rodrigo. En esa época veíamos a Nazmi y Julia con frecuencia.

Pensamos entonces construir nuestra casa propia. Nazmi poseía un terreno en "las afueras" de Santiago: en Rosario Sur con El Inca, en Las Condes. Fuimos a visitarlo una mañana. Recuerdo los potreros y el campo. Recién asomaban algunas construcciones. Nazmi me regaló el terreno y Nazir ofreció construir una casa a su hija Kenny.

Aquellos años 60, ya en el Gobierno de Frei Montalva, fueron de armonía y progreso familiar. Nazmi continuaba con sus fábricas en Lima y Ecuador, adonde viajaba con frecuencia. En Chile mantenía Resinas Arica y otras iniciativas. La familia crecía y llegaban nuevos nietos, además de mis hijos: la hija mayor de Lorenzo, Cristina; y el hijo mayor de Yeny, Jorge Luis. No había sobresaltos.

Con Kenny y nuestros hijos Javier y Rodrigo nos cambiamos a nuestro primer hogar propio, en 1969. Luego, en 1970, nació Patricia. Fueron tiempos bellos. Los nuevos abuelos, Nazmi y Julia, vivían contentos.

EL TREMENDO IMPACTO DEL GOLPE MILITAR

A comienzos de 1970 yo había recibido una oferta de estudiar en la Universidad de Harvard a partir de Septiembre y la acepté. En ese momento trabajaba en la CORFO y formaba parte de las comisiones técnicas del entonces candidato a la Presidencia, Radomiro Tomic. Durante esos meses estábamos abocados a la elaboración de su programa económico. En septiembre de 1970 fue la elección presidencial. Voté por Tomic y partí. A las pocas semanas viajó Kenny con los niños y nos instalamos a vivir en Boston para estudiar en esa universidad.

El triunfo de Allende sacudió la vida de Chile. Mi padre mantuvo sus actividades sin variación en el exterior y mi madre continuó con su misma actividad. Sin embargo, en el país las cosas se tornaron agrias y la sociedad se polarizó.

La familia de Kenny sufrió un golpe mayor. Como era habitual, los hijos de Jorge Hirmas, el fundador de las empresas, destacados empresarios chilenos, mantenían lazos con todas las corrientes y candidaturas políticas. Uno de los hermanos, Alfredo, poseía una relación cercana con Allende, también cultivada a través de Manuel Mandujano, dirigente socialista y leal amigo de la familia, que trabajaba en Algodones Hirmas.

Alfredo había colaborado en campañas anteriores de Allende. Por eso, los Hirmas tenían confianza en superar cualquier vicisitud. Pero el proceso se fue de las manos. Fueron expropiados y, sin compensación, perdieron empresas y tierras. Nazir y Eugenia, los padres de Kenny, partieron a México a comienzos de 1971. Allá instalaron, en sociedad con los Mehech, una empresa de calzado plástico, similar a la de Lima pero bastante más grande.

Carlos prosiguió sus estudios de Ingeniería en Santiago y Lorenzo vivía en Lima, al igual que Yeny.

Al regresar de Harvard a Santiago, a fines de 1971, reinicié algunas actividades en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, donde había ejercido la dirección del Departamento de Industrias y me desempeñaba como profesor. Enseñé y dirigí algunas tesis de grado a estudiantes de Ingeniería. Fueron tiempos azarosos y turbulentos. En 1971 se formó el partido Izquierda Cristiana (IC) del cual fui uno de sus fundadores y en el que compartí con numerosos amigos como Bosco Parra, Luis Maira, Pedro Felipe Ramírez, Julio Silva Solar, Jacques Chonchol, Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez y muchos más que no alcanzo a mencionar.

A poco andar, la IC inició conversaciones con Allende y la UP. Meses antes, mirando la evolución de los eventos políticos desde Harvard llegué al convencimiento que en Chile se configuraban sólo dos opciones: un golpe militar o corregir los rumbos del gobierno. Opté sin dudar por la segunda. Cuando meses después, una vez que la IC había ingresado a reforzar a la UP, Allende me solicitó que junto a otros dos economistas, Alexis Guardia y Sergio Ramos, conformara un equipo económico asesor del Presidente, yo tenía la decisión tomada y acepté. Más tarde el Presidente me pidió que asumiera la cartera de Minería y Energía.

El 11 de septiembre de 1973 se desencadenó un brutal golpe militar.

Debí dejar el cargo de Ministro meses después por haber sido acusado constitucionalmente junto a Luis Figueroa, Ministro del Trabajo y Presidente de la Central Única de Trabajadores. La derecha nos acusó de traicionar los derechos de los trabajadores del cobre al no otorgarles un reajuste mayor que al resto, como algunos dirigentes solicitaban. Estos últimos desataron una huelga de los trabajadores de la mina El Teniente, primera huelga de trabajadores contra Allende. Entonces pasé a desempeñarme como asesor del Presidente. Y a días de producido el golpe, la Junta militar ordenó me apersonara al Ministerio de Defensa, fui detenido, luego de presentarme voluntariamente a la Escuela Militar y enviado como preso político a la Isla Dawson, al sur de Punta Arenas.

Durante mi cautiverio de 9 meses en Dawson, toda la familia me apoyó solidariamente. Uno de los rasgos más admirables de los Hirmas fue su cariño y unidad, su enorme afecto por Kenny, y –a través de ella– por mí, a pesar de haber sido Ministro de Allende, del gobierno causante de sus pesares humanos y pérdidas patrimoniales. Lo mismo hicieron los hermanos de mi esposa, Boris, Sergio y Beatriz Hirmas.

Nazir no sólo solidarizó conmigo. Vino a Chile para acompañar a Kenny e incluso me ofreció un importante trabajo en México, en una carta que recibí mientras estaba recluido en la Isla Dawson. Pero mi prisión continuó. De Dawson fui enviado por un mes al campo de concentración de Puchuncaví. Ahí pude ver por primera vez a mi esposa y mis hijos. Entonces, en junio de 1974 me trasladaron a Ritoque.

Nazir falleció el 30 de mayo, a los 61 años, estando yo prisionero por la dictadura. Su muerte me causó un dolor enorme. Después de que falleciera, Eugenia volvió a México por varios años, pero luego retornó a Santiago, donde vivió hasta su muerte en 2000.

Entretanto, la salud de mi abuela Olga, madre de Nazmi, decaía. Estaba grave y su fallecimiento parecía inminente. Tal situación motivó a algunos amigos como Fernando Léniz, Ministro de Pinochet, a respaldar las persistentes solicitudes de mi familia para terminar con la prisión. Gracias a estas gestiones ocurrió mi salida del campo de concentración de Ritoque. El 30 de septiembre de 1974 fui trasladado desde ahí a mi hogar con arresto domiciliario. Después supe que se había tratado de una bendita confusión. Los militares creyeron que la enferma grave era mi madre, no mi abuela. Al borde de su muerte, la salud de mi abuela Olga tuvo un giro afortunado. Vivió 2 años más. Había ayudado a mi liberación sin querer queriendo.

Kenny resistió estoicamente la dispersión de su familia, la muerte de su padre, la prisión de su marido, y se volcó al cuidado y protección de nuestros tres hijos.

En noviembre de 1974 fui liberado y enviado al exilio. Entonces partí a Estados Unidos. Por segunda vez llegué a Harvard, universidad que había hecho gestiones para liberarme y que me invitó como *fellow* del Institute for International Development (Instituto para el Desarrollo Internacional).

Más tarde, en 1976, desembarqué en Caracas con mi familia para hacerme cargo de "Colomural de Venezuela", una fábrica de papel mural ya instalada por Lorenzo, con quien nos asociamos. Ese año murió también mi abuela Olga y mi hermano Carlos se casó en Ecuador.

Recuerdo que, en Guayaquil, el día de su matrimonio, desayunamos con Nazmi y Lorenzo en un hotel de la ciudad y allí acordamos el próximo paso de Carlos. La alternativa era regresar a Chile en esos años difíciles o partir a Venezuela para ayudarme en el manejo del nuevo negocio venezolano. Primó la opinión de que Venezuela sería mejor, porque había democracia, avance económico y ahí estaba la familia de su hermano. De esta forma, recién casado, Carlos partió a trabajar conmigo a Venezuela. Allí se instaló, formó su estupenda familia y siguió adelante con los negocios hasta el día de hoy.

¡Qué impresionante cómo se teje la vida, unas decisiones arrastran otras y así se forja el destino!

Kenny Hirmas con Javier, Patricia y Rodrigo Bitar camino a Boston en 1974

Viaje a Homs en 1982. Sergio, Kenny, el Patriarca Anastasius IV, Julia y Nazmi

UNIDOS A LA DISTANCIA

Diez largos años de exilio nos alejaron de nuestros padres, y de la vida familiar y los amigos en Chile. Lo compensamos gracias a sus viajes a Venezuela, Estados Unidos o visitando juntos otros países en las vacaciones. Así ocurrió en Estados Unidos en 1982. Llegamos a Washington y paseamos por Nueva York, Nazmi con sus nietos, Javier y Rodrigo. Otra vez viajamos junto a mis padres desde Caracas a España y Siria.

La fábrica de zapatos plásticos en Lima funcionaba bien a cargo de Lorenzo, quien hizo un esfuerzo notable para levantar esa empresa y, con eso, sostener a buena parte de la familia. En Chile, nuestros padres lograban llevar una vida cómoda, sin apuros, aunque con pena y soledad.

La fábrica venezolana de papel mural recién despegaba y enfrentaba una situación financiera crítica. En 1976 nuestros padres nos fueron a visitar a Caracas. Se alegraron por sus nietos, pero volvieron preocupados a Chile. ¿Podríamos salir adelante?, se preguntaban.

Años después se alegraron al ver que todos sus hijos habían progresado económicamente. Las familias de Lorenzo y Yeny lograban desenvolverse con holgura, mientras Carlos y yo estábamos a cargo de Colomural de Venezuela, que a fines de los 70 ya florecía y rendía.

Con los años, supe que Nazmi buscó varias vías para terminar mi prisión, y que durante mi exilio hizo iguales esfuerzos para que la dictadura autorizara mi retorno, pero no tuvo éxito. Le dolía la actitud elusiva de quienes consideraba sus amigos. Imagino que, en medio de ese dolor y la añoranza de nuestro retorno, mi madre y él también ponderaban, aceptaban y hasta se resignaban a la distancia, imaginando los peligros que nos acecharían si regresábamos.

Mi padre y mi hermano Lorenzo continuaron sus actividades económicas y expandieron algunas nuevas, dentro de los negocios que ya operaban. Lograron soportar la tremenda sacudida económica producida en Chile por la crisis financiera y la devaluación desde 1982.

Ese año llegamos hasta Homs, su ciudad natal. Allí, Nazmi me paseó por el Souk, mostrándome las calles por las que caminaba cuando pequeño, donde quedaba el negocio de su abuelo y el de su padre, Habib; su escuela, la iglesia ortodoxa y el cementerio donde yacía Habib. Allí caminé buscando la tumba de mi abuelo, sin encontrarla. Poco queda de aquellos lugares, después de la cruenta guerra internacional contra ese bello país.

RETORNO A CHILE

En 1982 partimos con Kenny y los niños de Caracas a Washington, al Wilson Center for International Studies de la Smithsonian Institution, luego de ser invitado como *fellow* para investigar y escribir sobre las relaciones Estados Unidos-América Latina.

Javier, mi hijo mayor, había terminado su educación secundaria en Venezuela e ingresó a la George Washington University. Rodrigo y Patricia continuaron sus estudios en colegios de Bethesda. Luego de un semestre discutimos sobre nuestro futuro y pensamos que era mejor que Javier diera su examen para ingresar a Ingeniería en la Universidad de Chile. Confiábamos en retornar pronto y temíamos que de permanecer en Estados Unidos ya no volvería a Chile.

Javier regresó a Santiago en enero de 1983, dio un examen para alumnos extranjeros, fue aceptado y se instaló a vivir con sus abuelos, Nazmi y Julia, en la casa de Avenida El Bosque. Javier convivió con sus abuelos, recibió sus consejos, enseñanzas y un afecto que los unió. El nieto les animó la vida y alegró la casa. Para nuestros padres fue una forma de estar cerca de la familia exiliada y de sus cuatro hijos que vivíamos fuera de Chile en otros países.

Poco más de un año después, febrero de 1984, nos llegó la noticia de que la dictadura autorizaba mi regreso a Chile. Pero no especificaban si era de forma definitiva o sólo por un mes, como les había ocurrido a otros amigos, que luego debieron devolverse a su país de exilio. Me remeció la idea de que pudiera ser por un tiempo tan breve. ¿Me vería expuesto a una nueva expulsión? ¿Qué diría a tantos a quienes acudí pidiendo apoyo para volver? ¿Que pude ingresar pero que de nuevo estaba obligado a salir, en fojas cero? La incertidumbre, la discrecionalidad de la dictadura y el abuso eran deprimentes e indignantes.

Regresé temporalmente a Chile –solo con Kenny– en marzo de 1984, después de 10 años de exilio. En el aeropuerto me esperaban mis padres, familiares y amigos. Como se había tornado habitual, a modo de protesta, amigos y compañeros de la Izquierda Cristiana organizaron una caravana de autos, tocando las bocinas, para dirigirse desde el aeropuerto hacia la casa de mis padres. A poco de partir, la caravana fue interceptada por Carabineros, y mis amigos fueron arrestados y llevados a una comisaría. Estábamos desolados. Retornábamos después de una década, y en vez de compartir y abrazarnos tuvimos que colgarnos del teléfono para averiguar qué riesgos corrían.

La dictadura estaba cambiando cautamente su política de expulsión y comenzaba a permitir el regreso en cuentagotas de algunos exiliados. Poco días después de mi retorno al país, estando aún en Santiago, el Ministerio del Interior me informó que podía volver definitivamente a Chile. Fue un gran alivio. Entonces traje a toda mi familia, en agosto de 1984. Por vez primera estaríamos todos juntos en Chile para reiniciar nuestras vidas.

No fue difícil reinsertarnos, pues añorábamos vivir en nuestra patria. Pero tras diez años de exilio encontramos un Chile triste, pobre, temeroso, y percibíamos cambios en las actitudes y hasta en las palabras de la gente. Para entonces, Javier se encontraba acá estudiando Ingeniería.

Rodrigo recién había terminado la secundaria, postuló a esa misma carrera por la vía de exámenes para extranjeros y fue aceptado, y Patricia, la más afectada con el retorno, pues se sentía ya venezolana, volvió a su colegio Saint George.

Venezuela, prácticamente la única democracia de América Latina en esos años de dictadura, fue nuestra segunda patria. Su gente fue generosa y abierta. Nunca nos sentimos discriminados, y emprendimos todo tipo de iniciativas. Nuestros hijos incluso llegaron a integrar el equipo nacional de karate de Venezuela y salían a representarla internacionalmente.

Hasta ese año 1984, cuando regresé definitivamente, mis padres habían quedado solos, con sus cuatro hijos en el exterior, dos en Perú, uno en Venezuela, y yo entre Venezuela y Estados Unidos. Sin embargo, Nazmi y Julia viajaron harto a visitar a sus nietos, en Perú, Venezuela o Estados Unidos. Ya de vuelta, empezó una nueva etapa en la relación con Nazmi y Julia. Venían por las tardes a jugar con sus nietos, nosotros los visitábamos y fue un estimulante periodo de reencuentro y vida familiar, aunque ensombrecido por las penurias de vivir en dictadura y los riegos de actuar políticamente para terminar con ella.

LAS VISITAS DE NAZMI A SU TIERRA NATAL

Nazmi tenía su rutina. Viajaba a Lima dos veces al año a ver a Lorenzo, su familia y la fábrica. Allá se instalaba por la mañana junto a la oficina de Lorenzo a leer los diarios.

Tejía relaciones con facilidad, por su carácter sociable, su conversación animada y sus ganas de vivir. Nazmi era un *bon vivant*, iba a los mejores restaurantes de Lima y daba extraordinarias propinas. Todos lo conocían. Con frecuencia concurría con sus amigos al Restaurante Suizo de la Herradura, junto a Emilio Farah, Arturo Saud y a veces con Jacobo Said. Los domingos se dirigía al Hipódromo de Monterrico. También se llevaba bien con los gerentes de Textil Algodonera, Alfredo Ostoja y Ernesto Febres, a quienes solía invitar.

A Lorenzo le impresionó la facilidad con que entusiasmó a los Majluf, propietarios de Scala, una de las mayores tiendas por departamentos de la capital peruana en ese entonces. La marca de calzado "Sietevidas" se originó en una reunión con ellos. Así, los Majluf colocaron los productos que ofreció Nazmi y resultaron importantes clientes de la fábrica de zapatos durante muchos años.

A su vez, empezó a viajar a menudo a Venezuela a ver a Carlos y Susana y al primogénito de ambos, Carlos Andrés. Se alojaba en el Tamanaco, quizá el mejor hotel de Caracas de ese momento. Esporádicamente paraba por un par de días en Guayaquil, ya que el negocio estaba, según él, controlado y manejado por su hermano Rafat Bitar y su socio y ahora consuegro, Mauricio Maluk.

Y, una vez al año, realizaba el gran viaje de sus sueños: Santiago, París, Damasco.

Lo habitual, hasta que cumplió 83 años de edad, era alojarse en el Grand Hotel de París, cerca de la Place de L'Opéra, y pasar sus momentos gratos en el Café de la Paix, al costado de la Ópera. Llegando a Damasco se hospedaba en el Hotel Méridien, donde se encontraba con sus amigos sirios para retornar a sus raíces. Allí cultivó una estrecha amistad con varios de ellos.

En Homs el más cercano era Serre Haleby. Cuando visitamos esa ciudad con mis padres en 1982 nos alojamos en su casa. Serre usaba por las mañanas su bata blanca, y nos ofrecía un exquisito desayuno con *full, humus* y *ahui abiad* (café blanco) con extracto de flores de azahar.

En Damasco, Nazmi visitaba a Abdel-Halim Khaddam, por largos años Vicepresidente de Siria. Khaddam abandonó su país en 2004, luego del asesinato del Primer Ministro Libanés Hariri, en Beirut, con quien tenía una estrecha relación. A Nazmi también lo acompañaban sus amigos diplomáticos Hisham Hallaj y Adnan Hamdoun.

Una de sus paradas obligadas en Homs era la iglesia del Arcángel Gabriel, que, según su relato, le había salvado la vida cuando enfermó gravemente de pequeño.

Serre Haleby, íntimo amigo de Nazmi, flanqueado por él y Sergio Bitar.
Homs, 1982

Mezquita de los Omeyas

(Izq. a der) Untanos (Antonio) Chacra, hermano de Olga (Loga); William, Eduardo y Olga. Al medio, Carlos Bitar, nieto de Olga, circa 1962

LA VIDA AL REGRESAR DEL EXILIO

Cuando la dictadura autorizó mi regreso definitivo, en 1984, me instalé en la oficina que mi padre y mi hermano Lorenzo habían montado para manejar uno de sus nuevos negocios, en Huérfanos con Estado. Allí operaba Interandina, una empresa creada por ellos que representaba y vendía productos químicos importados de Colombia. Teníamos escritorios adyacentes y nos veíamos a diario. Allí desplegué mis actividades políticas. Eran años económicos difíciles en Chile. El dólar se había disparado, la cesantía era enorme y la angustia y la pobreza se extendían por todos los rincones.

Nazmi tuvo visión y nos instó a comprar propiedades. Adquirimos una nueva oficina en Huérfanos, donde antes operaba el famoso Bim Bam Bum, y allí se construyó el Edificio Opera. Con Nazmi y Lorenzo nos instalamos en el piso 16, donde gozábamos de más espacio. Fue agradable, pero no resultó un buen negocio cuando la vendimos, años después. En cambio, sí fue una buena inversión la compra de un terreno en Avenida El Bosque, frente a la casa de nuestros padres, donde más tarde construimos un edificio. Me arrepiento de no haber adquirido más terrenos contiguos, como él insistía, pues la calle se valoró enormemente.

Nazmi prosiguió una vida rutinaria, en su oficina, con la familia, realizando viajes a Lima y Caracas. En éstos visitaba a mis hermanos, y compartía con sus nietos. A veces lo acompañaba Julia.

En Chile, en tanto, organizaba semanalmente sus partidas de *tauli*. En años anteriores su contendor preferido era su tío Antonio (Untanos) Chacra, hermano de su madre, que había emigrado a Chile alrededor de 1910. A veces jugaba en el Estadio Sirio, y años después en casa de su madre y sus hermanos Eduardo (Eduard) y Rafael (Rafat), en su casa de calle Praga, adonde partía los sábados; o en Las Vertientes después del almuerzo, sábados y domingos.

Las Vertientes era su paseo obligado los fines de semana. Se instalaba cerca de la pileta para escuchar el sonido del agua, bajo la higuera en primavera y verano, con su música árabe, su trago, normalmente un whisky sour, sus asados con amigos y luego el infaltable juego de *tauli*.

El Presidente electo Patricio Aylwin recibe el saludo del Agregado de Negocios de la Embajada de Siria y Nazmi, La Moneda 1990

"LA ALEGRÍA YA VIENE"

Eran tiempos de dictadura. Nazmi era hombre práctico, apolítico, aunque contrario a la dictadura, por lo acontecido conmigo más que por razones ideológicas. En verdad, nunca le escuché un pronunciamiento a favor de una u otra opción política. Tenía una admiración por el poder y buscaba acercarse a él, sin identificarse con posturas políticas. Una de sus satisfacciones fue ser nominado agregado consular ad-honorem de Siria en Rancagua. Le permitía contar con una placa consular, que le facilitaba su circulación y le otorgaba ciertos privilegios, alguna ventaja.

A mediados de los 80, Chile estaba cambiando con celeridad y se extendía y profundizaba la oposición a Pinochet. Pero era arriesgado enfrentar al dictador. Y Nazmi y Julia se inquietaban ante el riesgo permanente de que su hijo, activo opositor, fuera otra vez víctima de abusos, detenciones o expulsiones, exponiendo a Kenny y a los nietos que ahora estaban en la universidad.

Y con razón. Un domingo por la tarde de 1986, a sólo dos años de haber regresado del exilio, compartíamos un almuerzo con la familia en Las Vertientes, como era habitual. El asado, con porotos granados y ensaladas que preparaba Julia, era siempre un momento grato para compartir. Como a las 5 de la tarde de ese día me despedí para regresar a Santiago y cumplir otros compromisos.

Pocas horas después de regreso a Santiago ocurrió el atentado fallido a Pinochet en La Obra, apenas a 1 kilómetro de nuestra casa. Fue una noticia impactante. Pinochet escapó por milagro, mientras varios de sus escoltas murieron. Los militares cerraron caminos e iniciaron intensas búsquedas. Como escarmiento, arrestaron y asesinaron a varios dirigentes políticos. La mayoría de ellos eran mis amigos. Nuestra casa de Las Vertientes fue revisada de arriba a abajo. Mi nombre fue mencionado como sospechoso y temí un nuevo arresto. Quién sabe qué habría pasado si hubiéramos estado allí a la hora de los hechos.

La preparación y realización del plebiscito de octubre de 1988 nos absorbió todas las energías. Nazmi y Julia solamente seguían los hechos, aunque ella estaba más comprometida.

El éxito del NO en el plebiscito abrió las puertas de un futuro con libertad. La vida de todos los chilenos, y la de Nazmi también, fue remecida. El término de la dictadura despertaba un nuevo espíritu de esperanza para la gran mayoría. Poco a poco se comenzó a disipar ese temor que se pega en la piel, que paraliza y empequeñece. Sentí que Nazmi empezaba a caminar con dignidad. Su hijo no estaba preso ni era un paria. En los años previos muchos miembros de la colonia árabe, conservadores pro Pinochet, me veían como un "comunista", una persona indigna de confianza, lo que afectaba a mis padres.

Nazmi y Julio celebrando sus 50 años de matrimonio en 1990

UN MUNDO QUE SE VA

A comienzos de los 90, los principales amigos de Nazmi ya habían fallecido: Nazir había muerto en 1974; su tío Antonio, eximio jugador de *tauli*, había fallecido en 1975, con lo que perdió a un importante compañero. Por esos años también partieron Fadul Mehech y Rafael Banduc.

Su madre Olga –como lo mencioné– había fallecido en Santiago en 1976 y su hermano William, el menor de los hombres, en Lima en 1977.

Otro de sus hermanos, Rafael, quien sucedió a su tío Antonio como principal contrincante de *tauli*, feneció en 1987 y, pocos días después, murió Michel Chacra, su otro tío, compañero de emigración desde Homs, 60 años antes.

Nazmi comenzó a resentir la desaparición de sus cercanos, y con frecuencia se lamentaba de que se iba quedando solo. Aún tenía energías para ir tejiendo amistad con personas más jóvenes que él. Había trabado una estrecha amistad con Jaime Said y, por los 90, frecuentaba a Manuel Valech y su esposa Ivonne, buenos amigos y compañía cariñosa suya y de Julia.

Julia era su ancla y razón de vivir. Ella conservó una relación perdurable con las viudas de los amigos de su marido, como Matilde Mehech. Pero para Nazmi, educado en ese distanciamiento entre hombres y mujeres, las viudas no representaban la continuidad de su amistad con los esposos.

Violeta, su hermana menor, me contó que un par de veces le llevó a Nazmi los diarios árabes que informaban de la muerte de algunos de sus primos en Homs, y que mi padre reaccionaba enojándose, pidiéndole que no le trajera esas noticias. Argumentaba que no los conocía. Violeta me relató que esa reacción de Nazmi se debía a que una vez, de visita en Homs, Nazmi fue a verlos. La acogida fue fría y distante. Tal vez no quiso saber más. De ser cierto, no me sorprende, pues creo que ese rasgo –aislarse para esquivar los problemas emocionales y evitar malas noticias, entierros y dolores, especialmente en sus últimos años– explica en parte su longevidad y el que mantuviese su fortaleza, a pesar de la enfermedad que lo aquejaría años después.

El entusiasmo Nazmi por Siria, lejos de declinar, se avivó al final de su vida. Todos sus seres queridos estaban en Chile, Perú, Venezuela y Ecuador, de donde provenían dos de sus nueras. Sus hijos y nietos eran su vida, que se proyectaba al futuro. Pero Siria y el Líbano eran sus raíces. Así funciona la mente humana, primero expansión, luego regresión a los períodos primigenios de la vida.

En enero de 1990, Nazmi y Julia cumplieron 50 años de matrimonio. Entonces les organizamos un evento con familiares y amigos, realizamos una misa y luego una fiesta. Ahí estaban hijos, nietos, hermanos, primos, familiares y amigos. Nazmi, que bordeaba los 80 años y Julia, los 74, estaban lúcidos y sanos. Mirando en perspectiva, habían alcanzado el culmen de sus vidas.

Por esos años visitaban Chile diversas delegaciones oficiales sirias. Recuerdo la satisfacción de Nazmi de acompañarlos, entre otras ocasiones, a la transmisión del mando de Aylwin, primer presidente democrática-

mente elegido después de la dictadura. De los delegados recuerdo a Muhamad El Ahmar, Subsecretario General del Partido Baath; y a Mohsen Bilal, diputado sirio, más tarde Embajador de su país en España y luego Ministro de Información. Con Mohsen yo mismo trabé una afectuosa relación. Uno de los frutos de esa amistad fue su prólogo a la edición en árabe de mi libro "Isla 10", que relata mi estadía en Dawson como preso político.

Mis funciones públicas como Secretario General y Presidente del Partido por la Democracia (PPD) entre 1990 y 1994, y luego mi elección como Senador en 1993, alegraron y enorgullecieron a Nazmi y Julia. Lorenzo y Carlos tenían éxito en sus negocios y crecían sus familias. Yeny y Fajrry también gozaban de una vida feliz en Lima ¡Qué más se podía pedir!

Pero la vida siguió su curso y nos depararía nuevos pesares.

Un día de noviembre de 1992, a las 4:00 AM, Violeta llamó angustiada. Había fallecido Eduardo, el único hermano vivo de Nazmi, quien junto a ella mantenía el negocio en Ahumada (la tienda, el "Mahal" como decían en árabe) y la casa de calle Praga, adonde mi padre iba a visitarlos regularmente. Esa madrugada, cuando me avisaron, acompañé a Nazmi para hacerme cargo de los trámites funerarios.

Así se cerraba una etapa: la tienda, puntal de la familia venida de Siria, primero en Ahumada 12 y luego, cuando se demolió ese edificio, Ahumada 43, llegaba a su fin. Ese comercio permitió vivir a los hermanos de Nazmi y a nuestra propia familia.

Luego se vendió la casa de la calle Praga, y Violeta se trasladó a vivir sola a un departamento en la calle Las Nieves, con la ayuda permanente de mi madre Julia.

EN DAMASCO NAZMI SUFRE UN ATAQUE CEREBRAL

En mayo de 1993, a Nazmi le sobrevino un golpe mayor. Por la mañana temprano recibí una llamada desde el extranjero a mi celular. Iba a casa de Ricardo Lagos, pues estábamos preparando las primarias de la Concertación y él era precandidato.

Detuve el auto. Me llamaba Khulud Haleby, hija de Serre Haleby, el gran amigo sirio de Nazmi. A la familia de Khulud la había conocido 12 años antes en Homs. En francés, me informó que Nazmi había tenido un problema mayor de salud en Damasco, un posible derrame cerebral. Lo habían encontrado inconsciente en su cuarto del hotel. Para entonces ya había recobrado la conciencia, pero no podía expresarse.

¿Qué hacer? Consultamos los distintos itinerarios aéreos para salir de inmediato.

Carlos, estando más cerca, en Caracas, resolvió partir en el acto, aunque con dudas y temor, pues pesaba en su memoria la desagradable experiencia de haber sido retenido en Siria, en un viaje que habían hecho pocos años antes con Nazmi y Julia.

En esa ocasión, a la salida del aeropuerto de Damasco, Carlos fue llamado para comunicarle que no podía abandonar el país, por incumplimiento de su servicio militar. "Usted es sirio", dijo el policía, "tiene que cumplir la ley". Todos se alarmaron. Carlos tenía entonces menos de 40 años y, según le informaron, todo sirio debe cumplir su obligación militar hasta los 50.

"¿Cómo que sirio? Soy chileno". El policía insistió sin contemplaciones. La única explicación posterior de ese insólito percance es la gestión que Nazmi había hecho en 1974 para conseguirme un pasaporte sirio, cuando la dictadura me negaba el mío. Había sido obligado a abandonar mi país y no conseguía mi pasaporte. ¿Cómo viajaría y circularía por el mundo durante mi exilio?

En su carácter de originario de Siria, además de Cónsul Honorario de ese país en Rancagua, y luego de obtener su certificado de nacimiento en Homs, Nazmi obtuvo un pasaporte sirio para mí. Finalmente se me entregó el pasaporte chileno y jamás hice uso del sirio. Es probable que entonces, todos los hijos, entre ellos Carlos, hayan sido registrados como sirios, y que existiera algún antecedente suyo en el computador que alertó al funcionario policial.

A pesar de ese gran susto, aún patente en su memoria, Carlos decidió viajar de nuevo para salvar a su padre. Susana, su esposa, decidió acompañarlo ¿Qué ocurriría esta vez?

Hicieron trámites de urgencia y despegaron desde Caracas el mismo lunes que se conoció la noticia, vía Roma, para conectar más tarde a Damasco. Dos días después llegaron al aeropuerto de Damasco donde los esperaban Mohsen Bilal y funcionarios de la Embajada de Chile en Siria, a quienes yo había telefoneado para pedir ayuda. De ahí fueron llevados directamente al hospital.

Nazmi había sufrido una embolia cerebral, un coágulo arrastrado pudo obstruirle un vaso sanguíneo, muy probablemente el mismo sábado luego de subir a su cuarto. Según los primeros relatos, en todo el sábado no salió de su habitación para ver a sus amigos. Ellos se extraña-

Kenny Hirmas, Khulud Haleby, Sergio Bitar y su sobrina Soledad Yazigi en el restaurant Brasserie Lipp en París, en marzo de 2017

ron y el domingo se dirigieron al hotel. Pidieron abrir la puerta del cuarto y lo encontraron tirado en su lecho. Había perdido la movilidad y parte del habla. Entonces avisaron a otros amigos y lo trasladaron a un hospital.

Luego de llegar a Damasco, Carlos se dirigió al hospital y encontró a Nazmi tendido en una camilla, con ropa, sin chaqueta ni zapatos, recibiendo suero. En la pieza estaban sus amigos Hisham Hallaj y Serre Haleby. Le contaron a Carlos que Nazmi se resistía a permanecer en la clínica; quería partir ya.

Carlos también relató que, al verlo, Nazmi le habló en árabe y él no entendió nada. Tampoco entendían los sirios. Había perdido la capacidad de comunicarse, confundía las palabras y aparentemente no se percataba.

¿Qué hacer? La junta médica sugirió dejarlo en el hospital. Necesitaban un buen diagnóstico antes de resolver. Estaba claro que padecía de afasia –la pérdida de la capacidad de comprender o expresar el lenguaje– como consecuencia de la embolia. Pero el coágulo o sus efectos podían extenderse, comprometiendo su vida. Los médicos afirmaron que era arriesgado subirlo al avión en ese estado.

Desconcertado y angustiado, Carlos llamó a nuestra madre, Julia. Ella lo instruyó que lo trajera de vuelta a Chile, expresándole que ella asumía toda responsabilidad. Aliviado, nuestro hermano sacó a su padre del hospital el jueves, cuatro días después de haber ingresado de emergencia, para embarcarlo a Santiago. El relato de Carlos es casi surrealista: los amigos invitaron a Nazmi a almorzar a un restorán para despedirlo. Nazmi bebió tres vasos de whisky, como si fuera agua, y comió abundantemente. Serre le dijo a Carlos que era una despedida, pues creía que Nazmi no viviría mucho más. Pero la vida depara sorpresas: Serre murió tiempo después, mientras que Nazmi aguantó otros 14 años.

Para complicar más las cosas, justo antes de despegar, en el aeropuerto se suscitó otro incordio. Nuevamente, Carlos fue llevado a la misma oficina militar del viaje anterior. Pero esta vez, prevenido, iba acompañado de un funcionario de gobierno, ayudante del amigo de Nazmi, Mohsen Bilal. En esa época, Mohsen era encargado internacional del Partido Baath. El militar a cargo en el aeropuerto le dijo: “este tema es militar, no depende del gobierno”. Tras varios tira y afloja, finalmente lo dejaron partir. El funcionario que acompañaba a Carlos le confesó que, como último recurso, le advirtió al militar: “es orden del partido Baath”, y lo conminó a acceder. “Si quiere, llame al partido”. Así término el episodio y pudieron emprender vuelo.

En Roma debieron permanecer una noche, por itinerario y, otra, por atraso del avión. Nazmi insistió en pasear, y llevó a Carlos y Susana a un restaurante y luego a la plaza Navona. Pero Carlos cuenta que se cansaba, arrastraba los pies y debieron retornar al hotel. Allí lo dejaron en su pieza, con cerradura pasada para impedir que saliera solo, y cada dos horas Carlos ingresaba a su cuarto para asegurarse de que Nazmi durmiera y todo estuviera en orden.

Recién en marzo de 2017 pude tener la versión fidedigna de cómo ocurrieron los hechos y del accidente vascular que sufrió Nazmi. En esa fecha conocí y almor-

zamos juntos con Khulud Haleby. Ella me había llamado a Chile en 1993 para informarme de lo ocurrido.

Khulud cuenta que su padre, Serre, se encontraba en Europa los días en que Nazmi debía llegar a Damasco desde París. Por eso le encargó a ella que se preocupara de saber cómo estaba y atenderlo. Khulud se hallaba en Beirut, mi padre llegó el sábado a Damasco y ella llegaría el domingo. Le pidió a uno de sus ayudantes, de nombre Zuheir, que se presentara el sábado en el hotel Méridien y preguntara por el señor Bitar. Así lo hizo, y le señalaron que acababa de llegar y se había ido a su cuarto. No quiso molestarlo y se devolvió.

Al día siguiente regresó, preguntó por él, y le dijeron "no están las llaves, no ha bajado, está en la pieza". El hombre informó a Khulud, a quien le extrañó que Nazmi no hubiera aparecido durante tantas horas. Insistió en que consultara, golpeara la puerta y –en caso de no recibir respuesta– abrieran el cuarto. Y entonces Zuheir se encuentra con la gran sorpresa: Nazmi sentado en el sillón, vestido, con la maleta sin abrir a su lado. Tenía la cabeza apoyada en la mano, como dormitando.

El ayudante de Khulud se alarma, pues le habla y Nazmi no contesta. Constata que está vivo y llama al médico. Lo llevan al hospital más cercano, el "Assad Jamia" o sea "Universidad Assad". El médico lo encuentra delirante y dice que lo va a estabilizar. Había pasado toda la noche sin conciencia. Apenas arribó se debe de haber sentido mal, seguramente quiso abrir la maleta, pero recibió el impacto ocasionado por la embolia, se sentó, y allí quedó inmóvil.

Khulud dice que, apenas llegó a Damasco ese domingo, se dirigió al hospital, ingresó al cuarto y Nazmi no la reconoció. Sin embargo, dos días después al llegar su padre, Serre, Nazmi sí lo identificó. Khulud me contó con hilaridad que entonces Nazmi le preguntó a Serre "¿quién es esa mujer que viene a cada rato y me molesta?, dile que no entre más". A las pocas horas llegaría Carlos desde Venezuela para hacerse cargo.

SU VIDA CON AFASIA

A su retorno de Siria, Nazmi comenzó una vida muy limitada. Su fortaleza física aún persistía y lo protegía. A ratos quería viajar de nuevo, y entusiasmaba a Julia, con su habla limitada, para que lo acompañara. Su carácter se fue tornando más ensimismado y hostil, pues se percataba de su incapacidad de comunicarse y eso lo rebelaba y deprimía. Tremenda frustración para un gran conversador, un hombre para quien los más gratos momentos surgían compartiendo, platicando y comiendo con amigos.

Julia debió asumir una responsabilidad y una carga gigantescas. Cargó con la dura tarea de convivir con él en esas condiciones y atenderlo, realizar el manejo financiero y la administración de la casa. Controlar a un hombre antaño tan activo y ahora iracundo la fue minando. Nazmi descargaba en ella su carácter irascible, acentuado por su impotencia ante la afasia que lo aquejaba, y mi madre lo resentía. Pero Nazmi no cedió. Después de su crisis neurológica prosiguió con su rutina por muchos años. Por las mañanas partía a la oficina. Leía los diarios, firmaba cheques, bajaba al café Haití y luego retornaba a casa para el almuerzo.

Los fines de semana, su conductor lo llevaba a Viña del Mar, adonde invitaba a algún amigo. El más frecuente era el Embajador de Siria de turno, primero Hallaj y, después, Sapag. Cada sábado en la tarde ingresaba al casino, jugaba, comía y el domingo regresaba a Santiago. Este ritual duró largos años.

En 1996, cuando Nazmi tenía 86 años y Julia, 80, compraron un nuevo departamento que les buscó Lorenzo y alquilaron la casa de Av. El Bosque. Su nuevo hogar estaba ubicado frente a la Plaza Perú, en Isidora Goyenechea con Carmencita. Julia eligió el quinto piso, para ver, decía ella, las copas verdes de los árboles de la plaza desde la terraza.

Mis hermanos Lorenzo y Yeny compraron sendos departamentos a pocas cuadras de nuestros padres, comenzaron a venir a Chile más asiduamente a visitarlos y apoyar a nuestra madre. Los nietos también pasaban a saludarlos y permanecían algo más con él. Por esos años habíamos terminado la construcción del edificio en un terreno en Av. El Bosque Norte, a pocos metros de la casa que Nazmi y Julia habían adquirido en los años sesenta y que ahora se alquilaba a un restorán.

Apenas finalizó sus estudios de ingeniería, mi hijo Rodrigo se instaló junto a mi padre en nuestra oficina común de Huérfanos, hasta 1997, año en que partió a la universidad de Harvard. Luego de estudiar en Estados Unidos, Cristina, hija de Lorenzo y Laila, resolvió dejar Lima y se había venido a vivir a Chile en 1992. Gonzalo Tali-Hamideh vino a estudiar Ingeniería Comercial en la Universidad Gabriela Mistral por esos mismos años.

Más tarde, alrededor de 2000, arribó de Venezuela Carlos Andrés, hijo de Carlos y Susana. Había decidido estudiar economía en Chile y se instaló a vivir en el departamento con los abuelos. Carlos Andrés fue un halo de vida que los animó, aunque, para preservar su privacidad, a veces se encerraba en su cuarto. Cuando iba a visitarlo yo debía darle unos buenos golpes en la puerta para que saliera.

Poco tiempo después vino a trabajar Juan Carlos Tali-Hamideh, hijo de Yeny y Fajrry. Y, en 2005, su hermana Macarena inició sus estudios de literatura y periodismo en la Universidad Adolfo Ibáñez. Todos pasaban a ver a sus abuelos, a quienes la visita de un nieto les iluminaba el día. Chile atraía a peruanos y venezolanos, por la familia y la educación superior. Con la edad, ya sin amigos y con poca energía, los días se iban volviendo más solitarios. Menos frecuentes fueron las relaciones con los nietos que permanecieron en otros países, como Rodrigo –mi hijo– y su familia, que se radicaron en Nueva York; Alejandro y Anita –hijos de Lorenzo– que vivieron entre Perú, Canadá o Venezuela, en distintos periodos; un hijo de Yeny, Jorge Luis, peruano y limeño; y tres de Carlos, Gabriela, Fernando y Susana, venezolanos y caraqueños.

Julia mantenía la unidad familiar. Era el árbol frondoso en torno al cual nos reuníamos y abrazábamos. Además de su inteligencia y preocupación por todos, proveía su mesa con abundantes y deliciosos platos y dulces árabes, que atraían a los más reacios, incluso a los bisnietos. En torno al comedor nos sentábamos todos y era un momento de alegría y fraternidad familiar. Era una fuente de amor que todos recibían y retribuían.

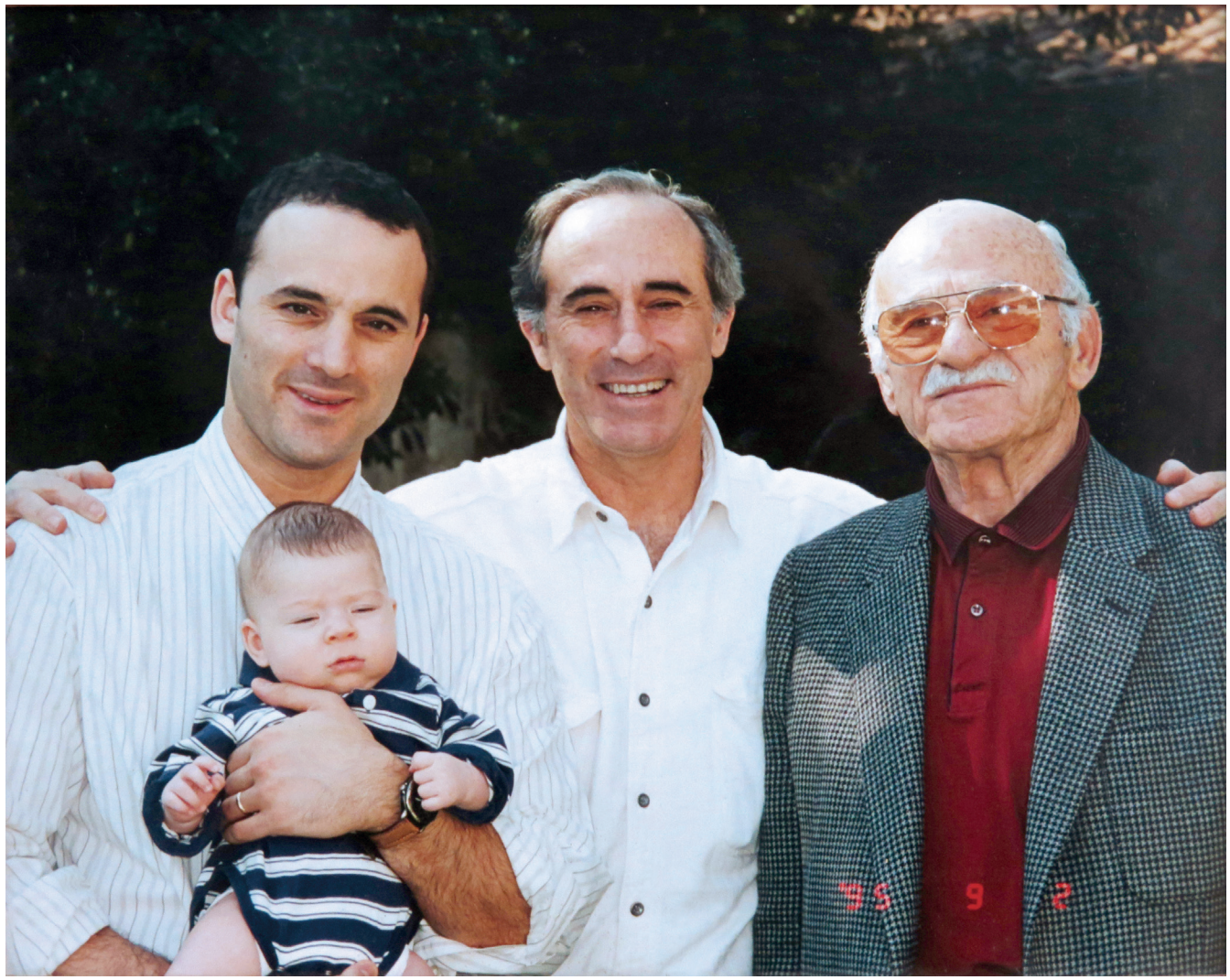
Cuando en 1995 nació el primer bisnieto de Nazmi y Julia, Sergio Nicolás, hijo de Javier y Claudia Varleta, Nazmi dijo "ahora tengo un bisnieto y puedo morir tranquilo". Su bisnieto era esa nueva vida, que alargaba la estirpe.

Pero aguantó muchos años. Más tarde llegaron Sebastián, hermano de Nicolás; Natalia, hija de Patricia y Gabriel Lasen; Francisca, también de Javier y Claudia. Luego vino la camada de Rodrigo y Paula Campos, Federico y Maximiliano, ambos nacidos en Nueva York. Aunque a los últimos los veían escasamente, transmitían alegría a través de fotos y películas.

Antes de que Julia falleciera en 2005 llegaron nuevos bisnietos. Esta vez era el turno de los hijos de mi hermano Lorenzo: nacieron los de Cristina Bitar y Juan Pablo Solís de Ovando, y de Alex Bitar y Mónica Pflucker. Ni Julia ni Nazmi alcanzaron a conocer a Joaquín, hijo de Rodrigo; Catalina, de Javier; ni Tomás, de Patricia. Tampoco al segundo hijo de Alex ni a los de Anita Bitar y Fernando Cisneros. Los nietos de mis hermanos Yeny y Carlos vendrían mucho más tarde, cuando ya Julia y Nazmi habían partido. El sentimiento de recibir más y más bisnietos y una familia que crecía les dio sentido a esos últimos años de vida.

La salud de Nazmi ya no le permitía salir del país ni subirse a un avión, era riesgoso por los cambios de presión, además de su dificultad para darse a entender. Julia viajó sola algunas veces a Lima a visitar a Lorenzo y Yeny y sus respectivas familias.

Sin embargo, hasta el 2003, una década después de sufrir su embolia, Nazmi siguió yendo al Casino de Viña los fines de semana y a la oficina casi todos los días, cumpliendo con su infaltable parada en el Café Haití de la calle Ahumada, y algún almuerzo en un restaurante céntrico. Su voluntad era de hierro. Sus ganas de vivir, de caminar y conversar, inagotables. Igual pasión le embargaba por Las Vertientes, "lo más lindo del mundo", como solía repetir.



Cuatro generaciones Bitar juntas: Javier, con Nicolás en brazos, Sergio y Nazmi, Santiago 1995

Por las tardes se instalaba a ver televisión en su sillón, con un sombrerito de paja o jockey, para protegerse de la luz. Además, leía diarios, recortaba y se enorgullecía al encontrar referencias en la prensa de sus hijos y nietos.

La convivencia y el manejo de la vida cotidiana se fueron haciendo crecientemente difíciles para Julia. No obstante, ella siempre se hizo cargo, con su proverbial orden para manejar las cuentas de casa.

Felizmente, el arriendo de su casa de Avenida El Bosque les proveía de un buen complemento para mantener su nivel de vida y un hermoso departamento, donde estaban bien acompañados y atendidos.

De esos días aprendimos cómo la incertidumbre y vulnerabilidad de la vejez acrecientan la preocupación y obsesión por el dinero, para sobrevivir. Los hijos nos aseguramos de cubrir lo que pudiera faltar. Cuidar a los padres es sagrado y un privilegio, por difícil que resulte a veces.

LA PARTIDA DE JULIA

La salud de mi madre comenzó a deteriorarse debido a una insuficiencia cardíaca que la afectaba por años. El Dr. Carlos Miquel siempre la atendió con humanidad y profesionalismo y la mantuvo en condiciones estables. Nazmi se desesperaba cuando la veía perdiendo sus energías y languideciendo. Quería tenerla activa y animada a su lado.

Los dos se fueron apagando juntos, pero estaban bien cuidados y en su propia casa. Julia fue explícita: "No quiero que me lleven a una clínica ni que me alarguen la vida artificialmente". Nazmi, sin decirlo tan explícitamente, no toleraba ser llevado a otro lugar, solo deseaba permanecer en casa.

En 2003, Julia sufrió un desvanecimiento y debió ser trasladada en ambulancia de urgencia a la Clínica Alemana. En el camino sufrió un paro cardíaco. Llegamos junto a ella. El equipo médico se abalanzó para revivirla y tras varios shocks eléctricos lo lograron. Un milagro. Luego se le instaló un marcapasos. Volvió a casa y nos dio la alegría de tenerla dos años más con vida.

Siguió lucidísima, arreglando y ordenando la casa. Su prioridad era la armonía y unidad de toda su familia, a la que nunca dejó de reunir. Era la atracción de todos, hijos, nueras y yernos, nietos y amigas.

Ella se ocupaba también de Violeta Bitar, su cuñada, la única hermana de mi padre que permanecía viva. Su hermana Zoraida había fallecido de un paro cardíaco años antes. Julia administraba la casa de Las Vertientes y, encima, revelando su astucia y habilidad, presidía el condominio del edificio donde vivía, gestionando su mantención y controlando gastos. Tantas habilidades contrastan con algo que siempre me intrigó: nunca aprendió a manejar un automóvil.

En sus días sosegados leía con entusiasmo, novelas y libros sobre la sabiduría de vivir. Nos recomendaba lecturas. En esos años, a ella y Nazmi los acompañaron dos personas que los cuidaron con esmero, Lucy y Luis Eduardo, además de un chofer y, al final, una enfermera, quienes se encargaron de atenderlos y hacerles la vida más cómoda.

En sus últimos días, Julia tenía muy poca energía. Dormitaba, abría los ojos cuando nos sentía para brindarnos esa sonrisa que le nacía del alma y nos daba un leve apretón de mano cuando nos sentábamos al costado de su cama.

Falleció el 24 de noviembre de 2005 a los 89 años. Se terminó de apagar una tarde. Caminaba del baño a la cama en compañía de su enfermera, y allí dio su último suspiro. Me avisaron cuando estaba en mi oficina en el Ministerio de Educación y salí corriendo. Llegué apenas unos minutos más tarde. Felizmente estuvo siempre rodeada de su familia y se fue plácidamente.

Para Nazmi, su muerte fue un gran golpe. "Es la mujer más linda del mundo" musitaba, llorando.

La misa fue hermosa, en la Iglesia Ortodoxa, su iglesia, de Av. Pedro de Valdivia. En ella confluían la tradición familiar y su religión católica. Un obispo y un sacerdote de la iglesia ortodoxa, junto a un sacerdote católico, compartieron sentidamente con nosotros esa emotiva ceremonia, con la presencia de tanta familia y numerosas amigas y amigos que la querían.

Entonces, en la iglesia tuve la oportunidad de hablar sobre ella. Estas fueron mis palabras:

Despedida a mi Madre

A mi padre, hermanos y familia, yernos y nueras, nietos, nietas y bisnietos, al despedir a nuestra madre nos embarga la tristeza.

Es natural, la madre nos da la vida, nos entrega un amor sin condiciones, que no busca compensación, nos guía...

Ella nos cuidó hasta su último día... La madre es un espacio de protección instintivo para hijos e hijas.

Llevaremos siempre su recuerdo colmado de ternura y sabiduría.

Sin embargo, también nos inunda un sentimiento de paz, por la belleza y fertilidad de su larga vida.

Ella era inteligente. No pudo estudiar mucho y tomó el oficio de costurera. Pero fue sabia. Sabía enfrentar la vida, oír, aconsejar, resolver.

No recuerdo que ella generara un problema, siempre los avizoraba y arreglaba. Ante la percepción de un conflicto ella inducía al entendimiento: cuando intuía un distanciamiento ella acercaba, cuando existían rupturas ella creaba puentes... Así, tejía la armonía de la familia. Ella era una bordadora de relaciones humanas afectuosas.

Mi madre era como un gran árbol a cuya sombra se guarecen los seres queridos. Hijos e hijas, nietos y bisnietos, amigos y amigas, circulábamos atraídos por su cariño y por esa mesa abundante y maravillosa de comida árabe, como un oasis creado para reunirnos.

Vimos también, en estos últimos días, cómo Nazmi, ese viejo inmigrante duro y resistente, pero sensible, su pareja por sesenta y seis años, uno de esos matrimonios que son ejemplo, se acercaba a su cuarto, como en estas horas recientes, a su féretro, para declararle su amor: ..."Es la mujer más linda de Chile"..., balbuceaba...

Mi madre nos enseñó la disciplina y la sencillez, la ambición y la humildad, y predicó todo ello con su ejemplo. Desde su origen modesto, se levantó y educó a sus hijos como la prioridad primera. Con su labor de costurera sostuvo el hogar en momentos difíciles... Y cuando tuvo por fin tiempo, más tarde en su vida, leía y leía... Hablaba el árabe muy bien, y sin estudios.

Fue sistemática, práctica y ordenada. ¡Si hasta pasados los ochenta años, en el propio edificio donde vivía, era presidenta del condominio!,... y era apreciada por todos.

Nos inculcó la responsabilidad y la honradez. Nos alejó del juego, de la negligencia y de la indiferencia por los demás.

Fue, en fin, una mujer de unidad. Incluso hoy, en esta misma ceremonia, ella es acogida por dos iglesias, la ortodoxa y la católica, ambas su hogar de fe. Y en una síntesis armoniosa están aquí el Obispo Abad, el Padre Feres y el Padre Abed, a quienes agradezco.

Mi madre nos estará oyendo... Está en paz porque sabe lo que sembró..., sabe que su voz sabia y su afecto cálido estarán con nosotros. Y está contenta hoy, además, por la presencia y el cariño de todos ustedes.

Querida Julia... descansa en paz.

La dejamos en el mausoleo de la familia Bitar Chacra en el Cementerio General, en el lugar que Nazmi ya le había elegido, para reposar junto a ella cuando le tocara su hora de abandonar esta tierra.

Años antes, Nazmi había comprado ese mausoleo y lo había mantenido con esmero, visitándolo de vez en cuando para conservarlo impecable. Allí depositó primero los restos de Eduard Bitar, su último hermano hombre en morir.

NAZMI SIN JULIA

Después de 65 años de matrimonio la pareja conforma una unidad inseparable. Uno es el otro. A una edad avanzada, los hombres viudos viven menos años que las mujeres viudas. Así enseñan las estadísticas médicas. ¿Cómo resistiría mi padre? ¿Cómo manejar su departamento si él ya no tenía capacidad de administrar nada? ¿Cómo cuidarlo y darle afecto? Nos lo preguntábamos los cuatro hermanos. El único en Chile era yo. Pero en la vida todo se arregla cuando hay voluntad.

Su afán de vivir no cejó. Veía televisión largas horas, entendía las noticias, las comentaba, me interrogaba de política y me azuzaba para que asumiera nuevas responsabilidades.

Su referencia a lo árabe se fue intensificando. En sus últimos días fue retornando a sus recuerdos de niño y joven. Con su dificultosa expresión, cada vez que le relataba algún viaje o reunión me preguntaba: ¿y había árabes? ¿Conoció a un árabe? ¿Qué le dijeron?

Se sublevaba cuando veía la situación de los jóvenes palestinos y la represión israelí. Él alcanzó a captar que surgía el sentimiento de indignación de muchos compatriotas y en particular de los jóvenes descendientes de árabes en Chile, hijos, nietos y bisnietos, ante el desprecio y trato vejatorio al pueblo palestino.

Las familias de ese origen, a estas alturas totalmente integradas, han ido perdiendo sus raíces, las que naturalmente, con las décadas, se han convertido en un hecho anecdótico. Muchas veces desconocen hasta el lugar en que nacieron sus ancestros. Pero en esos meses se dio la oportunidad de viajar a Siria. En 2007, poco antes de la muerte de mi padre, recibí una invitación del gobierno sirio para participar en una reunión de "expatriados" donde podía exponer temas de educación. La palabra me llamó la atención, pues aquí hablamos de "emigrantes".

Me picó la curiosidad y le conté a mi hijo Javier, quien me manifestó que le gustaría conocer dónde había nacido su abuelo. Lo mismo hizo Rodrigo, quien viajó desde Nueva York. Visitamos Damasco y luego Homs. Les resultó emocionante, sorprendente por lo distinto, pero observé que se sentían ajenos, salvo en las comidas y dulces.

Aunque la mayoría de los hijos y nietos de estos inmigrantes no sienten mayor interés, en los últimos años se ha producido un despertar de esa conciencia de identidad al solidarizar con el sufrimiento del pueblo palestino provocado por la fuerza, la muerte, los asentamientos; el menosprecio y la indignidad a que ha sido sometido, en medio del abuso israelí y la impotencia de los grandes países, incapaces de hacer respetar siquiera las resoluciones de las Naciones Unidas. Lo mismo con la guerra de Siria.

Los esposos, padres, abuelos y bisabuelos Nazmi y Julia, Santiago

SUS ÚLTIMOS DÍAS

A Nazmi lo fue embargando la tristeza. La casa quedó igual, la pieza de mi madre, con sus cosas, con la puerta abierta, como si ella estuviera presente. Nada varió en su entorno. Allí estaban Lucy, Luis Eduardo, su chofer y su enfermera.

Hasta entonces continuaba ocupando nuestra oficina común de Huérfanos, que primero decidimos arrendar y luego vender. Mis hermanos Lorenzo y Carlos no estaban en Chile y yo utilizaba mi oficina de Ministro de Educación y luego de Presidente del PPD. Los gastos eran altos y no había quien supervisara. Nos cambiamos a una oficina que poseía Carlos, más cerca de la casa de Nazmi. No le gustó y después de un tiempo dejó de ir, quedándose en casa.

Dos veces a la semana organizaba una salida a almorzar a un restaurante camino al sur, cerca de Paine. Llevaba a todos los que lo cuidaban y los fines de semana partían por unas horas a Las Vertientes.

Habíamos estado a punto de vender esa casa del Cajón del Maipo meses antes de que falleciera Julia. Nuestros padres ya estaban ancianos y los costos de mantención no se justificaban. El único de los hijos que permanecía en Santiago era yo. Los nietos no se asomaban.

Después de su muerte decidimos conservarla, y no nos equivocamos porque sirvió de bálsamo a mi padre hasta sus últimos días. Allí partía los sábados, tomaba su whisky sour, comía sus pistachos, escuchaba las melodías árabes y se deleitaba con los cantos favoritos de Oum Kalsoum, Mohamed Abdel Wahab, Feirouz, y otros cuyos nombres eluden mi memoria.

Luego gozaba de un asado bajo el gran pino o la higuera. Su incontenible apetito y su estómago de hierro siempre lo mantuvieron energético. El viento suave y fresco lo revitalizaba, los árboles se mecían y las hojas musitaban, los cerros se embellecían y la cordillera alumbraba al fondo con su nieve. El agua dulce de las vertientes y quebradas era exquisita, germinaban en abundancia almendras, ciruelas, cerezas, damascos, entre otras frutas. Las rosas de mi madre lucían variados colores y aromas.

Sin embargo, Nazmi se fue consumiendo en la melancolía. Yo pasaba a verlo un par de veces a la semana en Santiago. Le hablaba unos minutos y me sentaba a su lado. Pedí a los nietos que se turnaran para visitarlo.

En sus días finales, en 2007, Arturo Jirón, gran amigo y excelente médico que vivía a un par de cuadras, comenzó a visitarlo con asiduidad. Fue su compañero. Lo tranquilizaba y quería. Nazmi se alegraba de verlo. Arturo le conversaba, lo examinaba y le brindó su afecto. No dudo que gracias a él Nazmi vivió más y mejor sus últimos meses de vida. Arturo me repitió varias veces: “necesita más cariño”. Mi profundo reconocimiento a ese gran hombre y leal amigo con quien compartimos gabinete, prisión, exilio y la vida en democracia.

Con gran esfuerzo, Nazmi visitó de vez en cuando la casa de Javier, su nieto mayor, para ver a sus bisnietos. Les llevaba dulces, para negociar y robarles un beso o una sonrisa.

Vivió dos años más que Julia y se despidió ya cansado de vivir. “Ya basta”, nos decía, mientras iba apagándose poco a poco, “no me queda nadie”. La última semana ya

no comía, los últimos días dejó de beber agua y en las últimas horas se fue extinguiendo su respiración.

Mi hermano, Carlos, y su mujer, Susana Samán, viajaron a Santiago antes de su muerte y permanecieron junto a él unos días. Ambos partieron pensando que le quedaba muy poco tiempo y que tal vez no volverían a verlo. A las dos semanas retornaron presurosos, pero no alcanzaron a verlo vivo. Había fallecido horas antes.

Nazmi murió la tarde del 22 de diciembre de 2007, a pocos días de la Navidad, a los 97 o 98 años. Y dio su último suspiro rodeado de los hijos y nietos que estábamos en Chile, sin dolor, ya sin conciencia. Le mantuve tomada la mano hasta su fin.

¡Qué fortaleza física y espiritual la de ese emigrante, nacido bajo el Imperio otomano a comienzos del siglo XX, en un país pobre, para llegar a otro lleno de dificultades, levantarse y construir una familia unida y próspera!

Las exequias de Nazmi fueron emotivas. Su rostro era tranquilo. En la Iglesia estaban hijos, nietos y bisnietos, amigos y parientes. En la primera fila estaba la Presidenta de la República, Michelle Bachelet, entre tantos otros amigos, senadores, ministros, diputados, a quienes nuestro padre reconocía y cuya relación le halagaba. Pienso que estaba contento.

Pronuncié entonces unas palabras sentidas sobre el legado de su vida. Mis dichos fueron escuchados con sentimiento por muchos de los presentes. "¿Lo tienes escrito?", me preguntaron algunos amigos. Entonces pensé que sería bueno sistematizar aquellos recuerdos y escribirlos para que sus nietos y bisnietos supieran de sus ancestros y, con ello, de sí mismos.

Más tarde llegamos al Cementerio General. Y allí Nazmi nos dio otra sorpresa. No encontrábamos las llaves para abrir su mausoleo. Partimos a buscar a la cuidadora del recinto. Entonces mi hijo Rodrigo, con chispa y humor exclamó: "qué resistente el abuelo, no quiere irse, quiere seguir viviendo". Encontrada la llave abrimos el mausoleo y colocamos su féretro junto al de Julia, salimos y cerramos. En el frontis se leía: Familia Bitar Chacra.

Los dos viejos habían echado raíces profundas en esta tierra y de ella había crecido un tronco grueso y frondoso, que dio muchos frutos. Lo despedimos y caminamos lentamente para continuar con nuestras vidas.

Sarhan, uno de los hermanos de Habib, y su esposa

APARECEN NUEVOS MIEMBROS DE LA FAMILIA DE NAZMI EN 2010

El siguiente es un episodio sorprendente, que comenzó con una carta que recibí en Santiago en 2010. Firmaba Julie (Juliette) Bittar y decía: "Creo que somos parientes, soy nieta de Sarhan Bitar y he sabido a través de Wanda Salloum, quien vive en Nueva York, que tenemos parientes en Chile".

El asombro fue mayor. Yo sabía de esos parientes por mi padre, y con más detalles por Violette, pero no tenía idea de cómo hallarlos. Incluso durante un viaje a Australia busqué ese apellido, pero sin mejores pistas no pude encontrarlos. A una prima de mi padre, Wanda Salloum, a quien conocí en los años 80 en Nueva York, le debemos ese descubrimiento. Me contó que eran primos hermanos con Nazmi, pues ella descendía de una hermana de Habib, padre de Nazmi. ¿Cómo Wanda conoció a Julie de Australia?, no lo sé, pero ella nos contactó. ¡Y así nos descubrimos!

Julie de Australia apareció en Santiago con su esposo John Elwin en 2011, cenamos en casa con mis hermanos Lorenzo y Yeny, compartimos fotos y vivencias y nos entretuvimos armando el árbol genealógico.

Meses más tarde, mientras intercambiábamos correos con Julie, nos llegó otro correo asombroso, esta vez firmado por David Bittar, diciendo: "Querido primo, nuestros abuelos eran hermanos, soy nieto de Anis y, por tanto, somos primos". Así supimos que Anis tuvo una extensa familia que hoy vive en Brooklyn, otros en Boston y Nueva York. Mi padre nunca lo supo. Nosotros nos enteramos en Máncora, Perú, donde fuimos a pasar una semana de vacaciones con la familia después de iniciar la escritura de este libro, a pocos días del fallecimiento de Nazmi. Así, dos nuevas ramas de la familia Bitar surgieron en una semana, cerca de 100 años después de que los primeros miembros de la familia comenzaran a emigrar, unos a Chile, otros a EE.UU. y Australia.

John Elwin, Yeny Bitar, Julie Bittar de Elwin, Sergio Bitar, Kenny Hirmas, Lorenzo Bitar y Laila Maluk. Santiago, 2011

Sergio, Julie Elwin, Yeny y Lorenzo, Santiago 2011

Wanda Salloum, su hermano Roland, Sergio, Kenny y David Bittar, en Nueva York 2012

Omar Chacra, Carlos Bitar, Sergio Bitar, Orlando Chacra, Lorenzo Bitar, Samih Chacra y Henry Chacra, Marbella 2018

(Adelante) Laila Maluk, Macarena Tali-Hamideh, Mirna Khnaiser, Yeny Bitar, René Chacra, Bernardita de Chacra, Helou Salloum, Kenny Hirmas, Susana de Chacra, Bárbara de Chacra (segunda fila) Francois Chacra, Carlos Bitar, Elizabeth de Chacra, Ivonne Chacra, Nicole de Chacra (Atrás) Barbara Bashir, Marianne Chacra, Carla Chacra, Antoine Chacra, Sergio Bitar, Orlando Chacra, Hoda de Chacra, Lorenzo Bitar, Omar Chacra, Henry Chacra, Samih Chacra, Marbella 2018

EL ENCUENTRO DE LAS RAMAS CHILENA Y LIBANESA DE LA FAMILIA CHACRA EN 2018

En 2018 tuvimos otra sorpresa mayor: la posibilidad de mirarse las caras entre familiares que no se conocían, del Líbano y Chile, por el lado materno de nuestra familia: los Chacra. La mayoría de los familiares chilenos y libaneses descendientes de Fares Chacra, abuelo materno de nuestro padre Nazmi y de nuestra madre Julia, apenas sabían unos de otros.

El encuentro fue programado en Marbella, España, en septiembre de 2018, y resultó impactante. Llegaron 30 personas. Los libaneses viajaron desde Beirut, Dubái, Montreal, Ottawa, Nueva Orleans; París; y los chilenos y demás latinoamericanos desde Santiago, Lima y Caracas. Orlando Chacra, mi primo hermano, ofreció su hospitalidad a toda la familia en su nuevo y espectacular hotel recién comprado en esa ciudad española. La similitud de rostros y gestos impresionaba a unos y otros. Las conversaciones afloraban en inglés, a ratos con medias palabras, en español, excepcionalmente en francés, y algo de en árabe intercambiando escasas palabras.

Un espectacular árbol genealógico, de círculos concéntricos, preparado por Orlando y su hija diseñadora, fue un acierto. Cada uno se situaba en ese gran diagrama y podía entender su vínculo con los otros. Cada uno portaba su etiqueta que trazaba su conexión con el centro del árbol: Fares Chacra. El WhatsApp "Chacra United" desde entonces no cesó de zumbar.

Nuestras raíces, nuestra identidad

Aunque sea mediante el relato de una sucesión de anécdotas, identificar nuestras raíces nos ayuda a descubrir nuestra identidad. En un mundo de cambio tan acelerado, viajes, migraciones, entrecruzamientos, globalización, avalanchas de información, incertidumbre, memoria corta, es esencial pararse bien, conocerse a sí mismo, saber de dónde uno viene, cuál es su identidad. Sólo entonces uno podrá entender ese mundo, interpretarlo y contribuir a hacerlo mejor.

Conocer nuestras raíces también ayuda al equilibrio interior y a la autoestima, y con ello a respetar a los demás, valorar la diversidad y vivir mejor.

Espero que estas líneas contribuyan a entender la vida de un inmigrante, a valorarlos, a ser más tolerante y flexible. Sirve para conocer sus enseñanzas, y para apreciar cómo aportaron a la patria nueva.

Ojalá este breve libro interese a los miembros de la familia, a los descendientes de otras personas que vinieron del Medio Oriente, a los inmigrantes de todos los orígenes, a los actuales inmigrantes, y principalmente a los jóvenes de Chile y de América Latina.

TESTIMONIOS DE LOS DESCENDIENTES DE NAZMI Y JULIA

FAMILIA BITAR HIRMAS

Javier, Sergio, Patty, Kenny y Rodrigo, Santiago 2017

Kenny Hirmas

Me ha costado mucho sentarme a escribir sobre Nazmi, porque inmediatamente pensaba en la Julia. ¿Qué habría sido Nazmi sin ella? Además, porque creo que soy la que tengo más para escribir, porque, fuera del período de exilio, fui la que pasé más tiempo con ellos. Sergio, siempre ocupado, y los otros hermanos vivían la mayor parte del tiempo fuera de Chile. Además fui la primera extraña en la familia…

Para no enredarme demasiado, debería empezar desde el principio, en orden cronológico, y refiriéndome a los dos.

Cuando empecé a pololear con Sergio (en esa época se "pololeaba"), mis futuros suegros estaban muy contentos, pues yo era "de la Colonia", mis padres eran amigos suyos, yo era una "niña bien educada" y de una familia distinguida… Por lo tanto, me recibieron muy bien y esa relación nunca cambió, en todos los años que convivimos. La tía Juliette fue siempre acogedora, pero al Nazmi le tenía un poco de miedo, al principio, pues era muy serio y daba órdenes a todo el mundo.

Después que nos casamos, Sergio y yo nos fuimos a Francia a estudiar y cuando volvimos, al año y medio, nos quedamos en la casa de mis suegros, mientras encontrábamos un departamento al cual cambiarnos. Ahí empezó mi verdadera relación con ellos.

Mi suegra, siempre cariñosa y fascinada porque le había dado un nieto hombre, Javier. Nazmi, más difícil. Muy conservador en su forma de pensar, lo que chocaba con mi manera de ser. Yo me sentía recién casada y si teníamos algún gesto de cariño con Sergio, nos retaba y nos decía que "eso" (tomarnos de la mano) se hacía en el dormitorio… Al principio me inhibía, pero rápidamente le fui perdiendo el miedo y finalmente lo provocaba, adrede, sentándome en la falda de Sergio, por ej., lo que le hacía gritarnos. Pero era más ruido que otra cosa.

Me pedía sentarme al lado de él en la mesa, donde comíamos. Y me insistía en que comiera, que probara una y otra cosa, "porque era lo mejor del mundo…". Pero era imposible seguirle el ritmo y al principio no me atrevía a decirle que no. Hasta que me di cuenta que, si seguía así, terminaría como una bola, rodando, y que tenía que aprender a negarme y que me dejara tranquila.

Lo que me hacía pelear con él era su trato con Sergio. Como tenían modos totalmente diferentes de pensar, chocaban bastante, pero Sergio se callaba cuando él lo increpaba y yo era la que me enojaba y le rebatía. Sergio pensaba que nunca iban a coincidir, por lo que no se molestaba en contestarle, pero yo me alteraba. Lo otro que yo tenía claro en esta relación era que era por toda la vida (así se casaba uno en esa época…) y que tenía que aprender a manejarla, de modo que no alterara las relaciones familiares, especialmente la de Sergio con sus padres. Poco antes de mi matrimonio había aprendido que, cuando hay conflictos, hay que aclararlos para que no fueran envenenando una relación. Por evitar conflictos y no pelear, yo había dejado pasar muchas cosas de una amiga cercana, hasta que llegó un punto en que no pude más y sencillamente se acabó la amistad. Ya no se podía recomponer. Eso me hizo ver claro que esa situación no podía darse con mi suegro, por lo que yo no le dejaba

pasar ni una... Nos agarrábamos sistemáticamente, pero nos respetábamos y queríamos.

El periodo más difícil con Nazmi fue aquel durante el cual Sergio estuvo preso. Si hubiera dependido de mi suegro, yo habría estado sola y entre cuatro paredes; él me pasaba ver a mí y a los niños/niña con frecuencia. Pero le daba ataque si llegaba y me encontraba con amigos de Sergio, que me habían ido a ver después de su trabajo; y en camino a su casa, para saber de Sergio y averiguar noticias de él y acompañarnos un rato. Me saludaba y se despedía enseguida con cara de indignado. No se daba cuenta de que esos amigos, que él conocía bien pues eran amigos de Sergio de años, se arriesgaban yendo a visitarnos, pues nos controlaban a las esposas de los de Dawson... Y no hacían como otros que cruzaban a la vereda del frente para que nadie los viera saludándonos.

El peor encontrón que tuvimos fue cuando alguien le llegó con el cuento de que yo había estado en una reunión, cuando Sergio estaba preso, donde había militares, y que había estado hablando mal de ellos. Me acusó, sin preguntarme nada, que por culpa mía su hijo iba a estar mucho más tiempo preso ¡Ahí sí que me enojé! ¡Y se lo grité! Cómo se atrevía acusarme de eso. Yo estaba haciendo todo lo posible por liberar a Sergio y, mientras tanto, haciendo todos los contactos posibles para obtener alguna respuesta sobre su situación, cuánto iba a durar todo este proceso, qué había que hacer para ayudarlo, con quiénes había que hablar, etc. mientras juntábamos cosas (alimentos y remedios) con las otras esposas de los de Dawson, para enviarles. Lo encontré tan injusto que reventé. Y después de mi aclaración, nunca más se atrevió a decirme algo al respecto. Para aclararlo, esa fue una reunión con los compañeros de trabajo del Servicio Nacional de Salud (como se llamaba entonces) y yo tenía muy claro que ahí se encontraban parientes de militares, por lo que obviamente no iba a decir nada delicado que pudiera perjudicar a Sergio... cuando estaba todo el día pensando cómo podía ayudar para que lo liberaran.

Mi otro problema con Nazmi tenía que ver con mis hijos. Yo había contribuido con los primeros dos nietos hombres, por lo que casi tenía un status especial. De la nieta, ni hablar. A él le interesaban los nietos varones. Para la Julia también era importante. En una ocasión memorable, cuando le avisaron del nacimiento de mi primera guagua y le dijeron que era niñita, su reacción fue: “Bueno, alguien tiene que tener a las niñitas”, pero cuando le dijeron que era broma y que mi primer hijo era un “macho precioso”, según había puesto en el telegrama Sergio, enviado desde Francia, donde nació Javier, ella simplemente se desmayó.... Tomando todo eso en cuenta, Nazmi era súper “barrero” con los nietos y no disimulaba ni un poco, lo que a mí me complicaba mucho. En mi familia, su favorito era Rodrigo, lo que la Julia compensaba apoyando a Javier y a Patty. Más tarde, en la familia de Javier, a pesar de que se encantaba con todos los bisnietos, su favorito indiscutible y manifestado en forma muy obvia era Sebastián, “lo más lindo del mundo...”. Los iba a visitar con alguna frecuencia, a pesar de que consideraba que vivían en el fin del mundo, y les llevaba galletas y dulces para atraerlos... Ya tenía bastantes años, pero seguía haciendo el esfuerzo de ir a verlos. Al final decía de la Fran: “ella que no era nada y ahora está muy bonita”. Fue muy feliz cuando supo que también Rodrigo tenía hijos y todos hombres, por lo menos los que él alcanzó a conocer.

En 1982, cuando estábamos en el exilio, hicimos un viaje junto con Nazmi y la Julia al sur de España. Fue un viaje precioso. El único problema fue que Sergio partió medio enfermo del estómago desde Caracas. Y que la tía Juliette no comía muchas cosas pues le caían mal. Con lo cual, la compañera obvia de Nazmi para comer y disfrutar era yo. Duré casi 4 días siguiéndole el ritmo, y probando todo lo que él quería, pero después no pude más, lo que lo frustraba tremendamente. En general, cuando hablaba de sus viajes, su referencia a los lugares que visitaba eran los restaurants que estaban cerca. En ese viaje a España, él llegaba a la puerta de un restaurant y ya había pedido un jerez de aperitivo y después seguía con un montón de otras cosas. Era muy exigente en cuanto a la calidad de la comida y eso se lo respetaban. Pero no era posible acomodarse a su paso. Tenía un estómago de hierro y de gran capacidad…

También me tocó viajar con ellos a Siria. Fue muy emocionante conocer los lugares donde había nacido y crecido Nazmi. Él estaba fascinado y orgulloso mostrándole todo a su hijo. Sus amigos nos recibieron con mucho cariño y atendieron como lo hacen los árabes, acogedores y generosos, y con mucha comida, empezando con los desayunos fastuosos… Siria es un país hermoso, y disfrutamos muchísimo de ese viaje. A mí me frustraba el no saber hablar el idioma, pues mis suegros y Sergio, llegando allá, ya casi no hablaron en español. Yo lamentaba profundamente que mis padres no nos hubieran enseñado a hablar el árabe, lo que era una gran pérdida. Pero igual gocé ese viaje.

Cuando volvimos del exilio, las relaciones fueron diferentes, pues yo era más madura y ellos mayores. La tía Juliette fue siempre como una segunda madre conmigo, un apoyo cuando lo necesitaba, cariñosa, muy criteriosa y sabia, siempre. Yo sabía que contaba con ella para lo que fuera. Fue una parte muy importante de mi vida.

Con el tío Nazmi nos llevábamos bastante bien, especialmente al final, aun cuando a mí me gustaba provocarlo y discutir con él, especialmente en torno a ciertos temas en los que él era más cerrado.

Durante un periodo, cuando recién empezó su afasia, él estaba muy alterado y desesperado, y con razón, pues tenía plena conciencia de que no podía expresarse como quería y que decía palabras o números que no eran los que quería. Él había sido siempre un gran conversador y muy entretenido y esta falla afectaba su gran fortaleza. Por otra parte, con el tiempo tampoco podía volver a viajar, que era algo que le fascinaba. Él iba casi todos los años a París y después a Siria a ver a sus amigos. Que se lo prohibieran por salud, lo indignaba y frustraba.

Sin embargo, tuvo una gran vida, que vivió y disfrutó “a concho”, siempre acompañado de la Julia, que le seguía el paso en la medida de sus posibilidades y sus fuerzas. Y, cuando tenía ganas, ella era el alma de la familia, que hacía lo imposible por juntarnos a todos lo más frecuentemente posible y alimentarnos. Su mesa era siempre la atracción de todos y alrededor de ella fue juntando a sus hijos e hija con sus cónyuges, y a sus nietos y nietas, solos o con pololos o pololas. Como fuera, con tal de que fuéramos a su casa, adaptándose a los tiempos y a los cambios ¡Siempre tan inteligente!

Tuvimos la suerte de gozar de ellos por un largo tiempo y han dejado un recuerdo imborrable en todos nosotros.

Familia Bitar Varleta: Nicolás, Sebastián, Francisca, Javier, Claudia Varleta y Catalina, Italia 2017

Javier Bitar

Realmente conocí al abuelo cuando me vine en el ’83 a Chile, antes que pudiera venirse mi familia, para entrar a la Universidad.

Llegué a vivir a su casa –y de la Juliette– en marzo de ese año, sin conocer a nadie más que mis tíos y primos, y sin ubicarme en la ciudad. Era casi un país nuevo para mí.

Hasta ese entonces mis recuerdos del Nazmi eran de un abuelo cariñoso, que siempre me pescaba la mandíbula y me daba repetidos besos sonoros. También recordaba con mucho cariño cuando llegábamos a verlo cuando chicos con Rodrigo y él tomaba desayuno en la cama. Nos sentábamos a su lado, nos contaba cuentos y nos daba unas inolvidables esquinas de marraqueta con mucha mantequilla y miel de abeja ¡Deliciosas!

El primer semestre de la Universidad tenía clases varios días a la semana que empezaban a las 14:15, así que pasaba la mañana entera en la casa, lo que me permitió pasar mucho tiempo con el abuelo.

Tenía 72 años, que en ese entonces parecía mucho, y se tomaba su tiempo para salir a la oficina –a la que iba todos los días como de 11 a 5pm. Yo lo acompañé muchas mañanas desde cuando se despertaba hasta que se iba, así que fui testigo privilegiado de sus hábitos: primero se bañaba en la tina y se ponía calzoncillos, camiseta (tank top), calcetines hasta la rodilla (de compresión, como los que uso yo ahora) y zapatos de vestir.

Partía al baño y se ponía con cuidado su espuma de afeitar, para que quedara bien esparcida, y se iba a su máquina de remo, donde hacía unas 10 repeticiones. ¡En esa época, que un hombre de 72 hiciera ejercicios era de lo más innovador! De ahí al baño de nuevo a afeitarse. Siempre mirándose al espejo con la pera levantada, empezaba su exhaustivo proceso de afeitarse, asegurándose de no dejar pelo en ninguna parte. Se pasaba la lengua alrededor de la boca para detectar los rebeldes pelos cortos cerca del bigote, y pasaba una y otra vez su hojilla, hasta quedar impecable.

De ahí a vestirse con algún traje de tres piezas, su impecable camisa, alguna linda corbata, mientras me hablaba sus dichos que hasta hoy tengo grabados: “toca, toca, así se sabe si es buena la tela”, “¡estas corbatas de Charvet son lo mejor del mundo!”, “el que no se puede poner los pantalones parado sin sujetarse no sirve”, etc.

De él aprendí a valorar el verse bien, el cuidar la pinta al salir. Nos sentábamos a tomar desayuno en la pieza de abajo donde estaba la tele, después se terminaba de arreglar la corbata frente al espejo donde estaba el teléfono, y le tenía que poner el abrigo (“el que no tiene quien le ponga el abrigo no tiene amigos”). Se subía a su flamante BMW 518 del ’81 (muy escaso en Chile por esos días) y partía raudo.

En la oficina leía su diario con los zapatos arriba de la mesa, y hacía algunas llamadas. A las 12 se iba a tomar su sagrado café al Haití de Ahumada con sus amigos, donde lo encontré siempre que pasé por ahí a través de los años, hasta que pudo.

Fui testigo de cómo gozaba sus nietos chicos. Como ellos no podían arrancarse ni discutirle –como hacíamos

los más grandes– con ellos conversaba, los "manduqueaba", los sacaba a pasear, los regaloneaba. En ese entonces a veces llegaba el "Juanca" (Juan Carlos Tali) y empezaba el abuelo: "venga para acá, ese pelo está muy largo, vamos a cortarlo, no le da vergüenza que lo vean así, vamos, vamos…". No cejaba en sus insistencias hasta que no fuera con la abuela a cortarse en Providencia, le encantaba llegar y verlo peladito. Hasta con nuestros hijos era igual. Iba a la casa al menos una vez por semana, cargado de dulces para que le hicieran caso y se dejaran amurruñar y besuquear sin reclamar tanto.

Era un hombre orgulloso ("siempre fui independiente, nunca trabajé para nadie"), gozador de la comida variada y abundante (una vez llegué a la hora de almuerzo y estaba feliz comiéndose una cabeza de cordero), viajero incansable, valorador de su cultura (leía muy frecuentemente a un poeta llamado Al-Mutanabbi, escuchaba música árabe todo el día, y todos los sábados en la noche los pasaba jugando *tauli* con Eduard y Rafat. Mandón de sus hermanos y el resto de la familia, siempre preocupado de que nos fuera bien, que saliéramos adelante. Y que hiciéramos las cosas como él decía que debían hacerse, muy exigente. Como buen papá árabe, tenía pocas palabras de reconocimiento pero muchas para mostrarte lo mucho que te faltaba… Eso sí, siempre además dejando una que otra frase para la historia: "disculpe lo poco", "siempre llévese bien con las secretarias, que le van a abrir todas las puertas", "es matemático".

Tenía tantas historias el abuelo, desde cuando niño en Siria ("era como un toro, me ponía para que me pegaran mis amigos y no me hacían nada"), sus experiencias dramáticas (se murió una hermana chica quemada por el brasero de la casa y él no la pudo salvar; tuvo un tifus del que lo revivieron como un milagro), como de su llegada a Chile, su vida con sus amigos, sus negocios, las aventuras de los príncipes Serge y Lawrence, sus viajes, los restaurantes que había conocido en el mundo…

Y se moría por su Julio (léase "Yulio", así llamaba a la abuela, no se vayan a preocupar). Siempre atento, era la única a la que le hacía caso en todo. Ella me contó que el abuelo le traía las telas más lindas de París para que se hiciera sus vestidos.

Uno de los mejores momentos que pasé con los dos fue cuando estaba al fin de una estadía en París haciendo mi memoria, y venía terminando un mochileo por Europa (con como 30 euros por día, durmiendo en hostales o en trenes, comiendo pizza y McDonald's, llegando donde amigos cercanos o amigos de amigos, etc.) y volví a París. Justo estaban los abuelos quedándose en el Grand Hotel Opera. Cuando llegué y me vieron más flaco que en mucho tiempo, me pusieron en una pieza del hotel y me pasearon una semana maravillosa por la ciudad. Ahí pude confirmar lo que siempre me decía la Kenny, que el Nazmi conocía las ciudades por los restaurantes. Nos tomamos una micro ("jusqu'a la fin" como le gustaba a él), y me iba anticipando los restaurantes que venían a la vuelta de cada esquina. Increíble. Además, me llevaron a los restaurantes más ricos, donde quedaba totalmente satisfecho. Al salir, caminábamos un poco para bajar la comida y él me seguía mostrando las vitrinas con comida, cuando uno no podía ver un pedazo de pan más… Era su mayor placer.

Fue un hombre que vivió su vida como quiso, había criado una tremenda familia junto a su Julio, partiendo con casi nada. Educaron a sus hijos, les dieron una buena situación y los prepararon bien. Cuando ella ya no estuvo, y él ya no podía hacer las cosas que le gustaban –viajar, caminar, comer– declaró que ya estaba bueno y que no quería vivir más…

Ojalá todos podamos llegar así al fin de nuestras vidas.

Familia Bitar Campos: Valentina, Rodrigo Bitar, Joaquín, Federico, Maximiliano y Paula Campos, Playa del Carmen 2014

Rodrigo Bitar (junto a Kenny, Sergio y Javier)

La idea era que Rodrigo, para quien había sido imposible sentarse a escribir sobre Julia y Nazmi en Estados Unidos, se inspirara y pudiera dejar su testimonio durante su venida a Chile para despedir el 2017 en familia. Con ese fin, Sergio y Kenny organizaron un desayuno en su casa, el que también incluyó a Javier. Por eso, este recuerdo de sus abuelos –que surgió de una animada conversación– rompe con el formato de los demás, que están escritos en primera persona.

Las palabras favoritas, amigotes (y no tanto) de un sibarita

Con humor, Rodrigo recuerda algunas expresiones y costumbres de su abuelo.

Un clásico en ese sentido era la palabra "sbort" (porque Nazmi no podía decir "sport"). Con esa expresión describía cuando usaba una chaqueta y un pantalón distintos. Cuando le encantaba algo o alguien lo calificaba como "lo mejor del mundo", "de lujo" o "matemático". Para Nazmi, el "Seba" (hijo de Javier) era "matemático".

Javier recuerda su expresión "¡Yiip!", que decía cuando iba a hacer algún movimiento de golpe. Y que, cuando no se acordaba bien de los nombres de alguna persona, lo llamaba "ministro".

Rodrigo ilustra una graciosa definición que Nazmi tenía de sus "íntimos amigos" con este breve diálogo:

Nazmi: Ese tipo es íntimo amigo.

Rodrigo: ¿Cuántas veces lo has visto, abuelo?

Nazmi: Dos.

Rodrigo: ¿Y cómo se llama?

Nazmi: No me acuerdo.

Los cuatro lo recuerdan como un excelente anfitrión. Dicen que recibía gentilmente a todo el mundo. Pero que después, cuando alguien a quien había saludado amablemente y que no soportaba se iba, decía cosas como: "es un huevón".

No es un secreto el rechazo de Nazmi hacia los judíos, algo que se entiende desde su origen, historia de vida, así como la historia de Palestina. Por eso, cuando Javier iba a jugar a la pelota al Estadio Israelita se preocupaba de omitir esa última palabra a su abuelo. Una de las formas en que Nazmi se "desquitaba" de ellos era no dándole limosna a alguien en la calle. Le decía: "no puedo porque soy judío".

Pero, como es evidente en los recuerdos de quienes han escrito sobre él, la pasión de Nazmi por la comida es una faceta inolvidable, y esta conversación no es una excepción.

Al igual que Javier, Rodrigo recuerda el ritual que su abuelo repetía al desayuno cuando eran chicos: "le sacaba una puntita (al pan) y la untaba con mantequilla y miel y nos la pasaba. No me olvido nunca de esos pancitos. Cuando estábamos en el sur (verano de 2017) les di a todos mis hijos".

En su memoria, como en la de Javier, queda "la afición (u obsesión) del abuelo porque probáramos comidas: "Pruebe, pruebe", nos repetía y le insistía también a nuestras entonces pololas y actuales señoras, las que lo más amablemente posible le decían "No gracias, Don

Nazmi", hasta que se rendían. "Tanta era la insistencia del abuelo que, cuando nos invitaba a comer, él siempre se sentaba con la abuela Julia a su izquierda y quedaba el asiento de la derecha vacío: nuestras mujeres se sentaban al otro lado de la mesa para evitar el insistente "pruebe, mijita", y así comían lo que querían".

Pero mientras continúa la conversación también quedan claras dos cosas: que Nazmi era muy cariñoso con sus nueras, aunque que a veces mostraba sus "preocupaciones" de manera graciosa y transparente, como un niño. "En un matrimonio", recuerda Javier, "él le dijo a la Claudia "quiero que me dé un nieto hombre, hijo de mi nieto…" así como por si acaso (se ríe)".

Al parecer, la memoria de Nazmi literalmente se alimentaba de buenas comidas y restoranes. En palabras de Kenny, "todas sus referencias geográficas giraban en torno a la comida". Pero, como lo menciona Javier, en esos contextos Nazmi era tan exigente como generoso. Dice que en Santiago le gustaba ir al Kempinski de la Alameda, donde lo conocía todo el mundo. A ese lugar, adonde solía ir con su amigo, el Embajador Hisham Hallaj, lo invitó una vez a almorzar. Disfrutaron de un buffet exquisito. En un momento, Javier quería levantar su plato para servirse otra cosa, pero Nazmi insistía en que dejara que lo atendieran. Era "jodidísimo", dice, pero al final les daba generosas propinas a todos.

El "Toro" obsesivo y criticón

Volviendo a su niñez, Rodrigo y Javier repasan recuerdos de su abuelo: cómo se quedaban observándolo mientras se afeitaba y se vestía, esos particulares calcetines con compresión que usaba hasta arriba producto de una enfermedad a la piel que Sergio identifica como flebitis… Nazmi haciendo remos a los 70 años y jactándose de que cuando era joven era un toro –historia que, como verán, no todos interpretan igual– aunque Sergio aclara que ese no era un recuerdo muy feliz de la niñez de Nazmi. En esa época, dice, algunos de sus "amigos" le pegaban, empujaban o tiraban piedras y –sin embargo– él siempre era como un toro: no le pasaba nada. Y, según Rodrigo y Javier, con los años Nazmi no había perdido su fuerza. La abuela Julia les contaba que cuando la tomaba para cruzar la calle la dejaba morada.

Ambos dan fe de que su abuelo no sólo era generoso con las propinas. Como nietos mayores, recuerdan que se compraba un montón de finas corbatas y les regalaba alguna. Las usaron durante muchos años.

Javier comenta una de las obsesiones de Nazmi: siempre le repitió por qué se había ido a vivir tan lejos (Lo Barnechea) y que no le gustaba su casa porque no tenía un techo "normal". "Me preguntaba "¿no se ríen de usted?" "¿Por qué?", le preguntaba yo. "Parece que la casa no está terminada". "No abuelo, si así me gusta". "Ah, le gusta que se rían de usted". Con el tiempo empecé a reírme de vuelta y me decía: "No sea huevón". Te podía volver loco porque te insistía todo el día sobre algo. Si no cambiabas… era súper obsesivo".

Sergio comenta que Nazmi solía quejarse cuando viajaban juntos. Lo criticaba por preferir ir a ver ruinas o lugares históricos en vez de otros más contemporáneos y llenos de vida.

Para Kenny, que solía tener roces con él y siempre defendía a Sergio de los ataques de Nazmi, él era muy

crítico. Dice que cuando Sergio aparecía en el diario se quejaba de lo que fuera: porque aparecía con o sin foto, en tal o cual página, con o sin color, lo que a ella le indignaba. Como lo relata en sus recuerdos, su experiencia con una amiga le enseñó que la manera de lidiar con Nazmi, quien siempre sería el padre de su esposo, era no dejarle pasar las cosas. "Y por eso, cuando él decía alguna pesadez yo le contestaba al tiro".

La abuela "invisible"

Sergio, que interviene poco porque se ha reunido con sus hijos más bien para verlos y escucharlos hablar de sus padres, comenta lo curioso que le parece que su abuela Julia esté "detrás" y "no se vea" hasta ahora en la conversación.

Su comentario hace "saltar" a Rodrigo: "Obvio. Ella es la que ponía el orden, la que armaba todo. Era un matriarcado ese. El viejo era jodido, pero la abuela manejaba todo. Con un suave "mijito" te convencía de lo que quisiera".

Javier complementa su impresión diciendo que "toda la piel (el cariño) que recibimos de los abuelos era de la Julia y, al lado de los hombres –que nunca te decían algo positivo– la abuela te llenaba de puras cosas bonitas". Cosas bonitas e inolvidables que recuerda con gratitud, como cuánto lo cuidó y regaloneó Julia en su casa durante su recuperación por dos tifus y un postoperatorio.

Costurera y tejedora por cariño (o necesidad)

Javier y Rodrigo la recuerdan en su sala de costura en la casa de El Bosque, cortando telas, costureando, cosiendo camisas, pantalones, suéteres, de todo…

Javier tiene grabada en su mente –como un plano– la distribución de la casa y la ubicación de esa sala, donde se instalaban al lado de ella mientras hacía sus cosas.

Con Julia aprendieron a coser botones. Ella les daba un pedazo de tela y botones a cada uno y los ponía a coserlos.

Kenny rememora que ahí partió ella con esa actividad, la que años después –cuando Nazmi estaba en Perú y el dinero escaseaba– permitió mantener a la familia. Javier y Rodrigo calculan que en esa época tenían entre 5 y 8 años. Kenny agrega que fue justo antes de que a Sergio lo metieran preso (se refiere a los eventos posteriores al golpe de Estado).

Rodrigo le decía: "Abuela: haznos un suéter", a lo que ella respondía "Ya mijito, ¿de qué color lo quiere?". "Y nos mostraba la lana. Y después, un día, nosotros la esperábamos mientras terminaba el suéter… como si el pastel estuviera a punto de salir del horno. Qué choro".

"Una de las cosas que más me da risa –detrás de todo lo dulce que era la abuela"– dice Javier, "fue una vez que me hizo leer "Tus zonas erróneas" (empezaron a leer juntos), que era uno de los primeros libros de autoayuda, y lo conversaba con ella… Después me puso a leer una novela con la idea de que viera lo que es una madre que se preocupa de sus niños. Creo que era una novela de Irvin Wallace, de una familia aristocrática de Estados Unidos, cuya madre se obsesionó con que su primer hijo tenía que ser Presidente de Estados Unidos. Y la vieja era manipuladora, pagaba a gente, mandaba a pegarle a otros, ¡terrible!, porque al hijo mayor no le interesaba ser presidente y hacía puras huevadas, y ésta le escondía

todo para que el cabro se mantuviera inmaculado. Y yo pensaba, ¡chuta, la abuela piensa que esto es lo que hace una madre!

Y otra vez que estábamos hablando de los matrimonios, ella decía que las mujeres debían casarse con hombres más jóvenes, porque pasan los años y como que a los hombres les empieza a "costar", no tienen la misma energía… en cambio la mujer, para qué andamos con cosas, no tiene ningún problema: se puede echar para atrás y abrir las piernas. Y yo escucho esto de la abuela y me quedo así como ¡plop!"

Esencial

Al avanzar esta conversación, que pasa espontáneamente de un tema a otro, la importancia de esta costurera y tejedora "invisible" resuena cada vez con más fuerza.

Para Rodrigo y Javier no hay duda de que, en términos de formación, ella era mucho más importante que Nazmi. A diferencia de Julia, nunca recurrían a él para contarle algo que les preocupara ni a pedirle consejos.

Con distintas palabras, los cuatro presentes consideran que ella era esencial: no sólo porque coinciden en que fue una mujer profundamente amorosa, sino también verdaderamente sabia, una gran consejera. Y una "adversaria" muy astuta, como Kenny recuerda entre risas. "Nos invitaba a almorzar todos los sábados y domingos –y yo quería crear una tradición de almorzar en mi casa con mi familia uno de esos días– y no había caso porque la Julia llamaba. Y un día me atreví a decirle con mucha cautela que no quería que se sintiera si una semana no íbamos. Entonces ella llamaba a todos los de mi alrededor primero y los invitaba (se ríe). Y a mí no me quedaba otra".

En otras palabras, Julia la dejaba sin invitados, y –a sus invitados– sin excusas: "Era seca. A la Claudia la llamaba y le decía: "dígale a Seba que le tengo sus aristelos" (dulce de sémola con almendras), dice Javier.

Para él y Rodrigo era entrañable la preocupación que su abuela mostraba por saber qué comida le gustaba a sus nietos, bisnietos y nueras y ofrecérsela cuando la visitaban.

Entre todos la perfilan como una gran administradora, como el gran tronco de la familia, al igual que como una mujer súper trabajadora que mantuvo su casa con gran esfuerzo y talento en tiempos de escasez. Sergio la recuerda haciendo la ropa que vendía a través de su cuñado Eduard mientras Nazmi montaba la fábrica en Lima junto a Lorenzo, y subraya hasta qué punto fue vital el esfuerzo y trabajo de Julia con tres palabras: "De eso comíamos".

Sin duda que de eso, y muchas cosas más, comieron y vivieron gracias a esta madre y abuela que tenía todo bajo control aunque siempre fue de bajo perfil. "Ella sabía que tenía su momento para cada uno, y tenía a todo el mundo "cachado"", dice Javier, lo que ilustra con el recuerdo de una oportunidad en que le preguntó sobre sus primos. Dice que lo sorprendió ver que "los tenía a todos mapeados".

Como lo destacan los cuatro, aunque ni siquiera terminó la secundaria, esta lectora voraz e inteligente ma-

nejaba los contratos de arriendo de su casa, veía la cobranza, iba a las reuniones. Se preocupaba de darle una cantidad de dinero a Nazmi para que él gastara, pero guardaba la necesaria para manejar las cosas, mientras mantenía cuentas muy ordenadas, manuscritas y con una letra muy bonita.

Un personaje de novela

"¿Qué te dejó Nazmi más allá de la anécdota?", le pregunta Sergio a Rodrigo. Él se queda pensando un momento en silencio. Parece que no le resulta fácil encontrar una respuesta. Entonces responde, casi a tientas: "Era un tipo de vida distinto al que ustedes nos estaban educando a tener. Para mí era un personaje desde el punto de vista de lo que a él le gustaba hacer, pero un personaje histórico al que miras distinto, y tal vez hasta lo juzgas desde un estándar diferente. Era una vida totalmente distinta a la de nosotros".

"Como un personaje extraído de una novela", apunta Sergio. "Exacto. Y que eres tú mismo, o de donde tú vienes, pero que como que tiene permisos especiales porque le tocó una realidad distinta".

Javier concuerda con esa visión de Nazmi, pero aclara que "a nosotros no nos tocó ser educado por él. No era nuestro ejemplo a seguir".

Para Rodrigo su abuelo "era como entretención. Era alguien con quien la pasaba bien, conversaba, jugaba. Si uno lo miraba desde el espacio de qué es lo que está dispuesto a hacer, mi abuelo estaba en el borde. Me acuerdo una vez cuando fuimos con la Paula a un matrimonio en Viña, no me acuerdo de quién. Era en el casino. Entonces entro con la Paula y le comentamos a alguien que nuestro abuelo iba mucho para allá. Cuando le dijimos su nombre respondió "¡Don Nazmi Bitar!" Y entonces nos hizo pasar y nos llevó y nos ofreció un trago (se ríe)… pero con el paso del tiempo para mí es ver cómo puedes tener una perspectiva distinta ante la vida y el abuelo para mí era un gozador: le gustaba comer rico, pasarla bien, jugar, estar con los amigos, atender bien con lo que hubiera, aunque fuera lo último que le quedaba… Nosotros somos exactamente lo opuesto: trabaja, trabaja, sácate la cresta, no gastes, no disfrutes. No sé si nos enseñaron así, pero yo siento que es una vida muy espartana y mientras más espartana, mejor. No muestres… El abuelo era todo lo contrario. Si tenía un auto tenía un BMW, si tenía una fiesta invitaba a todo el mundo, andaba impecable, gastaba plata, se iba "de joda", llegaba a las cinco de la mañana… los códigos absolutamente contrarios… no era un tipo como nosotros, obsesionado con el ahorro".

Para Javier, su abuelo era un hombre "choro" y orgulloso que se jactaba de ser el único sirio vivo que tenía un bisnieto en Chile (una vez que nació Nicolás)… que nunca le contó las penurias que vivió durante sus primeros años acá, excepto aquélla que Sergio relata en este libro, cuando comía pan con aceitunas porque no tenía dinero para más. Para Rodrigo, Nazmi era un hombre que se tenía gran confianza, que se la creía.

"Y lo otro que era muy bonito", dice Javier, "es que con los nietos se volvía loco. O sea, por lo menos con mis hijos, iba todas las semanas para mi casa. Partía con su chofer, pasaba a una bomba de bencina y llegaba cargado

con dos bolsas de dulces y se sentaba con ellos en el living". "Se los compraba", le dice Rodrigo, a lo que Javier responde: "Claro, pero a ellos les encantaba, y él gozaba y los besuqueaba. Y les daba plata".

Por lo que Kenny, Sergio, Rodrigo y Javier comparten, es evidente que la relación de Nazmi con sus nietos fue muy distinta a la que tuvo con sus hijos, con quienes "el abuelo era un cabrón", en palabras de Javier. Sergio agrega: "era un tipo muy difícil. Mira lo que dice Lorenzo de él (en sus recuerdos)".

Entonces hablan sobre la afición de Lorenzo por los negocios, su partida a Lima, que no le permitió terminar sus estudios, sobre si Lorenzo recordará a Nazmi con cariño. Rodrigo se plantea lo difícil que debe haber sido para él partir solo a un país a hacerse cargo de una empresa, que además no partió fácil.

Sergio comenta que Lorenzo "lo hizo todo" y que Nazmi era súper exigente con él.

Luego agrega que, años después, los gastos de Nazmi, especialmente los fines de semana, los llevaron a enfrentar el dilema de cómo evitar que se lo gastara todo sin coartarlo. Para Kenny, su suegro "no tenía ningún control". Sergio dice que, en un momento, su nivel de gastos los llevó a contratar un detective privado para que descubriera en qué gastaba. El resultado: simplemente se la gastaba. "¡Mi plata, dónde está mi plata!", preguntaba Nazmi. "Y no le quedaba", cuenta Sergio. "En un momento empezamos a comprarle con Lorenzo las acciones que teníamos con él en algunas cosas para ir traspasándole efectivo contra eso".

Rodrigo piensa en voz alta lo difícil que debe haber sido para los hijos de Nazmi (y para Julia) conciliar una situación así. Entonces, matiza esa visión con la suya, como nieto: "Para nosotros la base es que él llegó sin plata, sin hablar el español, sin nada y que vendía ropa en una bolsa, casa por casa… y que después logra cosas para la familia. Qué le vas a cobrar de qué hace o qué no hace: era un personaje de otro mundo. Yo no iba a juzgar si lo que hizo estaba bien o mal. Era lo que era. Nosotros estábamos ahí para disfrutarlo. Para mí es como eso: el permiso para pasarla bien. Dentro de lo que nos toca ser responsables, también puedes ser un poquitín irresponsable. (Riendo) Mi abuelo era eso o similar. Tenía esa veta empresarial de ir e inventar negocios aunque no podía manejar nada, pero era creador de relaciones, ideas, oportunidades; pero no era un gran manager ni un estratega, un pensador. Su objetivo en la vida no era hacer plata sino disfrutarla, pasarla bien… una vida más larga y más plena que la del viejo ése… 97 (años), una familia gigante, todo el mundo bien, una señora el descueve, hijos el descueve, buena vida, ¿qué más?"

Y, al parecer, como lo recuerda Javier, en sus últimos años Nazmi no quería mucho más: "al final se quería morir. Una vez la abuela me pidió que la acompañara al neurólogo porque lo encontraba muy agresivo. "¿Por qué no me muero, por qué no me muero?", le preguntaba al doctor. Y agrega que "cuando nació el "Seba", su abuelo decía "lo único que me da pena es que no voy a ver a este crecer, porque va a ser fantástico".

Rodrigo bromea con que, después de la embolia, cada fin de año que venía a Chile lo encontraba mejor. Javier

atribuye eso a que su abuelo vivió una especie de "veranito de San Juan" después de que Julia falleciera. Según él, Nazmi se liberó del dolor de verla decaer hasta morir.

Ambos debaten acaloradamente sobre las probabilidades de que alguno de ellos llegue a los 97 de Nazmi, muchos más que otros familiares por el lado de los Hirmas o de los Bitar. Sus hermanos murieron mucho antes que él. Sólo Violeta lo sobrevivió y Sergio calcula que ella debe haber tenido unos 15 años menos que Nazmi.

Para Kenny, la calidad de vida y la longevidad están en las relaciones. Dice que las estadísticas enseñan que los hombres casados viven mucho más que los hombres solos.

En una reflexión al cierre que no sólo parece ir dirigida a sus hijos, sino a toda su descendencia, Sergio dice: "Al final el tema de la autovalencia es clave. Autovalencia en el manejo de tus cosas diarias, de poder hacerte la comida, de hacer tu cama; de tus capacidades intelectuales y profesionales, o sea: que tú seas bueno en algo y puedas seguir siendo bueno hasta el final. Si sabes escribir bien, escribe bien. Si sabes hacer cálculos matemáticos, en eso… pero algo en lo que sientas que eres bueno y estás productivo. Uno siempre tiene que estar inventando en qué cosa ser productivo. Y no mirar para atrás. Lo que fuiste no existe".

Natalia Lasen, Patty Bitar y Tomás Gabler, Rapa Nui, 2016

Patricia Bitar

Pucha qué emoción leer las cosas (se refiere a un antiguo borrador de este libro)

Yo tendría que hablar de la abuela.

Siempre muy pausada, reflexiva y muy pero muy cariñosa. De alguna forma, sin "presionar", lograba que uno llegara todos los sábados a almorzar a su casa, con el argumento de que iba también el hermano, la mamá y el papá... como si necesitara razón para ir, más que verlos a ellos.

Y por supuesto todas las comidas que sabía que a uno le gustaban: palta molida, *kubbe* crudo y cocinado, el *kubbe* relleno o el que encargaba con pino y aceite adentro, las lechugas enormes... el arroz árabe, rellenitos en las "medias" ollas con las fuentes de plata y las pastas, esas en sopa de yogurt que eran realmente para rechupetearse los dedos...

Y cuando yo iba sola pasábamos mucho rato jugando carioca, casino y comiendo quesos y demases. Demasiado bueno. Sigo después.

——

Y cuando pasé por momentos personales malos (separación, pololeo posterior, etc.), que supongo para ella no debe haber sido fácil considerando su educación de aguantar lo que venga… que la gente no se separa y menos que le vinieran a hacer escándalo por el "comportamiento" de su nieta; que me apoyara sin emitir nunca un juicio que hiciera que no quisiera acercarme a ella o dejara de contarle algo o pedirle consejo. Ella siempre fue muy digna, centrada y sabia. Y siempre dándome consejos muy acertados, lo que es muy asombroso considerando nuestra diferencia etaria y de historias y vidas...

Algo muy cómico fue cuando hice mi "ceremonia" en Las Vertientes con la familia de Guillermo y la mía, en que nos íbamos a vivir juntos, pero no casados todavía porque no se podía por asuntos legales pendientes, en que me dijo algo así como: "qué bueno. Esto ahora es como tu matrimonio, y después –cuando puedas– te casas legalmente pero para ti no más, sin que el resto sepa". Lo que entendí era que yo me "casaba" antes de irme a vivir con Guillermo y que nadie tenía que saber después que en realidad no estaba casada y que lo hacía más tarde... me imagino que por "decencia" o algo así.

——

Sigo.

En el último tiempo, a veces la abuela se cansaba más y no le seguía el ritmo al abuelo, y la verdad no quería tampoco. Él se enojaba, yo creo porque ella no estaba pendiente de él y de lo que él quería hacer. Entonces ella ponía su clásica cara con las cejas levantadas y se hacía la sorda. Literalmente. Hacía como que no oía, y él seguía reclamando y ella no hacía ni decía nada. Finalmente él se iba y la abuela me miraba y sonreía. Muy chistoso.

Clásico era entrar al departamento de los abuelos, en plaza Perú, y encontrar al abuelo sentado en el sillón de cuero frente a la tele, con whisky y aceitunas al lado, y la abuela en la mesa. Cuando yo llegaba, jugaba cartas con ella mientras nos tomábamos una copa de vino.

El abuelo clásicamente recibía a los nietos hombres con gran alegría y les daba plata. A las mujeres un beso y menos entusiasmo, muy chistoso. Ahí nos agarraba la abuela y compensaba.

Cuando nació Natalia, el abuelo la miró y cariñosamente dijo: "¡qué linda, qué linda! Lástima que sea mujer..." No era para ofenderse, la verdad nunca sentí molestia por esas cosas, eran sus preferencias evidentes, y su cultura más machista.

FAMILIA BITAR MALUK

(Parados) Alejandro, Laila Maluk (Sentados) Anita, Lorenzo Bitar y Cristina, Lima 2017

Lorenzo Bitar

- El supuesto "éxito" de Nazmi como vendedor residía en su gran habilidad como relacionador público y su facilidad para entretener a sus amigos y diversa gente a su alrededor con gran capacidad imaginativa. Para mí, fascinaba a sus clientes con sus historias y le terminaban comprando por cansancio. Ganó plata como para darse lujos y aparentar ser un millonario de esa época. Durante su tiempo, y hoy también, el contar con un auto último modelo y de buena marca parado frente a su casa generaba admiración de la gente. Él tuvo ese auto estacionado en varias ocasiones, recuerdo, y él lo sabía y presumía lo suficiente.

- Además, contaba mientras hacía sus necesidades con varios libros en francés más un diccionario español-francés que lo consultaba constantemente en el baño.

- Hacía de amigos con gran facilidad por su arte de entretener y relacionarse, además de su actitud prepotente frente a muchos, que cambiaba rápidamente cuando esos amigos eran importantes y de plata.

- Ciertamente era egoísta, algo prepotente, a veces insolente. De los años 60 a los 80 prácticamente no trabajaba. Tampoco, a mi entender, realizaba realmente alguna labor en los años 50 en Santiago. Sin embargo, recuerdo dos hechos que me impresionaron. Me llevó a vivir al Hotel Bolívar (el más fino del Perú) por meses. Allí aprendí a vivir como pachá a US$20 x día, aunque mis amigos, todos extranjeros, a quienes conocí por Fernando Bennett –compañero mío y de Sergio del Instituto Nacional, a quien recluté para Lima como Gerente de Planta– vivían en posadas pobres e insalubres. Almorzaba todos los días con ellos en un restaurant hotel de la calle Colmena por US$1.15 por almuerzo o comida.

- La verdad es que desde mi salida de Chile el año 1961, mantuve poco contacto con mi padre y mi madre, salvo en viajes cortos que realizábamos a Lima o Santiago. Hablábamos poco o nada de la familia o de temas familiares, por lo que ahora que estoy mucho más tiempo en Chile, gran parte de la historia familiar me resulta desconocida.

- Yo era el cobrador oficial de las mercaderías que nuestra madre le entregaba a Eduard, cosa que la aliviaba mucho ya que a ella no le pagaba con facilidad. A mí sí, ya que yo salía de Instituto Nacional y me iba a su tienda a hacer cuentas y cobrar para mi madre. Si se ponía difícil, yo empezaba a subirle la voz y eso espantaba a la clientela. Él, avergonzado y con ganas de librarse de mí, iba a su caja fuerte que quedaba al fondo, tapada por una cortina de terciopelo color bordeaux que cortaba el pasillo. De allí sacaba los billetes grandes y los chicos de la caja de madera que tenía a la entrada hasta completar el monto elegantemente requerido. De acuerdo a la dificultad en la cobranza, recuerdo que le hacía me entregara en calidad de comisión de cobranza $2.000 hasta $5.000, que me servían para mis hot-dogs o lomitos. Eso me motivaba a cobrarle apenas mi madre lo requería.

- Recuerdo hasta ahora la felicidad y agradecimiento de Julia cuando, viéndola agotada y sudando en su taller, le llevé un jugo de naranja recién exprimido por mí.

Mi madre era una mujer abnegada, esforzada y sometida a su marido como eran prácticamente todas las mujeres casadas, de ascendencia árabe, a mediados del siglo pasado. Ella no era feliz, pero aceptaba una obligación caída del cielo de criar, mantener y cuidar a sus hijos de cualquier forma, en especial ante la ausencia paternal en su crianza.

Mi recuerdo es débil. Me fui de su lado a los 19 años y nos veíamos por un corto lapso una vez al año. Las veces que ella iba a Lima se alojaba en casa de Yeny y mis reuniones con ella eran pocas y cortas, acompañado de toda mi familia y posiblemente porque las relaciones de ella y Laila, mi esposa, no eran muy fluidas. Cuando íbamos a Santiago, nos alojábamos en Av. El Bosque # 0325. Era una semana que cundía y nuestra relación era más madre-hijo.

Cuando decidí tener un lugar propio adonde llegar en Santiago, un departamento en Enrique Foster Norte, mis contactos con mi madre eran más continuos, pero superficiales.

Recuerdo que cuando ella murió, yo me encontraba en el aeropuerto a minutos de embarcarme a Madrid. Cancelé todo y llegué a su casa con mi maleta, encontrándola en su cama, a pocas horas de haber fallecido. Estaban Sergio y Yeny, recuerdo, acompañando a mi padre, a quien vi muy afectado por los sucesos. Al día siguiente la enterramos en el Cementerio General, en una cripta comprada por mi padre años antes. Mi padre era un tipo muy ameno, entretenido y realmente buscado por sus amigos ya que les hacía el momento muy agradable. Era un hombre leal a sus amigos, aunque exigía ese mismo trato para con él. En cuanto a mí, me infundía temor y necesidad de demostrarle mi capacidad en todo momento en relación a mi actividad.

Le encantaban las carreras de caballos. Me llevaba los sábados y domingos cuando estaba en Lima junto a sus amigos, Emilio Farah, quien prácticamente vivía en el hipódromo, Arturo Saud, Gabriel Dabdoub, y a veces Luis Said más otros amigos, nuevos para mí, pero conocidos suyos del ambiente.

Almorzábamos allí, apostábamos, casi siempre perdíamos. A mí no me gustaba. Me parecía que la espera entre carreras era aburrida y lenta. No sentía la emoción que veía en ellos durante una carrera. Ver a Eduardo Sabal realmente eufórico en una llegada, era ver a una persona absolutamente desvinculada de quienes lo rodeaban, al borde de la sicopatía. Creo que gozaban más en los últimos 100 metros de carrera que haciendo el amor.

Para mí, Nazmi fue un padre ausente. Bueno, tampoco conocí bien a mi madre ya que prácticamente dejé de verla desde los 19 años, salvo pocos meses sumados. Al margen de alternar poco con mi padre, nunca teníamos conversaciones interesantes, profundas o valóricas. Los momentos que recuerdo más cariñosos conmigo eran cuando le trasfería dinero. Así fue nuestra vida juntos.

Amalia, Juan Pablo, Cristina y Juan Diego Solis de Ovando,
Santiago 2017

Cristina Bitar

Yo quise mucho a mi abuelo Nazmi. Siempre fue cariñoso y adorable conmigo. Desde muy chica iba frecuentemente a Lima y se quedaba en nuestra casa, en el cuarto de huéspedes, que era como que fuera suyo. A Alex y a mí nos encantaba que llegara. Entraba gritando nuestros nombres, nos abrazaba, besaba, nos pellizcaba la cara y se ponía a conversar como loro a preguntarnos de todo un poco y a contarnos todas sus historias de vida. El clóset lo llenaba de chocolates de todo tipo y nos regalaba uno diario, ya que sabía que le robaríamos muchos durante la semana. Nos sacaba a pasear por Lima, a comer a restaurantes ricos y a ver las carreras al hipódromo. Incluso nos dejaba apostar.

Veníamos a verlo a Chile una vez al año de chicos y luego las visitas eran cada vez más espaciadas. Sin embargo, era infaltable ir a Las Vertientes, comer las frutas de los árboles, mojarnos en la pileta y congelarnos en la piscina.

En Santiago nos llevaba a comer a la calle donde siempre íbamos a comer "lo mejor del mundo", a pasear por el centro cuando iba a la oficina y a visitar el almacén de sus hermanos; jugar *tauli*, tomar buen café, probar su trago de anís y –los fines de semana– comer la mejor comida árabe hecha por la abuela Julia.

Lo mejor era ir con él a Viña. Llegábamos al Hotel Miramar como reyes. A él todos corrían a atenderlo. Les daba grandes propinas a los mozos y nos atendían como nietos del rey, comíamos sin parar en el buffet y pasábamos lindos fines de semana en ese hotel que cada vez que piso (incluso ahora que es Sheraton) me recuerda a él. El casino de Viña era su casa. Aprendí a jugar con él y la verdad es que si no tuviera autocontrol desarrollado hubiese terminado jugando todos los días o las semanas como él.

Nazmi era un gozador, un vividor, un jugador, un encantador. Era coqueto, rápido, conversador, diplomático, amistoso, chistoso y alegre. Un hombre lleno de amigos. Muy buen amigo de sus amigos. Pero también podía ser muy duro y gritón. No creo que fue un gran padre. Claramente no fue un padre cercano ni cariñoso con sus hijos, pero sí lo compensó con los nietos.

No quiero terminar sin decir que también era muy machista y duro con las mujeres, especialmente con la abuela Julia. Se supone que era así porque era árabe, así me explicaba mi papá y mamá, pero lo raro es que mi papá era árabe y no era así. Recuerdo que siempre les daba plata a los nietos hombres y a mí no me daba nada, tal vez unas monedas o unos chocolates. Cuando me quejaba respondía: "mijita, usted para qué quiere plata si las mujeres no necesitan plata, para eso se tiene que casar con un hombre que le dé todo lo que necesita". Aunque parezca terrible, agradezco sus palabras porque generaron parte de la rebeldía que me llevó a estudiar y trabajar para no tener que depender de un hombre ni andar pidiéndole dinero de manera humillante como él me lo hacía sentir. Cariñoso machista… eso era Nazmi. Adoraba a sus nietas, pero mucho más a sus nietos. Obvio. Con Alex jugaba *tauli* sin parar y conmigo se aburría rápido. Sin embargo, nunca le tuve rabia… siempre lo acepté y lo quise mucho, así como era.

Tanto lo quería que el 89 me vine a vivir a su casa mientras iba a la Universidad Católica a estudiar econo-

mía. Pensé quedarme a estudiar en Chile pero la verdad es que la vida en la casa de El Bosque no fue de las mejores. Me sobraba comida árabe, dulces, caricias, besos cuidados y todo lo que bueno de Nazmi y Julia pero también me sobraba protección, vigilancia y toques de queda. Me sentí demasiado controlada bajo su mando, sin permisos para salir, sin libertad de tener cualquier amigo o amiga, sin libertad de horario. Claramente, siendo mujer las cosas fueron más duras que con Javier, que había vivido mucho tiempo con ellos.

Por razones de carácter o de vida, con la abuela no tuve una relación muy cercana. Sólo los meses que viví en su casa pudimos conversar un poco y fue la mejor profesora de cartas: canasta, solitario, etc. No logró enseñarme a coser, tejer ni bordar porque siempre me rebelé a ser como ella. No me gustaba ser sometida y ella me parecía que lo era.

Cuando murió la abuela me dio mucha pena, pero me daba más pena el Tata Nazmi. Me empecé a preocupar más por él, por acompañarlo e ir a verlo. Cuando él murió, me tocó estar a su lado, tuve la suerte de poder vestirlo con su terno, camisa y su corbata que él mismo había elegido. Estuve a su lado mucho rato mientras aún estaba calentito. Lo abracé largo rato, recé por él y ayudé a dejarlo guapo como él pidió para que lo pusieran el cajón. Nazmi fue un gran abuelo. Para mí, sin duda dejó una gran huella en mi vida.

Alejandro Bitar, Mónica Pflucker y sus hijos
Rafaela y Alejandro, Montreal 2015

Alejandro Bitar

1) Mis primeros recuerdos del abuelo son en Las Vertientes y en la casa de El Bosque. Recuerdo el olor de su cuarto en ambos –siempre familiar, siempre agradable– olor de abuelo, con su típica colonia (no recuerdo la marca). Esa máquina de ejercicios con remos siempre al costado de su cama –con poco uso, pero siempre presente. Recuerdo que pasaba un buen rato en el baño– salía con sus shorts pijamas celestes, con camiseta "bibidi"; muchas veces abría el baño mientras se afeitaba, por lo que recuerdo su rostro con crema de afeitar. Siempre salía hecho un "dandi".

2) Tenis: recuerdo cuando llegué a Santiago para jugar un campeonato sudamericano de tenis. Mis abuelos hospedaron a dos amigos, uno aún muy cercano. Recuerdo cómo se divertían con las comidas –todo era lo mejor del mundo, desde la almendra, el tomate, el pepino, hasta el "pan" (palabra que recuerdo me decía significaba "todo" en árabe).

3) Lima box: recuerdo las noches, luego del hipódromo y seguro una gran cena, que veíamos el Rincón del Box. Creo que el programa lo veíamos los sábados a las 11pm. Le fascinaban las peleas, y tal vez no pasaban muchas en Santiago, ya que era uno de sus grandes intereses televisivos en Lima. Me explicaba el deporte, sus técnicas y sus reglas– y era como si estuvieses apostando en la pelea. Casi como si él mismo quisiera pelear.

4) Backgammon: es tal vez lo que más nos unió. Era un extraordinario jugador de backgammon. Era como si un gran jugador de ajedrez jugara backgammon– todas las jugadas tenían un objetivo estratégico y uno táctico. Y tenía una suerte increíble. Recuerdo cómo me enseñaba siempre, cómo se quejaba si yo erraba un movimiento, si no tenía su visión. Siento que siempre me respetó como jugador, y yo me entrené en otros caminos de la vida –por lo que jugar con él era, para ambos, una batalla titánica– con whisky sour siempre acompañándonos. Recuerdo la diferencia de jugar antes y después de su problema médico. Su nivel técnico nunca cambió. El principal cambio (dejando de lado el habla), fue el hecho de que se "equivocaba" frecuentemente y siempre a su favor. Nunca lo dejé pasar, y cuando se lo hacía notar (siempre de manera efusiva), corregía su "error", con su característica sonrisa– la cual era contagiosa.

5) Viña del Mar: Era uno de sus reinados. El hotel Miramar era su casa– todos los trabajadores del hotel sabían quién era el Sr. Bitar. Recuerdo una vez que llegué ahí con dos amigos, sin reservación y en la semana del Festival de Viña. Obviamente no había habitaciones y en el hotel se estaban quedando los artistas y sus músicos. En el momento en que estaba en la recepción recibiendo la mala noticia de que no había ni un cuarto disponible, veo al abuelo caminar por el lobby– había encontrado la salvación. Cuando lo saludé y le mencioné al administrador que era mi abuelo, y luego de una pequeña gestión del abuelo (gestión verbal– esta vez no fue monetaria), sacaron a los músicos de Martha Sánchez de su cuarto enviándolos a otro hotel y nos dieron una muy buena habitación. El

abuelo tenía más peso en el hotel que los artistas, era el verdadero "rock star".

6) Mónica / Alejandro: Recuerdo la primera vez que conoció a Mónica y a nuestro hijo Alejandro (no fueron más de dos o tres veces que los vio– y nunca conoció a Rafaela). Alejandro tenía aproximadamente un año. Era y sigue siendo algo tímido en sus primeros contactos con nuevas personas– su reacción con su bisabuelo no fue distinta. Con la practicidad de siempre, el abuelo sacó un billete de su bolsillo, como ya lo había entrenado millares de veces para lograr sus objetivos a lo largo de su vida, y sedujo a Alejandro ganándole un beso. A Mónica la revisó como sólo él puede analizar la estirpe de una persona –dientes, pelo, cara, espalda, y las otras áreas– recuerdo sus palabras, algo como "rubia, alta, ojos claros– muy bien, muy bien". Luego debe haberse olvidado de su cumplido visceral y me invitó al casino de Viña del Mar con dos mujeres que él conocía para jugar, comer y tomar los cuatro– esto al frente de Mónica. Fui tentado a aceptar la invitación, pero mis obligaciones familiares (que en ese momento recién habían empezado) me lo impidieron. Una parte de mí se arrepiente- hubiese sido una gran aventura.

7) Carreras de caballos: Recuerdo nuestras tardes en el Hipódromo de Monterrico. Conocía a mucha gente- o eso me parecía a mí. Se vestía elegantísimo y apostaba en cada carrera. Yo apostaba con él- la mayoría de las veces a sus caballos; y en otras me alentaba a aventurarme por otras apuestas. La mayoría de las veces lo veía llegar a la casa después del hipódromo y siempre me decía que había ganado- era como en el casino- como en su vida en general- siempre ganaba, hasta cuando perdía. Siempre con la frente en alto, siempre orgulloso, siempre importante- casi de la realeza.

8) Personalidad: Nazmi fue un hombre ganador y positivo. Un hombre generoso. Un hombre también egocéntrico- siempre era el centro de atención, se "chupaba" el aire de la sala con cualquier compañía. Era un hombre que amaba a sus amigos, y al mismo tiempo mantenía cierto odio con los que creía eran sus enemigos. Era un tipo práctico- encontró que el cash (más que el dinero) agilizaba las cosas, conseguía atenciones privilegiadas, rápidas, a la altura de su estirpe- logrando favores de sus nietos, mozos, croupier, choferes y hasta sus hijos (la torta se le volteó al final cuando sus hijos eran los que restringían su disponibilidad de cash– y a pesar de su problema de expresión oral, era muy claro en transmitirme su gran desagrado con la situación). Era un hombre singular, interesante y con una tremenda hambre de vida– no he conocido a nadie igual y espero tener parte de esa vitalidad por lo que dure mi vida.

Cuando falleció yo venía de una operación de rodilla y no asistí al entierro. Me arrepiento inmensamente. Guardo su recuerdo intacto y heredé (por iniciativa propia) tal vez uno de sus últimos pasaportes, en el que se ve cómo viajaba, frecuencia y destinos, y una prestigiosa foto a los xxx años– un gran dandi y jet-setter). Lo extraño mucho…

La abuela Julia tenía mucha pausa y paciencia. Siempre estaba de buen humor, calmada y balanceada.

Siempre trabajaba, atendía, quería que todos estuvieran bien– especialmente Nazmi.

Era muy cariñosa conmigo, siempre alegre, llena de abrazos. Cocinaba riquísimo. Nazmi presentaba la comida, pero mi abuela era la artista. En Las Vertientes recibía a todas las familias; todo coordinado, funcionaba pareciera sin esfuerzo– nos daba tranquilidad.

Quería mucho a mi papá– me acuerdo del brillo de su cara al abrazarlo.

Siempre cuidó a Nazmi- lo quiso mucho. La debe haber vuelto loca, pero no lo aparentaba.

Siempre fue muy sencilla: en su vestir así como en su forma de ser en general, y alegre, a pesar de que percibía en ella algo de soledad y/o sufrimiento interno.

Fue una fiel acompañante y protectora de Nazmi– ella estuvo conforme con ese rol.

Fue muy acogedora de mi mujer, Mónica– la recibió como a una nieta e hizo que su primer viaje a Chile se sintiera en familia. Fue muy feliz al conocer a mi hijo, su bisnieto– se lo comió a besos.

¡La extraño mucho a mi abuelita Julia!

Fernando Cisneros, Ana María Bitar y sus hijos Joaquín, Elías y Antonio, Lima 2016

Ana María Bitar

Para el Tata nada era imposible. Daba la sensación de que él podía controlar todo y que todo lo que hacía y tenía era "lo mejor del mundo". Lo recuerdo como un tipo alegre, positivo y lleno de vida. Siempre me impresionó cómo a su edad y con los problemas médicos que tenía diagnosticados seguía tomando una jarra de whisky sour y comiendo todos los platos árabes sin problema alguno. Tenía una fortaleza física y emocional que pienso marcaron a toda la familia.

Algunos recuerdos que tengo grabados del Tata son los siguientes:

"Ñam Ñam Tata" era la frase que decía cada vez que llegaba de visita a Lima de Santiago, cargando cantidades de chocolates que luego escondía en el clóset para dárnoslos de a poquito y así ganarse más besos o abrazos. Obviamente, yo sabía exactamente en dónde los escondía y parte de la rutina era entrar al clóset para sacar uno que otro sin que se diera cuenta…

"Esto es lo mejor del mundo", frase que decía con alguna frecuencia cuando se refería a alguna comida o a su querido país adoptado Chile.

Una vez se molestó conmigo porque me vio jugando Backgammon, y claramente pensaba que ese juego era sólo para hombres. No cabía la posibilidad de que yo me acercara a la tabla.

Recuerdo que siempre tenía corbatas que él ya no usaba en el carro para dar de "propina" a los mozos de los restaurantes que frecuentaba, especialmente en Viña del Mar.

En Las Vertientes recuerdo que juntos arrancábamos las frutas del árbol, para luego lavarlas en la pileta y comérnoslas fresquitas. Le encantaba comer, cosa que creo hemos heredado todos los Bitar…

La abuela Julia fue siempre una fiel acompañante del Tata, siempre amable y dispuesta a atenderlo en todas sus necesidades. A pesar de que las relaciones de pareja en su época estaban marcadas por el machismo, pienso que el Tata y la abuela Julia siempre manifestaron un gran amor y respeto entre ellos y hacia su familia. Se mantuvieron unidos hasta el final y espero hoy se hayan reencontrado en el Cielo. Los quiero y extraño mucho.

FAMILIA TALI-HAMIDEH BITAR

(Adelante) Macarena, Yeny Bitar y Fajrry Tali-Hamideh (atrás) Jorge, Juan Carlos y Gonzalo, Lima, 2010

Virginia "Yeny" Bitar

Es un orgullo ser la hija de Nazmi y de Juliette Bitar. La educación, el cariño y la generosidad que me dieron formaron la persona en la cual me convertí.

Siempre admiré el empuje y perseverancia de mi padre, cómo dejó su país y se vino a otro continente, dejando a su vez su cultura –que replicó al otro lado del mundo– y su familia, para empezar de cero con grandes resultados. Viendo la foto de mi abuelo, Habib Bitar, y los rasgos físicos que compartimos, pienso cómo me hubiese gustado conocerlo.

Mi madre fue una persona sabia, que desbordaba cariño para su familia y velaba por la unión familiar en tremendos almuerzos con mesas inolvidables, llenas de delicias, como un legado para las otras generaciones.

Recuerdo el gran talento de mi madre en sus tejidos para los nietos. Sus manualidades eran un refugio donde plasmaba su talento, paciencia y creación.

Una de las partes más bonitas era cuando me llamaba para tomar tecito juntas e instantáneamente sentía cómo me envolvía en su protección y nos pasábamos gran parte de la tarde conversando.

Mi padre construyó "Villa Virginia" en Las Vertientes, cuyos planos datan de 1953, y para mí es un privilegio que le haya puesto mi nombre. La pileta árabe, el *tauli* debajo de la higuera, la música árabe, los almuerzos de los fines de semana y las rosas que plantó mi madre mezclando semillas para crear distintos colores, son recuerdos que siempre me acompañan. Asimismo, cuando jugábamos carioca en la terraza y se nos pasaban las horas volando. Sin darnos cuenta, esos momentos cotidianos se convirtieron en un tesoro para mi vida. En esa casa celebré mis 18 años y, luego, mis hijos veraneaban ahí disfrutando a los pies de la cordillera.

Recuerdo cuando viajamos a Siria con mis padres, mi marido Fajrry, mi hermano Carlos y su esposa Susy. Al aterrizar en Damasco, mi padre estaba tan contento que nos miró y nos dijo emocionado: "¡Bienvenidos a mi tierra!" Fue un hermoso viaje donde nos aunamos todos y conocimos su tierra, que hoy ya no existe.

Los viajes de mi madre a Lima eran preciados, disfrutaba con los nietos con gran vitalidad, los bautizos, primeras comuniones y, sobre todo, el nacimiento de mis hijos.

Fueron unos padres ejemplares, y honrando su unión de más de 60 años, su descendencia mantiene vivo su recuerdo.

Jorge Luis y su esposa Patricia Masse. Lima 2018

Jorge Luis Tali-Hamideh

El abuelo cuando visitaba Lima nos llevaba a pasear (a Cristina, Alex, Gonzalo y a mí) a la Plaza San Martín. Manejaba Fabián –el chofer, una persona mayor– en el auto Dodge blanco, los 4 íbamos atrás, y el Tata con Fabián adelante.

Ya en la plaza nos compraba dulces, me acuerdo del chocolate D´Onofrio en forma de triángulo.

En navidad nos regalaba dinero. Nos lo entregaba en pequeños sobres escritos de su puño y letra.

Cuando nos dejaban en enero y febrero en Las Vertientes bajo la tutela de los abuelos, nos hacía andar desnudos por el jardín, comer fruta de la pileta, tomar agua de la misma, "¡Lo más grande!" o "¡De lujo!"

La abuela Julia mandaba a preparar jugo de damasco del árbol, tremendas jarras. Todas las mañanas nos metíamos a la cama de los abuelos. El Tata contaba la historia de lo que le pasó en la pierna (no me acuerdo) y la abuela nos traía –me acuerdo como si hubiese sido esta mañana– a Gonzalo y a mí, un vaso largo de vidrio con café con leche súper caliente y dulce, y eso tomábamos en la cama con ellos, mientras nos contaban la historia de cómo habían comprado los terrenos colindantes a la casa principal y todo mirando los cerezos y los cerros desde la cama.

¡Y a la piscina! O ir a Puente Alto. El Tata manejaba, metía la pata en el acelerador, en los paseos comíamos "lolis" de piña, helados de crema, negritas, Super 8, y nos compraban las sandalias de plástico tipo Condorito.

A la hora del almuerzo todo riquísimo, y luego pastel de sémola. Teníamos que esperar 2 horas para volver a meternos a la piscina. Mientras tanto, juegos: subir el cerro, paseo al río, caminatas varias, y no hacer bulla porque los abuelos dormían siesta.

A la hora de la once, la abuela tomaba té con quesillo y mermelada de damasco, el Tata full frutas y nosotros, los tres con Juan Carlos, filete con huevo ¡qué rico era!; palta, quesos quillayes y demás manjares, y los dulces en cajas que traían los embajadores, pistachos, el pastel ruso que hacía la tía Zoraida o los manjares de la tía Violette.

Una delicia…

Las innumerables charlas con la abuela, sus miles de consejos, ¡miles!

La abuela era puro amor, sacaba cuentas a mano y luego conformidad con la calculadora; el abuelo, estupendo anfitrión, un lobista innato, ayunaba los lunes con solo té. Me dijo que después de afeitarse se tenía que echar agua fría para que se cerraran los poros. Hasta el día de hoy aplico dicha técnica.

En el hotel Miramar, en Viña, aprendí a comer machas y erizos con el abuelo…

Las tardes de *tauli*, con mi hermano Juan Carlos en el departamento de Isidora… y en Las Vertientes, un Whisky sour debajo de la higuera, ¡que en el departamento también era una bomba! Con los quesos franceses: roquefort, ahumado, pepino.

Todo es alrededor de la mesa, el buen comer y beber.

La abuela Julia, un encanto de persona, siempre buscando la unidad familiar y alegre, aunque no lo estuviese. Me dio cientos de consejos que al día de hoy los aplico, fue la columna de la familia, llamaba a los/las pololos(las) de aquellas épocas y los/las invitaba a almorzar el sábado familiar, y cuando llamaba a los/las nietos(as) ya no podíamos decir "no" porque la pareja había aceptado.

Era un gusto estar con ella, preocupada por todos.

Sabía quién comía qué, a mí siempre me tuvo *kubbe* crudo y bandejas varias sobre la mesa.

Tuvo la sabiduría de escuchar y aconsejaba. Lo más importante es que unía.

Gonzalo Tali-Hamideh y Marcela Delgado, Lima 2017

Gonzalo con Rafael, hijo de ambos, Lima 2017

Gonzalo Tali-Hamideh

A los abuelos los tengo muy presentes. De mi experiencia comparto que el dolor por la pérdida de un ser querido pasa con el tiempo, sin embargo el sentimiento y cariño, por el contrario, se acrecientan. Pasó primero con mi padre, luego con la abuela y finalmente con el abuelo.

Con el abuelo, por dónde comenzar. Tengo recuerdos desde que tenía 2 o 3 años de vida, durmiendo a su lado cuando íbamos de vacaciones en la casa de El Bosque, desayunando juntos al amanecer; en Las Vertientes haciéndonos correr calatos (desnudos) por los jardines, comiendo damascos en la pileta... hasta compartiendo una buena parrilla ya a mis 35 años solos él y yo. Lo anterior, previa llamada de Luis (su cuidador), indicándome "tu abuelo pregunta si quieres acompañarlo a Las Vertientes". Entonces me pasaba a buscar con su chofer, hacíamos una parada obligada en el camino para comprar las carnes, el costillar, etc... "Esto es lo mejor del mundo", decía. Recuerdos invalorables… hasta el día de hoy pienso qué tremendo lujo compartir con tu abuelo, que antes de ser abuelo era amigo..., a sus 95 años..., una tarde en Las Vertientes solos los dos. Es impresionante el cariño que los abuelos siempre nos irradiaron, y un nivel de generosidad que es ejemplo de vida.

Durante los años que estudié en Santiago, del 91 al 96, los abuelos nos habían impuesto una "regla" de manera muy cariñosa: almorzar todos los sábados en su casa. Era una "regla" muy esperada, por cierto. Recuerdo un sinnúmero de idas al Mercado Central, donde comprábamos congrio, con el cual se preparaba un caldillo de entrada y luego se servía frito de segundo. "Mira. Este no sirve... siempre escoge el que tiene los ojos brillosos y las branquias coloradas", me decía.

Recuerdo que él aún manejaba en el año 92 aproximadamente. Llegábamos en su BMW verde claro con placa diplomática, generalmente no había dónde estacionar. Lo anterior, sin embargo, no le preocupaba ya que lo hacía al costado de una señal de "no estacionar" cerca del ingreso principal del mercado… "Abuelo, ¡no podemos dejar el carro ahí!" "No te preocupes", me decía sonriendo: "autoridad que no abusa pierde su prestigio". Entonces soltaba una risa mayor y una mirada que me invitaba a acelerar el paso...

Recuerdo que todos los almuerzos comenzaban ofreciéndonos todo antes de que él comenzara a comer..."Coma mi hijito, es lo mejor... coma". Finalmente terminaban con una propina generosa, eran 10 mil pesos... si mal no recuerdo aproximadamente 30 dólares en la época.

Después del episodio que tuvo en el 93, la misma noche que regresó con Carlos a Santiago, recuerdo que toda la familia estaba reunida en el comedor de la casa del Bosque, el abuelo sentado a la cabeza. Yo aún no lo había saludado, estaba parado al otro extremo de la mesa y vi que el abuelo comenzó a hacerme gestos con la mirada. Después de unos minutos se paró de la mesa y me mandó llamar al escritorio. Nos saludamos con un beso cariñoso, luego me extendió la mano y me entregó 4 billetes de 10 mil pesos y, para hacerse entender, levantó cuatro dedos de una mano indicándome con señas "estuve fuera 4 sábados". Tenía 20 años y en ese momento supe que iba a gozar del abuelo varios años más…

Macarena, de pequeña, con sus abuelos, 1992

Macarena Tali-Hamideh

En Las Vertientes, el abuelo se sentaba bajo los árboles y pedía que le pusieran música árabe... cuando el casete acababa, pedía que lo pusieran de nuevo. Lo quería así, siempre sonando…

Cuando el abuelo se sentaba en el sofá de conserjería de su edificio (ya al final de su vida), a veces lo acompañaba, y me decía lo mismo que a mi primo Carlos Andrés, que la gente le era extraña: "¿Quiénes son todos estos?" y después se quedaba mirando los autos pasar, "qué lindos los autos, son de todos los colores", mientras los apuntaba con su bastón.

En la Plaza Perú, el abuelo siempre les daba migajas de pan a los pájaros y su felicidad iba en proporción con la cantidad de pajaritos que se juntaban. Se emocionaba y me decía "mire, mire". Compartía conmigo la bolsita con las migajas de pan y así los dos le dábamos de comer a los pájaros. Algo muy sencillo pero que lo emocionaba mucho. Ahora es un recuerdo inolvidable.

Unos días después del fallecimiento de la abuela, me acuerdo que el abuelo se quebró en la mesa del comedor después de almuerzo. Me impactó muchísimo porque nunca lo había visto llorar, ese llanto desgarrador que proviene del alma.

Me encantaba ir a verlo los fines de semana. A veces, comíamos juntos los viernes o los sábados, el abuelo veía las noticias. Siempre con el infaltable trago y los pañuelitos al lado. Solía regalarme 5 mil pesos. Después me sacaba sus billetes (de 5 y 10 mil) y me preguntaba: "¿Grande o chico?" Yo le contestaba: "Grande" y él se reía, me sonreía y me decía "Grande no, chico"… y, después de unos minutos, me terminaba dando "el grande". Siempre muy atento conmigo… quería que disfrutara con él toda la comida. Lo pasábamos bien. Solía decir en repetidas ocasiones: "Coma chico" en referencia a los bocados chicos. Después se iba a dormir… y antes de irme, le daba un beso de buenas noches cuando ya estaba arropado en su cama, siempre dormía de costado, y le cerraba la puerta con delicadeza.

A veces, cuando estábamos en el escritorio, ponía el volumen de la tele TAN alto que cuando lo bajaba, se molestaba. Entonces lo volvía a subir, y yo, sin que él se diese cuenta, lo volvía a bajar, ¡y se percataba! No había forma de engañarlo…

Cuando salían las noticias de Siria y veía la destrucción, se ponía a gritar impactado. Y me decía, tan impresionado, "mire, mire" con el bastón apuntado el televisor. Así también, cada vez que aparecía el tío Sergio en las noticias, pedía silencio y subía el volumen a lo más alto. Me dijo una vez: "Yo que empecé desde cero ahora tengo un hijo político".

La abuela siempre me llamaba para que la acompañara a tomar tecito. Llegaba a la casa, el abuelo estaba en el escritorio y ella solía estar en su cama viendo televisión. Lucy (que trabajaba en la casa y los cuidaba) le traía el té en una bandeja de cama y yo la acompañaba sentada al lado… La veía feliz y tranquila.

Una vez estaba corta de *masare* y le comenté a la abuela que quería cortarme el pelo y ella, sin titubear, sacó de su escritorio con llave 20 mil pesos y me los regaló.

Me acuerdo cuando la abuela viajaba a Lima. La emoción de verla era muchísima y se hospedaba en mi habitación. Yo la llenaba de abrazos y me encantaba verla siempre tan ordenada con sus cosas, impecablemente vestida, con tanto buen gusto por los detalles.

La abuela falleció 8 meses después de mi primer año viviendo en Santiago y mi primer año de universidad. Estaba regresando de las clases y recibí una llamada de mi mamá contándome que ella no estaba bien. Cuando llegué al departamento de Isidora estaba toda la familia. La abuela en su habitación, con el oxígeno puesto, se arreglaba el pelo varias veces. Tan delicada en su gesto, no sabía que ya se veía bella.

En una oportunidad, algo me decía en mi interior que iba a ser la última vez que vería a mi abuelo, al único que alcancé a gozar por más tiempo… Estaba de costado en su cama, con los ojos cerrados, pero despierto… y le dije en árabe "*ana bahebak, shukran*" ("yo te quiero, gracias", en árabe) y él me dijo en español: "yo también te quiero mucho". Con un beso en la frente, me despedí y partí a Lima. El abuelo falleció días después.

22 de junio del 2006: Fui a comer con mi abuelo. Le tiré un beso volado y después, él hizo lo mismo. Antes de irme, le dije mirándolo a los ojos, "*ana bahebak*" (yo te quiero, en árabe) Y se rió y me sonrió... ¡Muy lindo! Él me ha dado algo maravilloso… identidad.

Siento que llegué un poco tarde y que no pude gozarlos tanto, pero al menos pude conocerlos. Eso ya es un regalo y un privilegio.

Juan Carlos, su esposa Victoria Bielski
y el hijo de ambos, Juan Ignacio, 2016

Juan Carlos Tali-Hamideh

Algunos recuerdos…

Mi llegada a Chile:

Siento que he sido un privilegiado de poder gozar a mis abuelos, desde muy pequeño hasta la adultez. Los recuerdos son innumerables.

Cuando me vine a vivir a Chile, poco después de terminar la universidad, trabajé unos meses en el Perú y posteriormente me conseguí un trabajo acá. Era el año 2001. En el Perú dejaba atrás los cuidados de mi casa, familia, enamorada y amigos. Todo cambio de país es complejo, empezar de cero y abrirse camino conlleva un tiempo importante de adaptación. Sin embargo, el poder contar con los abuelos en Chile me significó adaptarme rápidamente, fue pasar de un "hogar" a otro.

Los primeros años los visitaba casi todos los días, incluidos los fines de semana. Cuando faltaba, llamaba, y si no lo hacía se encargaban de recordármelo. No dejé de ir a visitarlos, por lo menos una o dos veces por semana. Fueron una compañía muy importante.

Recuerdo que el abuelo, preocupado de que me viera bien, que estuviera presentable, como un caballero, y abrigado, me llevó al centro y me compró dos ternos. Éstos sirvieron de abrigo, tal como lo hicieron las chombas de lana de la abuela, de todos los colores y tamaños, que usamos los nietos de pequeños.

El cuidado constante, el cariño desbordante, la calidez, la preocupación por los detalles, siempre una sonrisa, siempre una comida caliente. No son muchas las personas que puedan haber experimentado este "regalo de vida", soy consciente de ello.

___

El abuelo era conocido en restaurantes de Viña, como el San Marcos, adonde lo acompañé más de una vez, y del centro de Santiago.

Mi primer trabajo en Chile estaba ubicado en la calle Huérfanos 1234 (esquina con Teatinos). La oficina de mi abuelo quedaba en la misma calle.

Alrededor del mediodía sonaba el teléfono de mi oficina, era la secretaria que decía "su abuelo quiere almorzar con usted", y replicaba, "Ok, dígale que llego antes de la 1:30pm". Esos llamados por lo general nunca los dejaba desatendidos, y partía. Algunas veces me retrasaba un poco, pero el Tata estaba abajo esperándome siempre, apoyado en la pared del edificio. Con su bastón hacía una mueca para que me apurara y caminábamos juntos hacia el restaurante, él apoyado en mi brazo. Nos íbamos al Due Torre o al Naturista. Comíamos de todo, él inteligentemente saboreaba la comida y después la botaba, yo no podía hacer lo mismo y llegaba a la oficina "repleto". Los almuerzos transcurrían tranquilos, pero nunca faltaba un llamado de atención del abuelo a un mozo, ya sea porque se demoraba o por el sabor o la temperatura de la comida, sin embargo las propinas eran generosas.

En ese momento era inevitable recordar que de pequeño también lo acompañaba a los mismos lugares, el menú era un jugo de zanahoria u otro vegetal acompañado de una hamburguesa de soya a lo pobre, después.

FAMILIA BITAR SAMÁN

Susana, Gabriela, Carlos Bitar, Susana Samán, Fernando y Carlos Andrés,
Venezuela Caracas, 2016

Carlos Bitar

Yo fui el último de los hijos. Según me enteré un día por mi madre, fui un consuelo por el fallecimiento de mi abuela materna, así que mi padre y mi madre me trataban como una especie de hijo y nieto al mismo tiempo.

Nunca podré olvidar sus cuentos sentado en el baño mientras él se daba tinas de agua caliente, cuando tenía frío, cuando no tenía, cuando tenía gripe y cuando no tenía. Le encantaban sus tinas y contar cuentos inventados de príncipes árabes en el desierto.

Todo lo que yo quería estaba disponible, incluido el cine para ver una película en el centro… recuerdo el Submarino Amarillo de Los Beatles, mientras el papá dormía en la butaca, los paseos por el centro, me llevaba por todos lados, hasta el café Haití mientras conversaba con sus amigos… vejestorios cincuentones o sesentones.

Nazmi me pedía que lo acompañara a todas sus compras. Le encantaba el Mercado Central. Todos los Sábados el mismo paseo. Congrio colorado, machas, erizos, frutas y aceitunas negras de Azapa (norte de Chile). Corrían atrás de él los niños con las bolsas… y yo también. El otro paseo era en busca de las empanadas del Roy Sar, por Antonio Varas; camino a Las Vertientes, adonde debía acompañarlo todos los domingos con la Yeny, mi hermana. Después la Yeny desapareció, sería cuando se fue a Lima… y me dejó solo en mis domingos en Las Vertientes.

Llegábamos allá y el programa era el mismo todas las semanas de verano: traje de baño, gorro, pañuelo colgando hacia afuera del bolsillo de la camisa; debajo de la higuera, solo o jugando *Tauli* con algún hermano o con el tío Antún. Lo más importante era la música árabe, dale sin parar… parecían largos lamentos.

Al papá le fascinaba la música, siempre estaba escuchando sus cantantes sirios, libaneses, egipcios. Oum Kalsoum, Farid El Atrach, Wadih Al Safi, y mi madre también disfrutaba de todo ello, sobre todo de su preferida, Feirouz. Ambos tenían una gran inclinación por la música. Hoy en día, uno los escucha y realmente eran excelentes intérpretes.

La comida y la música eran sus dos grandes fascinaciones. Mi madre no podía llevarle el ritmo de la comida, así que en los viajes siempre le aceptaba todo lo que él le daba… "coma, coma, coma", le decía. Ella, haciéndose la tonta, lo tiraba debajo de la mesa. Yo ya no me sentaba frente a ella porque una vez tiró una copa de vino y me mojó el zapato, pie y pantalón… ella se mataba de la risa.

Los bellos viajes que hicimos con ellos con Susana, mi esposa, a quien por cierto Nazmi le puso el anillo de compromiso, ¡no yo! Llegó Susana con su madre a Chile de visita, el papá en la mitad de la reunión en el living la llamó y le puso el anillo… yo no tenía idea. Tuvo excelente ojo el viejo.

Bueno, cuando íbamos de viaje, lo más importante que había que ver eran los restaurantes, lo demás no era muy interesante… "cómprese una postal", me decía, "ahí ve mejor todas las ruinas". Lo peor es que yo también lo prefería y lo pasaba de película.

Eran los dos súper agradables para viajar, nos regaloneaban, generosos y nos llevaban por todos lados… lógicamente cerca de restaurantes que él conocía. Le encantaba ir en buses dentro de la ciudad, así paseábamos y me mostraba sobre todo su cariño por París y su Siria querida con sus amigos.

Nunca se sentó en las mesas que le asignaban en los restaurantes, siempre prefería otra. Nunca se quedó en las habitaciones que le asignaba el hotel, sino en la que él había pedido. Se sabía los números de éstas de memoria.

Le gustaba mucho la historia, su fascinación era la historia árabe, leía constantemente la historia en sus libros del historiador Arnold Toynbee. Eran épocas en que leía todos los días, una y otra vez. Sufría enormemente con la situación en Medio Oriente.

Todos los años viajaba a Siria, vía Caracas y París. Mis hijos esperaban con ansias la llegada de los abuelos todos los años con regalos, de ida y sobre todo de vuelta porque traían cosas de Siria, quesos franceses, corbatas y juguetes de las calles parisinas. Llegó el momento en que mi madre ya no podía viajar con él, Nazmi tenía mucha energía, ella ya no podía llevarle el ritmo. Él siguió haciendo solo los mismos viajes hasta un día que enfermó llegando a Damasco. Ese mismo día partí a buscarlo. Susana me acompañó porque yo no podía entrar a Siria, me había escapado la última vez de la milicia. La entrada fue un lío a pesar de amigos del papá del partido Baath que nos fueron a buscar al aeropuerto. Fueron tres noches de angustia durmiendo en la silla de su cuarto para acompañarlo. Él no entendía qué pasaba y me echaba cuando despertaba. Finalmente pudimos con Susana llevarlo a Chile. Nazmi la quería mucho. En los viajes salía a veces a caminar con ella. Si yo hubiera estado solo en ese viaje cuando él se enfermó, no habría podido manejarlo. No permitía que su hijo chico le dijera adónde teníamos que ir. Susana lo calmaba.

Para mí, Nazmi era una persona cariñosa, generosa, tenaz y luchadora.

A mi madre Julia la recuerdo como una mujer dulce que ayudaba a todos los que podía. Vivía dando consejos a los demás para resolver sus problemas, los escuchaba a todos, hijos, familia, empleados. Siempre dando lo mejor de sí para mantener la armonía entre todo el mundo. Sufría cuando no había armonía… en cambio mi padre no sufría mucho… o no lo demostraba. La mamá recuerdo que se desgastaba, muchas veces me sentaba en la cama y me contaba triste algunos problemas. Sobre todo durante el largo tiempo que mi hermano Sergio estuvo preso. En esos meses mi padre corría de un abogado y de un contacto a otro tratando de ayudarlo. Los vi envejecer rápidamente a los dos durante esos meses.

Ellos me llevaban a todos lados, hasta a la peluquería del papá, la de la mamá y muchas veces tenía que ir con ella al cementerio. Siempre iba a ver a sus padres, y se encargaba de las flores, los arreglos, de pagarle a la señora de la limpieza, etc. Era un recorrido de muchos fines de semana… ahora me toca a mí ir a ver a Nazmi y Julia, repetir lo que ella me mostró de chico. Ir a verlos al mausoleo que Nazmi construyó para su familia, prácticamente a escondidas. Nunca me llevó a conocerlo hasta el día en que falleció mi madre.

A pesar de que recuerdo que en mi época no había problemas de dinero, recuerdo a mi mamá haciendo ropa y sus largas conversaciones por teléfono cobrando. En esa época el papá estaba largas temporadas en Lima. Recuerdo que para mí eran largas. No tengo noción de cuánto tiempo era. Pero era el hijito-nieto que regaloneaba a diario. Me sentaba a su lado para tomar mate algunas tardes. Ella hacía sus listas de lo que tenía que hacer… y cumplir. Nos dejó a todos marcados con esa obligación.

Siempre su preocupación era que la familia esté unida y que los hermanos se apoyen… bueno, esa enseñanza quedó insertada en todos nosotros.

Dios los tenga siempre en su memoria.

Susana Samán

A mi suegro querido le tuve y le tengo un lugar muy especial en mi corazón… sus huellas son muy grandes, muy difíciles de borrar. Un padre político muy generoso en todo sentido. Desde que nos conocimos hubo un grandísimo cariño y respeto, nunca jamás me acuerdo que haya habido alguna desavenencia, más bien todo lo contrario… a veces la tía Juliette me decía en complicidad: "anda tú y dile a Nazmi… (x)… que él no te va a decir que no". Tal cual, jamás me dijo "no"… sus palabras me suenan aún: "bueno mijita, lo que quiera". Eso, antes de la afasia. Después de eso, su consentimiento muchas veces se remitía a una sonrisa pícara.

En nuestro hogar de Caracas sus visitas nos llenaban de alegría... ¡Llegaban el Tata y la abuela Julia!... ¡Qué mejor plan para mis 4 hijos… empezaba la aventura!

La primera noche me esmeraba y los recibía con una súper cena, de ahí en adelante no tenía que preocuparme. Como todos saben, Nazmi quería probar todas las exquisiteces de los mejores restaurantes de Caracas, que por cierto eran muchísimos, y empezábamos con el tour gastronómico día tras día. Se quedaban una semana, tomaban vuelo para Siria vía París y luego de un mes, a su regreso, volvían llenos de regalos para los niños, ¡todos novedosos!... Para mí y Carlos, ¡lo máximo!... ¡los mejores quesos franceses!... Saborearlos juntos con un trago se convertía en un momento maravilloso. Por el mismo hecho de vivir separados, el disfrute se repotenciaba.

Tuve el gusto de viajar con mis suegros en varias oportunidades como todos sus hijos y algunos nietos, así que está de más explicarles la energía que desplegaba, la capacidad de comer que tenía y lo incansable que se veía. Por el hecho de ser yo su nuera menor, obviamente él ya había recorrido muchísimas veces lo que para mí era la primera vez ¡imagínense! Madrid, París, Roma y Siria… los conocía al dedillo... ¡y siempre nos llevó a todo! Él gozaba viendo gozar.

Cuando yo llegaba de visita a su casa de Santiago, apenas nos dábamos el primer abrazo, me hacía sacar de inmediato el whisky con las aceitunas y las almendras… ahí mismo me olvidaba del cansancio del viaje y hacíamos planes de lo que íbamos a comer al día siguiente. Por supuesto, eran las deliciosas "ostras" (borde negro de Chiloé)... y unas panzadas día tras día. Eso se repitió igual durante todas mis visitas a Santiago durante 32 años; fue mi mejor compañero de bebida y de comida en esa linda ciudad.

Se me vienen a la mente tantos otros recuerdos vividos con él. Todos lindos menos aquel terrible episodio que tuvimos que vivir Carlos y yo… la peor pesadilla que a uno le pueda pasar.

Tu padre te visita a Caracas, lo encuentras excelente, se despide por 3 semanas (viajaba solo a París y a Siria) y a los 7 días te llaman para decirte que él está en Damasco en el hospital militar por un (ACV) accidente cerebrovascular. La situación era muy delicada y teníamos que ir lo antes posible, de inmediato… pero como Carlos tenía un antecedente en Siria (esa es una historia larga… otro libro que escribir) y lo podían retener a su llegada, empezaron mis dudas y mis preguntas angustiantes… ¿y si al llegar a Damasco lo meten preso? ¿Cuál va a ser mi

destino con 4 niños chicos en Caracas y Carlos detenido? Dos años antes no lo agarraron gracias a mi suegro y a sus influencias, pero ahora él estaba imposibilitado… ¿y si empeoraba? ¿Si fallecía?... ¿y si pasaban ambas cosas?... ¡qué angustia!

Como lo vi a Carlos tan decidido, él viajaba a ver a su padre pase lo que pase, llamé a mi querida amiga y madre a Guayaquil. Llorando como María Magdalena, le avisé que tenía que acompañar a Carlos en ese viaje tortuoso. Gracias a ella pude viajar. Llegó a Caracas a quedarse con mis hijos al día siguiente de nuestra partida.

Partimos a Damasco vía Roma. Esos vuelos llenos de incertidumbre terminan siendo una pesadilla.

Llegamos a Damasco un domingo por la noche. Gracias a Sergio, mi cuñado, una comitiva de la embajada chilena y una de Siria nos recibieron al pie del avión… fue un alivio.

Nos condujeron a la clínica militar. Era de noche y, mientras caminábamos por los pasillos oscuros y llenos de militares con rifles (parecía película de terror), decía para mis adentros: "esto no puede ser real. No puede ser que mi suegro esté aquí metido... que un hombre tan pulcro que siempre ha estado en hoteles 5 estrellas esté metido aquí y enfermo ¡qué duro!....

Llegó el momento más temido: ¿en qué condiciones lo íbamos a encontrar?

Nos condujeron a un cuarto muy grande en donde habían muchas camillas, gracias a Dios todas vacías menos una, en la que reposaba mi suegro. Apenas nos vio se incorporó con la vitalidad de siempre, se sentó y nos abrazó muy fuerte. Lógicamente no entendía cómo habíamos llegado hasta allá. Empezó a hablar un idioma desconocido sin parar, no se le entendía nada, estaba muy desesperado, vestido… intuí que nos reclamaba que cómo estábamos ahí y habíamos dejado solos a nuestros hijos. Estoy 100% segura que esa era su preocupación principal porque se le escapó la palabra: "niños". Lo fuimos calmando, le repetí varias veces que mi mamá estaba con ellos y logró entender, por el ademán que hizo. Junto a él estaba cuidándolo su buen amigo Hisham, quien nunca se separó de él.

Al día siguiente, temprano, lo llevamos al hotel. No cesaban las visitas de amigos, la llegada de ramos de flores, dulces árabes y doctores que lo visitaban, quienes nunca aceptaron que se les pagara. Dijeron que era un honor atender a don Nazmi Bitar…. era evidente que no se trataba de cualquier persona, era alguien muy importante y querido para todos, era un personaje.

Así se notó en la despedida que le hicieron sus amigos el miércoles al almuerzo en un lindo club de Damasco. Carlos y yo no queríamos asistir con mi suegro, teníamos terror de que algo le pasara comiendo o bebiendo, pero su doctor de cabecera, de unos 45 años y con estudios en Alemania, dio su consentimiento.

Empezó a llegar un mundo de gente, juntaron mesas para que cupieran unas 40 personas. Carlos y yo nos sentamos al lado de mi suegro, y las palabras que le afloraron en ese instante, mirándonos fijamente fueron: "¡atienda bien!" Tan típico de él, preocupado siempre de que los

demás estén bien atendidos y se sientan agradados. Creía que él estaba invitando, pero quien invitó realmente fue su amigo Serre Haleby… él lloró muchísimo cuando se despidió del tío Nazmi, presentía que sería su último abrazo, y así fue porque, a pesar de ser bastante más joven que él, falleció mucho antes.

¡No se imaginan la cantidad de comida que sirvieron! En mi vida he visto ni veré algo igual. Lástima que no la disfruté por el susto que tenía al ver cuánto comía y bebía mi suegro. Ahí sí se comprobó el organismo "de lujo" (como él decía) que tenía, como su buen apetito que siempre lo acompañó.

Terminado el almuerzo, que duró como 3 horas, prueba del magnífico aguante físico que tenía, empezaron las despedidas ¡Qué triste! Cada amigo lo abrazaba, lo besaba y en árabe le habrán dado todas las bendiciones correspondientes. Todos se retiraban lentamente, compungidos. Fue muy largo y muy pero muy triste: todos sabían que era la última vez que lo veían, muchos creyeron que no viviría mucho tiempo (ahí se equivocaron) pero igual nunca más se vieron… mi suegro nunca pudo regresar ni viajar por prohibición médica.

La familia, súper preocupada, llamaba a cada momento. Sergio sugería que lo lleváramos a París para que le hicieran un buen chequeo. Lorenzo opinaba que fuera en los Estados Unidos, y mi querida suegra nos dijo que bajo su responsabilidad lo lleváramos a Santiago. Como el vuelo era muy largo, le pedimos a su doctor de cabecera que nos acompañara. A su pesar nos dijo que no podía salir del país por el tema del servicio militar, así que con un susto terrible partimos el jueves a Santiago con una parada de 10 horas en Roma. Debo de trasmitirles que gracias a mi fe y a mis rezos permanentes podía darle ánimos a Carlos. Es que ver a tu padre, ese hombre tan fuerte, en ese estado y tan lejos de la familia, no era nada fácil. Lo peor era pensar que en el avión podía pasar cualquier cosa…

Mi pobre suegro se quejaba de dolor de piernas, y de vez en cuando decía unas palabras sueltas en español. Preguntaba: "¿qué me pasó?... qué raro". Cuando Carlos le explicaba, él se encogía de hombros y decía: "no entiendo".

Les contaré algunas anécdotas que pasaron en Roma.

Como tuvimos que ir a un hotel por 10 horas, se consiguió algo bueno cerca del que siempre llegaba, pero obviamente no tan caro… ¿qué creen que pasó?... empezó a poner caras, entendía que estábamos en Roma, pero ¿por qué no llegaba al hotel 5 estrellas de siempre? Mi suegro movía su cabeza como diciendo… "éste no es". Quiso salir a caminar, a lo lejos divisó su hotel y empezó a acelerar la marcha. A Carlos y a mí nos dio ataque de risa cuando se paró enfrente y le salió del alma:" ¡éste es!" Ahí sí que nos volvió el alma al cuerpo al ver que no estaba perdido, y empezó a hablar rapidísimo en su misterioso idioma, pero entendimos que tenía hambre y estaba buscando un restaurant cerca. Decía que se lo conocía de memoria ¡y a las 2 cuadras lo encontró! ¡Qué olfato el del viejo sapo! Por supuesto era de mariscos. Se sentó, tomó la carta y el mesonero empezó a recitarle todo en italiano. Mi suegro me miró y me dijo: "tu país"… y yo le dije emocionada: "¡langostinos!"... Y sí, ¡eso mismo quería!

No saben la emoción que sentíamos cada vez que una palabra en español salía de su boca. Afuera del restaurant tomamos un taxi para volver al hotel, pero el tío Nazmi quería ir a algún lugar. Se desesperaba tratando de que le entendiéramos, hasta que por ahí le salió la palabra: "Cristo". Entonces lo miré y le dije: "Vaticano", y él respondió "¡Eso!" Le dimos una vuelta por fuera y estuvo muy contento.

Llegamos al aeropuerto a las 8 pm, el vuelo a Santiago salía a las 10 pm. A las 9:30 nos dicen que saldrá a las 11:30, y a esa hora anulan el vuelo. Nueva hora de salida, a las 7:00 am ¡Qué barbaridad! Y no sólo eso sino que en Roma cerraban el aeropuerto a esa hora, todo el mundo se iba y ni siquiera nos dieron una silla de ruedas para poderlo sacar en ella. Estábamos a una distancia considerable de la salida. Le digo a Carlos que espere y caminé a buscar una silla ¡qué soledad!... y qué angustia, imagínense el cansancio de mi suegro. Nuevamente empecé a rezar y fue automático: como a 30 metros, en esa inmensidad vacía, lo único que había era una silla de ruedas. Y, bueno, tomamos un taxi que nos llevaba a un hotel cerca del aeropuerto cuando a Nazmi le salieron del alma otras palabras: "¡caballero… a dónde va!"

... ¡Qué viejo más pilas!... ¡así era mi suegro!

Bueno, el resto ya lo saben. Gracias a Dios él estuvo tranquilo durante todo el vuelo y llegamos finalmente a su casa de Santiago.

Cuando vio a mi suegra ya no pudo llamarla por su nombre. Jamás me olvidaré de ese encuentro tan deseado pero con tanta pena. Estaban Sergio, Lorenzo y Kenny (no me recuerdo si Yeny). Nazmi había sobrevivido a la prueba más dura de resistencia. Estoy segura de que lo logró no sólo por su fortaleza física con que Dios lo dotó…. ¡sino por ese amor inmenso a los suyos!

Nazmi Bitar nos demostró su carácter de vencedor... tenía que volver desde la tierra de sus orígenes a aquella tierra lejana, en la que con su querida Juliette habían sembrado durante años un frondoso y robusto árbol, de firmes raíces… con cuatro grandes ramas de las cuales habían florecido y madurado sus frutos y los frutos de éstos.

Siempre recordare a la tía Juliette, mi suegra querida, amiga y consejera; como una mujer con una fortaleza de espíritu inigualable. SU FILOSOFÍA de vida fue siempre resolver los problemas y mirarlos como si no lo fueran.

A mí me impresionaba, cada vez que le contaba alguna dificultad ella me daba la solución y eso era lo preciso que necesitaba para seguir adelante y sentirme tranquila; ¡de un criterio excepcional! y su gran Don: transmitir PAZ.

La unión de la familia fue siempre prioridad y nada mejor para ella que reunirnos en su hogar con ese calor humano que la caracterizaba y su extrema generosidad al brindarnos sus exquisiteces gastronómicas con sus abundantes platos árabes. Esos momentos fueron para ella uno de sus disfrutes más grandes. Gozaba viendo cómo todos saboreábamos y nos deleitábamos, especialmente cuando sus nietos repetían y repetían una y otra vez.

Esa costumbre debería de pasar de generación en generación, aunque no seamos tan buenas en la cocina

como ella, pero la intención siempre será la misma: … mantener unida a la familia.

Aunque vivíamos en países separados, no fue impedimento para tener una relación muy linda y cercana. Tengo que agradecerle varias cosas:

– me enseñó el mejor truco para acabar rápido con las discusiones maritales: Mijita, cuando discutan (me decía) quédate callada, ¡MUDA! y deja que tu marido hable y hable hasta que se canse, ¡santo remedio!… aunque su hijo Carlitos, cada vez que le hago eso se pone molesto, yo me lavo las manos diciéndole "Consejos de tu mamá".

– Le agradezco tanto por haber acogido en su hogar durante nueve años a mi hijo mayor Carlos Andrés. Esa etapa fue larga para mí, pero me ayudó mucho el ver cómo mi suegra, con su amor de abuela, pudo equilibrar el vacío familiar que se sentía.

Y le agradezco a Dios por haber tenido la suerte de haberme mandado unos suegros tan maravillosos.

Nazmi y Julia siempre viven en mis recuerdos y oraciones diarias.

Gracias suegritos por haberme querido y hacerme sentir como a una hija.

Carlos Andrés, su esposa María Corina, Carlos Santiago y Nicole, Venezuela 2018

Carlos Andrés Bitar

Al abuelo lo recuerdo en mi infancia como una figura que se vestía bien y llegaba con regalos desde Francia para mí y Gabriela (mi hermana) luego de haber visitado a mis otros tíos y primos en Lima; como una persona de contextura un tanto curiosa ya que, a pesar de que era de tipo normal, tenía una prominente barriga.

Siempre escuchaba todos los destinos por los que había pasado antes de llegar, Damasco, Homs, París, Lima, Santiago y otros sitios que a esa edad todavía no entendía dónde ubicarlos en un mapa.

Recuerdo que las veces que visitábamos a mis abuelos en Santiago, yo dormía junto a él en una cama contigua. Para que me quedara dormido, ocasionalmente me contaba historias de caballos negros cruzando por el desierto.

En la mañana, al levantarse, hacía ejercicio en una máquina de remos que estaba dentro de la habitación. Tras sólo 10 repeticiones me decía "¡Listo, con esto uno se pone uno como un toro!", cosa que me producía risa ya que nunca lo vi haciendo ejercicio que yo recuerde. Después en el baño me enseñaba cómo afeitarme mientras lo veía sentado desde el borde de la tina.

Luego hacíamos paseos por todo Santiago, al Mercado Central, el paseo Ahumada, el cerro San Cristóbal, la Plaza de Armas. En otros momentos salíamos a Viña o visitábamos la casa en el Cajón del Maipo.

No me olvido de su permanente generosidad. Perdí la cuenta de las veces que nos regaló cosas o nos dio dinero aquí (en Venezuela) o en Chile, lo cual contribuyó mucho a mis ahorros en esos años.

Estos son brevemente, los recuerdos de niño y adolescente que tengo de él.

Algo que siempre me interesó era cómo había logrado tener éxito en este continente, ¿Cómo alguien que había venido desde un país lejano con un idioma y cultura distintos al nuestro logró surgir?

Quizás una de sus primeras lecciones es la de ser nómada, tener inquietud de buscar en otros lados un mejor futuro, moverse y conocer qué hay en distintos sitios, ser una persona globalizada.

Tal vez, como práctica de esta lección indirecta, es que en el año 96, luego de graduarme del colegio en Venezuela y posteriormente estudiar inglés en los EE.UU., llegué a Santiago para comenzar mi carrera como Ingeniero Comercial.

En un principio, habíamos planificado con mi familia que viviría por un par de años con mis abuelos mientras ellos arreglaran la mudanza desde Venezuela. Pero, por otras prioridades que se dieron en el camino, mi familia se quedó en Caracas y yo –habiendo ya comenzado la carrera– decidí quedarme a finalizarla, lo cual traería como consecuencia una convivencia de diez años con mis abuelos, sus últimos diez.

Al llegar me asignaron una habitación en el nuevo apartamento que habían adquirido en la calle Isidora Goyenechea. Como era de esperar, ambos estaban felices, sobre todo mi abuela Julia, quien asumió el rol de

cuidarme con amor desmedido, a tal punto que entraba 3 veces al día a recoger la ropa sucia o utilizaba cualquier excusa que sirviera el propósito de conversar conmigo.

El día a día transcurría sin mayores sobresaltos, la verdad es que vivir con ellos fue una continuación de mi forma de vida. Pienso que quizás por esa forma paisana en la que me crié en mi casa es que sentía que estaba en casa lejos de casa, pero ahora con todos los beneficios que la alcahuetería de los abuelos puede otorgar.

Al poco tiempo, me quedó claro que mi abuela era una parte fundamental para mi abuelo. Tanto de forma emocional como en las cosas del día a día, siempre estaba pendiente de los quehaceres de la casa, la comida que a mi abuelo le gustaba, la organización del personal, mantener el carro de mi abuelo, su chofer, y ahora yo, que pasaba a estar bajo su tutela y así una larga lista de etcéteras.

Hay que recordar que la abuela llevaba dos casas a la vez –la nuestra y la de Las Vertientes– y de paso sumarle los roles de esposa, madre y abuela.

Guardo de ella una gran cantidad de lindos recuerdos, sobre todo su gran sabiduría y consejos, los cuales forman parte de mi vida.

Sin embargo, un asunto que hacía algo difícil la convivencia era entender a mi abuelo debido a su afasia. Era obvio que él se daba cuenta de que había un proceso donde él pensaba algo que al decirlo salía distinto. A veces nos veía con cara de extrañados y, como era lógico, se frustraba. No obstante, era notable que a pesar de su enfermedad se hacía entender de una manera u otra. He aquí algunos ejemplos.

En la mesa era común escuchar "páseme la blanca" refiriéndose a la sal, una servilleta o el agua, otras veces simplemente perdía la paciencia y nos gritaba lo que necesitaba. Las veces que le costaba decir los números, mostraba una perfecta capacidad matemática. Si no podía precisar una cifra –como 14.000– al segundo o tercer intento salía con frases como "dos veces 5.000 y súmele 4.000". En algunas ocasiones las operaciones implicaban divisiones y mayor complejidad numérica para dar con la cifra, era como una pequeña prueba relámpago.

En otras oportunidades utilizaba sinónimos un tanto chistosos. Recuerdo claramente cuando le decía a mi primo Rodrigo que "inflara" a la esposa para referirse a que ya era hora que tuvieran hijos.

Siempre me sorprendió que a sus 86, inclusive con más edad, comprendía lo que pasaba, leía el diario en español y en árabe, veía las noticias, ubicaba a todas las personas en el noticiero, me comentaba sobre quién era tal persona y lo que había hecho. Recuerdo que a veces se entristecía cuando veíamos las noticias sobre los conflictos en Palestina. "Cuando yo estaba allá vivíamos los tres juntos, cristianos, judíos y musulmanes, nadie se peleaba", solía comentarme.

Algunas veces le preguntaba a mi abuela si le entendía mejor lo que decía en árabe y ella me comentaba que hablaba tan mal como en español. Sin embargo, algunos días hablaba perfecto ambos idiomas, nunca supimos por qué tenía estos días de lucidez lingüística, sin duda no

fue labor de la fonoaudióloga que lo trató al principio de su enfermedad ya que con su corto temperamento el intento duró pocos meses.

Sobre su afasia recuerdo que me dio una gran sorpresa en el año 2003 cuando regresé de Francia. Nos encontrábamos en un taxi de regreso a casa. Al pasar frente a la embajada francesa le dije "C'est l'ambassade française" y me contestó "Oui".

Bueno, lo que ocurrió de allí en adelante fue algo extraño, me fui hablando en francés con él hasta la casa. No sólo se acordaba del español y el árabe, ese día comprobé que su francés seguía intacto. Cuando le pregunté por qué no lo hablaba más me contestó que ya no podía viajar a París a ver a sus amigos y que aquí (en Chile) no tenía a nadie con quien hablarlo.

Los recuerdos que conservo de mi vida durante esta estadía se desarrollan principalmente en la mesa, almuerzos y cenas era el punto común de los tres. Sentados alrededor de un pequeño escritorio en vez de usar el comedor principal, frente a la TV con el fin de ver las noticias de la tarde y luego de la noche.

No olvido que cuando me ponía a conversar con mi abuela, mi abuelo subía tanto el volumen que era imposible seguir conversando. Conforme pasaron los años y disminuía su audición la tele se mantenía a un volumen tal que no podíamos hacer más nada que ver las noticias. Esto habrá durado casi un año.

Ante este panorama, se me ocurrió usar el control remoto del cuarto de mi abuela que funcionaba con ambos televisores. Una vez en la cena, ya armado con un segundo control remoto, la estrategia funcionó y cumplió dos objetivos: el primero era claramente bajar un poco el volumen para poder mantener una conversación y el segundo y más importante, era para que mi abuelo no se diera cuenta.

Este fue un pequeño secreto entre mi abuela y yo, a veces nos matábamos de la risa cuando el abuelo no entendía por qué la tele se había dañado inexplicablemente.

Otra cosa que hacía era cambiar de noticiero apenas pasaba a comerciales. Recuerdo que dada la repetición de las notas en cada edición, veíamos la misma reseña en tres versiones distintas. La verdad es que era como tener un grabador digital, sólo que éste funcionaba de manera analógica. En todo caso tenía razón, ¿para qué perder el tiempo viendo comerciales?

Pienso que esta búsqueda rápida de canales obedecía también a encontrar noticias sobre mi tío Sergio. Las veces que aparecía en televisión, el volumen se iba al máximo y el silencio era sepulcral. Ambos se sentían tan orgullosos cuando esto ocurría. "El Ministro", gritaba él. La abuela guardaba un gran libro con todos los recortes del diario que podía encontrar.

Sin duda, otra parte que daba movimiento a la casa eran las comidas familiares organizadas por mi abuela. Todas las actividades giraban en torno a encontrar los mejores zapallos, berenjenas, hojas de parra, alcachofas, carne para el *kubbe*, vinos, dulces de las tías abuelas Zoraida y Violette... No había una razón específica para estas reuniones, sólo se organizaban a voluntad de mi

abuela y el resto de la familia acudía. A veces el motivo era la llegada de alguien a Santiago lo cual ameritaba, como siempre, un festín de comida árabe.

A veces no se podía coordinar que llegara toda la familia, por lo que se procedía a realizar varias comidas familiares en fines de semana seguidos. Al principio, mi abuela me avisaba de estas reuniones y luego se le empezó a olvidar, lo cual repercutió en mis fines de semana, ya que generalmente, luego de una noche de fiesta con mis amigos, algún familiar me hacía el favor de despertarme. A veces llegaba tan tarde que tenían que insistir varias veces para que los gritos y golpes surtieran efecto.

Conforme se repitió esta situación ella sintió que estaba un poco molesto. Recuerdo que me sentó y me comentó lo cansador que era para ella hacer estas comidas, pero que la razón principal era para que la familia estuviera unida, para que los primos y los tíos se vieran en la casa de la abuela. "Cuando yo no esté, prométeme que vas a hacer comidas tú, invita a toda la familia, nunca permitas que esté separada", fue una de las lecciones más importantes que me impartió.

Mi abuelo se ponía feliz cuando llegaba toda la familia a las comidas, saber que todo el mundo venía para compartir en la mesa era una de las cosas que más disfrutaba. Una de sus características era la de dar la comida al resto, "Coma, coma", decía mientras repartía platos a todos, sobre todo a la persona que se sentaba a su derecha ya que ese día estaba asegurado que comería doble. Luego de algún tiempo empezamos a apodar este puesto el "hot seat", dejando a la suerte quién ocuparía el puesto de honor.

Esta costumbre de repartir la comida la aplicaba a diario. En ese sentido, me sorprendían las discusiones que teníamos las veces que sobraba algo en la mesa y me decía que me lo comiera yo o mi abuela. Ante mi negativa, él insistía varias veces que no lo comería y que se iba a perder. Finalmente, cuando se convencía que realmente no lo quería nadie, se lo comía el, lo cual pienso era su intención inicial.

En las ocasiones que nos aventurábamos a acompañarlo a algún restaurant, siempre salíamos con alguna anécdota. Lo conocían los dueños y parte del personal que todavía trabajaba en estos sitios. En el restaurant Pinpilinpausha recuerdo que todos lo saludaban, le daban la mejor mesa y luego insistía en que vinieran determinadas personas a atenderlo aunque estuvieran cubriendo otras zonas del restaurant.

Las veces que fui con mis primos al Danubio Azul realmente la gozábamos. A pesar de ser tres o cuatro el pedido era como para ocho personas, era un real festín de comida oriental.

También era común que detuviera a los mesoneros si veía pasar un plato exótico o que parecía mejor de lo que había ordenado, preguntaba de qué se trataba y lo ordenaba a pesar de ya haber pedido todo. Realmente gozaba comiendo y alentando a que todos participaran del proceso.

Siempre que me iba de vacaciones en verano a Venezuela la partida era trágica. Mi abuela se despedía sin más, pero mi abuelo siempre me decía que ya no lo iba a ver, que se iba a morir y que se despedía de mí.

Obviamente me reía y le decía que nos veríamos en unos meses más. Con este plan vacacional fatalista viví 10 años y eso que me estoy olvidando de las despedidas de vacaciones de invierno.

A mi vuelta el abuelo esperaba ansioso las noticias de Venezuela, preguntaba por todos, cómo le estaba yendo a mi papá en los negocios "¿Pero tiene plata?, ¿está seguro? Si no, mándele algo". También se acordaba de mi madre y mis hermanos.

Con el paso del tiempo el abuelo se iba formando una imagen mental de cómo podrían estar mis hermanos a medida que crecían y pasaban del colegio a la universidad. Siempre le mostraba fotos y las dejábamos enmarcadas en los estantes del estudio al lado del escritorio, cosa que mi abuela hacía con todas las fotos del resto de la familia hasta el punto que ya no había donde poner más marcos. Luego ella sacaba las más antiguas para dar paso a las más recientes.

Luego de su ACV, el abuelo no podía viajar en avión debido al potencial riesgo para su salud, sin embargo siempre conservó el espíritu viajero dentro del Chile, haciendo viajes cortos a Viña, su casa en Las Vertientes o la oficina en Av. Huérfanos. En sus últimos años paseaba por la plaza Perú o se quedaba sentado en un sofá de la planta baja del edificio mirando hacia la esquina de I. Goyenechea y Carmencita cómo pasaba la gente. A veces comentaba que toda la gente le era extraña y que no conocía a nadie.

Cuando había la feria de antigüedades en la plaza lo acompañaba a dar una vuelta o bien íbamos con mi abuela. Me encantaba porque ambos recordaban las cosas que usaban de jóvenes, me explicaban para qué servía tal o cual artilugio, dictando cátedra sobre su tecnología siendo conscientes de estar cada vez más distanciados de la mía.

Recuerdo las conversaciones que tenía con mi abuela respecto a este tema y me comentaba que no entendía nada de las computadoras ni de internet, menos de explicarle lo que era un IPod. En todo caso, yo siempre le recordaba que los avances más importantes los vivieron ellos: la creación del automóvil, teléfonos, la TV, vuelos comerciales, etc. y que yo sólo estaba disfrutando de la evolución de estas creaciones.

Es de esos viajes cortos que hacía mi abuelo dentro de Chile donde saco dos anécdotas que me dieron un vistazo a parte de su personalidad.

La primera de ellas ocurrió cuando estábamos visitando la oficina de Huérfanos. Mientras esperábamos el ascensor para subir, empezó a golpear la puerta con su bastón y a maldecir en árabe, logrando con esto que las personas que esperaban junto a nosotros se fueran retirando de a poco y, como última consecuencia, esperaran el próximo ascensor. Una vez dentro (los dos solos) empezó a reírse. Cuando pregunté qué pasaba me comentó en medio de risas "La gente cree que porque estoy viejo soy tonto, por eso le pego con el bastón: para que todos se vayan y así tener el aparato para mí solo". Ambos llegamos arriba riéndonos.

La segunda historia se desarrolla en Viña, era verano y estábamos paseando por la Av. Perú. Mientras él estaba sentado en un banco yo caminaba por los puestos de artesanías. De lejos veía cómo un niño pasaba varias

veces en bicicleta cerca de él, lo cual imagino lo habrá molestado. Para contrarrestar, procedió a batir su bastón cerca del chico cuando hacía sus pasadas cerca del banco. La escena continuó hasta que logró meter el bastón en los rayos de la rueda delantera, haciendo que el niño por poco se caiga. Afortunadamente no pasó a mayores ya que el chico pudo medio esquivar la arremetida a tiempo.

Al ver el show a la distancia decidí acercarme y, al sentarme, lo primero que me dijo fue "Este cabro jetón me tiene mareado, dígale que se vaya a otro sitio", a lo cual le respondí que poco podía hacer al respecto.

Unos minutos después se apareció el padre del niño, increpándolo que si estaba loco, que cómo se le ocurría pegarle a su hijo para que se tropezara. Me excusé por él diciendo que era un señor de edad y que estaba ya tonto y no sabía lo que hacía. El abuelo, por su lado, puso cara de no saber lo que ocurría. Apenas se retiró el personaje, mi abuelo se voltea y me dice "¡Por poco, carajo!" y se echó a reír.

Estos son los recuerdos más importantes que conservo de los abuelos, sin duda hay muchos más pero creo que esto refleja en gran parte el cotidiano vivir con ellos, con alguna que otra anécdota que merece la pena mencionar.

En noviembre de 2005 me encontraba en Guayaquil – Ecuador. Recuerdo que estaba en un centro comercial cuando recibí la llamada de mi tío Tony (hermano de mi madre) dándome la noticia de que mi abuela había fallecido.

Es curioso cómo uno reacciona ante estas noticias, hay un lapso breve en el cual uno trata de reconfigurar su vida en base a esta información. Para mí, antes de pensar qué sería de mi vida sin mi abuela pensé qué sería de mi abuelo.

Recuerdo que meses antes de fallecer, mi abuela organizaba frenéticamente sus cosas, me encargó entregar a mis hermanas y madre parte de sus joyas, revisaba las cuentas, veía el documento de arrendamiento de la casa de El Bosque, firmaba cheques, hacía los últimos ajustes en el condominio del edificio para entregar el mando, realmente una actividad sin cesar en la que algunas veces paraba y me decía "Lo único que no quiero es quedarme tonta, imagínate si después tienes dos abuelos que no puedas entender, sería el acabose". Era como si se hubiera enfrascado en una carrera contra reloj.

Era autoconsciente de su precaria condición cardíaca y el miedo que le influía no era el de la muerte sino el hecho de tener una enfermedad que la incapacitara mentalmente. Es realmente sorprendente que a pesar de todas las pastillas que tomaba siguió con ánimo hasta que terminó de organizar sus cosas. Sin embargo, yo sentía que a medida que avanzaba en su tarea perdía poco a poco el empuje.

Esto se me hizo más evidente una tarde en la que me llamó y, estando sentado al lado de su cama, me comentó que ya no sabía dónde estaba, que no estaba segura de si era en una clínica o en su casa. Me encargó que pusiera en orden cualquier tipo de asunto que ella no pudiera atender y que por favor le dijera a la visita que esperara afuera. Me sorprendí al enterarme que se refería a personas que nunca había escuchado en mi vida, sólo alcancé a reconocer que hablaba de su hermana y sus padres.

Luego de un rápido viaje de Guayaquil a Santiago, lo que aconteció en los días siguientes no lo recuerdo con claridad. En medio del ajetreo que se genera para ocasiones como la misa y el entierro de mi abuela, me senté en la iglesia Ortodoxa que está en Providencia con los Leones observando una de las costumbres de ella, la de juntar las dos ramas del cristianismo (romana y ortodoxa). Recuerdo ver al obispo ortodoxo Abad y al Padre católico de la iglesia del Golf celebrando la misa en conjunto. En todo este tiempo mi abuelo estaba apacible (eso recuerdo) no decía nada, su expresión era de tranquilidad. Esta expresión la mantuvo hasta que llegamos a la casa.

Ya en la casa, luego que volvimos a la "normalidad" me quedé con él viendo las noticias en su cuarto tomándolo de la mano. Nunca me voy a olvidar cuando me dijo: "Pucha, negro, nos quedamos solos", y se largó a llorar. Era la primera vez que lo veía así. Debemos habernos quedado un largo rato en silencio recordándola. Sentí que la casa era más grande, más confusa.

Creo que el abuelo nunca pensó que ella se iba a ir antes que él. Imagino que habrá apostado más a la diferencia de edad entre ambos que a la disparidad en sus condiciones de salud. Realmente el viejo estaba hecho de otro material, vivió casi 100 años y siempre gozó de buena salud. Imagino que sencillamente era cuestión de selección natural al no existir los avances en medicina que poseemos hoy. Varios habrán quedado en el camino, como de hecho lo hicieron algunos de sus hermanos y de seguro varios amigos, de cuyas historias nunca nos enteraremos en detalle.

Recuerdo que el abuelo me contaba que en Siria los chicos se burlaban de él porque tenía un nombre turco en vez de árabe: "¡Nazmi, Nazmi!, me decían y se reían, pero para callarlos les decía que era el más fuerte de todos; me tiraba de guata a las piedras y me paraba sin un golpe ni rasguño y todos se quedaban con la boca abierta", era uno de sus tantos cuentos.

Para muestra de su fortaleza una última anécdota, en 2003 cuando a Julia la hospitalizan luego de sufrir un paro cardíaco. Una de las instrucciones médicas fue ponerle un marcapasos. El abuelo finalmente accede a ir a la clínica a visitar a mi abuela ya que de lo contrario hubiera sido extremadamente difícil llevarlo por voluntad propia (ya que aborrecía a los médicos), por lo que se aprovechó la oportunidad para que le revisaran su marcapasos. Él ya se había quejado desde hace casi un año que sufría de ciertos mareos. Nada grave, la verdad, si se toma en consideración sus 93 años en ese momento, por lo que no se le dio mayor importancia al asunto.

Sin embargo, al revisarlo la sorpresa que nos dio fue cuando en la clínica nos dicen que la causa del mareo era porque al marcapasos se le había agotado la pila desde hacía 5 o 6 años…

Obviamente hubo que hacerle una pequeña intervención para reemplazarla. Por unos días estuvieron ambos internos en el mismo lugar. Ojalá estos genes se hayan transmitido, por ahora tendremos que esperar y ver.

Conforme pasó el tiempo, como toda persona, la edad empezó a pasarle factura a Nazmi: físicamente se movía menos y tenía menos ánimo para salir de la casa, sobre

todo luego de la muerte de mi abuela. Sus paseos se limitaban a la plaza Perú o a veces a mirar gente desde el balcón de la casa.

Uno de los momentos más duros fue cuando me tocó despedirme de él cuando me mudé a España a hacer mi postgrado en el IE University. Esto fue a finales de 2005, me sentí bien mal… era como si lo estuviera abandonando luego de tantos años, pero tenía que seguir, mis clases comenzaban en enero.

Sentí realmente que su profecía vacacional se iba a cumplir y que iba a morir mientras estuviera fuera, era la primera vez que salía por tanto tiempo. Pero, a pesar de la tristeza de ambos, comprendió que tenía que partir.

Felizmente pude volver para verlo una última vez. Falleció un par semanas después de que lo visité.

Hasta sus últimos días, siempre mantuvo su elegancia. Ahora que hago memoria fueron pocas las corbatas que compré estando en Chile ya que tenía una amplia selección de las mejores a una habitación de distancia… las camisas, los pañuelos, calcetines, colonias, creo que para todos los hombres de la familia el pasearse por el clóset del abuelo era razón de alegría, era como un pequeño centro comercial.

De ambos me llevo lindos recuerdos pero por sobre todo, la practicidad y sentido común de mi abuela y lecciones de tenacidad, inteligencia, vivacidad, ambición, ímpetu y simpatía que imprimió Nazmi en mi persona.

Gabriela Bitar, (en brazos) Karim, Jesús Alejandro, Verónica, Jesús Salvador, y Gabriel, Venezuela 2017

Gabriela Bitar

El Tata en Caracas

Por lo menos una vez al año el Tata pasaba por Caracas; era parada obligada cuando se iba a Europa o a Siria. Se quedaba en un hotel que no era el más lujoso pero contaba con todo lo que él necesitaba, se quedaba ahí porque ese hotel es parte de unos de los mejores centros comerciales de Caracas en su época. Le encantaba montarse en el ascensor, llegar donde estaban las tiendas y pasear.

Recuerdo que cuando lo íbamos a buscar a su suite y él no estaba listo, yo me sentaba en la cama mientras él se vestía, siempre súper elegante y perfumado... se colocaba unos suspensores de medias que me daban mucha risa, pero le permitían estar de punta en blanco.

Cuando estaba listo bajábamos a una pastelería que hasta el día de hoy es una de las mejores, la Mozart, y comprábamos dulces; como buena nieta de Nazmi me encantaba el plan de comprar dulces, ir agarrada de su mano y ayudarle a escoger lo que comeríamos… para mí eso siempre era emocionante. Las cantidades que compraba eran absurdas pero yo estaba feliz porque podía escoger de todo un poco.

Lo mejor de las visitas de mi Tata era cuando llegaba con mi abuela Julia. Ella siempre viajaba con un neceser gigante que al abrirlo tenía muchísimos compartimentos y en cada uno tenía cosas maravillosas: maquillaje, perfumes miniaturas, aretes de perlas, pulseras, collares… a mi Tata le encantaba comprarle cosas a mi abuela. Ella se sentaba conmigo cuando abría el neceser y tenía la paciencia de mostrarme todo. Tuve la suerte de heredar por lo menos dos de esos neceseres porque me los dejaba antes de regresarse a Santiago (al año siguiente regresaría con uno más bonito). Yo los usaba como caja fuerte porque tenían una llavecita para cerrarlos.

El tener a los abuelos acá en Caracas era lo máximo. Cuando regresaba del colegio sabía que mi abuela iba a estar esperándonos en la casa para almorzar juntos. Luego del almuerzo se sentaba en la terraza o a ver televisión para tejer. La imagen de ella tejiendo es la que se me viene a la cabeza cada vez que la recuerdo y cada vez que veo a alguien tejiendo me acuerdo mucho de ella. Yo no entendía cómo ella con dos palillos podía darle forma a los hilos, así que me propuse aprender. Le pedí a mi mamá que me comprara mis palillos y una lana, era color amarillo si no me equivoco. Mi abuela empezó a enseñarme, así que durante su estadía lo único que yo hacía era sentarme al lado de ella a tejer.

Recuerdo que me salieron ampollas y me dolían mucho los dedos, pero después me acostumbré. Lo único que tejí fueron trozos pequeños con uno o dos tipos de puntos que ella me había enseñado. Sólo dure un par de meses. Hay que tener mucha habilidad y paciencia y a ella le sobraban. Estoy segura que todos los miembros de la familia alguna vez han usado alguna prenda tejida por ella. Pensaba en todos nosotros, tanto así que –antes de fallecer– dejó guardada ropita de bebé recién tejida para los bisnietos venideros. Mis dos hijos, Jesús Alejandro y Gabriel, han tenido la dicha de usar ropita tejida por ella.

La capacidad de mi abuela de saber y seguir de cerca las necesidades de todos en la familia, fuera cual fuera

la situación, era admirable (somos muchos). Trataba de ayudar de la mejor manera posible; ya sea hablando con alguien para ayudarte, haciendo reuniones familiares (su especialidad), haciendo ella misma las cosas o dando consejos, que a mi parecer era una de sus grandes cualidades. Sus consejos siempre eran muy bien escuchados… para mí su voz era siempre sabia, hablaba con mucha calma, pausado, y sus palabras sonaban a experiencia. Todo lo que ella decía tenía un aire de verdad absoluta. Extraño sus palabras.

Retomando los días de mis abuelos en Caracas, en la noche llegaba mi papá del trabajo con mi Tata, y mis papás y mis abuelos se sentaban en la terraza a tomarse un traguito y a conversar por ratos largos. Cuando se regresaban a Santiago pasaban por lo menos unos tres días para acostumbrarme a su ausencia.

Fernando Bitar y María Gabriela Anchieta,
Venezuela 2017

Fernando Bitar

Como lamentablemente vivíamos lejos de nuestros abuelos, mis recuerdos pueden ser muy puntuales pero con mucho cariño y nostalgia. Por vivir en dos lugares bastante alejados, nuestros encuentros eran cada 2 o 3 años cuando niño. Cuando más grande creo que el tiempo era un poco mayor.

Recuerdo que cuando tenía unos 10 años (o menos), mis abuelos al viajar a Europa hacían escala en Venezuela y nos visitaban por unos pocos días. En una ocasión llegaron a Caracas en la ida a su destino y regresaron luego de unas 2-3 semanas. Me parecían visitas sorpresa porque no esperaba verlos tan pronto. Además llegaban llenos de juguetes para todos.

En esas visitas se quedaban en el Hotel CCCT. Tenían una habitación grande y en una pequeña sala jugábamos con la abuela con unos naipes rojos de Disney de Susy. Tenían la particularidad que eran bastante grandes, como del tamaño de media hoja. Mi abuela nos decía que así le gustaba jugar porque tenían los número gigantes y, ella, al estar "vieja" veía mejor para no perder (igual nos dejaba ganar). Siempre que veía ese juego de cartas en la casa me acordaba de ella y de lo bien que la pasaba jugando.

Ya cuando tenía unos 15-16 años hicimos un viaje familiar a Miami solo con mi abuela, ahí me empezó a decir "zancudo" (con mucho cariño. Se reía cuando me llamaba). La razón es porque tenía las "patas largas" como un mosquito. En ese viaje estábamos de regreso de comer y mi papá manejaba una Grand Caravan, entonces cabíamos toda la familia (éramos en total 7). Estábamos jugando un juego de palabras y la abuela se reía a carcajadas cuando alguien se equivocaba (inclusive ella) en el juego. La risa era tal que se balanceaba hacia atrás y hacia delante. Tanto se movió que un policía mandó a orillar a mi papá, éste se bajó con una linterna para ver dentro del carro y percatar que todo estuviera bien porque había visto mucho movimiento dentro del carro. Después de eso se nos cortó la nota del juego y se acabó (por suerte estábamos cerca de la casa).

En la Semana Santa, cuando iba para Santiago, mi papá me llevaba con él. El vuelo llegaba en la madrugaba y mi Tata se levantaba a recibirnos con su pijama. A esa hora se ponía muy feliz de vernos a mi papá y a mí. Se sentía la alegría que tenía durante toda esa semana. Muchas veces lo acompañaba a ver "El Chavo del 8" mientras la abuela hacía cosas de la casa. Cuando llegaban los días antes de irnos se ponía triste. Al pasar por su cuarto me llamaba "cabro" para que entrara, entonces me bromeaba que no me fuera de Chile y que me quedase viviendo allí con él, ya que además le podría pedir todo lo que yo quisiera para quedarme. Después me agarraba la cara para darme sus besos. Algunas veces mi papá no le decía que yo iba y llegaba de sorpresa. Mi abuela sí sabía, para así poder organizar la casa. En esas madrugadas se le ponían los ojos gigantes del asombro y la emoción cuando me veía.

Estando en Santiago el Tata me daba plata para comprarme lo que fuera. Era tanta que mi papá me la guardaba porque yo ni sabía cuántos dólares eran. Lo acompañaba a la Plaza Perú a caminar y a darle de comer pan a las palomas. Algunas tardes nos sentábamos en el lobby

del edifico a ver los carros y la gente pasar. En una ocasión se paró en frente un Mercedes Benz (del año). Me decía que esos Mercedes no servían y que el carro de él era “de lujo“, el mejor de Chile.

Mi papá siempre me decía que disfrutara a mis abuelos porque no sabía cuándo iba a ser el último viaje que los iba a ver. Gracias a Dios fueron varios viajes más que los pude visitar. Lo triste es que al estar lejos y verlos cada ciertos años era más notable cómo iban envejeciendo, la abuela más encorvada, el abuelo con bastón. Aun así, me impresionaba cómo seguían siendo activos.

Recuerdo los espectaculares almuerzos de comida árabe que hacía mi abuela con toda la familia unida en torno a una gran mesa con tíos y primos. Veía cómo mi abuela estaba en la cocina organizando que todo estuviera perfecto y cómo el abuelo disfrutaba el almuerzo. Las veces que me tocaba sentarme a su lado me llenaba el plato de varias porciones de comida para que probara todo (creo que todos pasaron por lo mismo). En una de esas tardes la abuela se puso a bailar con música árabe y quedé sorprendido con lo bien que lo hacía. Recuerdo que la acompañaba varias noches en su cuarto a ver televisión hasta que me diera sueño para irme a dormir.

Susana Bitar, Alejandra Chamas, Fernando Chamas y Fernando Chamas hijo, 2018, Bogotá

Susana Bitar

"Las personas sólo mueren cuando dejamos de recordarlas", por eso mis abuelos Nazmi y Julia siguen y seguirán viviendo entre nosotros.

En este momento estoy recibiendo de las manos de mi padre Carlos un conjunto tejido por mi abuela para mi bebé de 3 meses (ella tejió algunos pensando en sus bisnietos). Mi tía Kenny fue la encargada de atesorarlos.

Mis abuelos hacían la parada obligada en Caracas para vernos antes y después de su viaje anual a París y Siria, momentos inolvidables para sus 4 nietos venezolanos. Llegaban siempre con maletas llenas de juguetes, ropa, chocolates para nosotros y quesos para nuestros padres, con los que celebraban a sus anchas.

A mis 7 años me acuerdo de la fortaleza de mi Tata cuando me agarraba con mucha firmeza la mano a mí y a Fernando (sus nietos menores) y nos llevaba a la Pan París, famosa pastelería que aún existe, para comprar todo lo que podíamos comer nosotros y él. Al entrar a nuestra casa nos alborotaba el exquisito aroma de las delicias culinarias árabes que mi abuela estaba cocinando.

A ella la recuerdo como una persona incansable, o estaba en la cocina o en la terraza tejiendo.

Recuerdo también mis mejores momentos compartidos con ellos en Las Vertientes junto con mis tíos y primos. En esos almuerzos inolvidables mi Tata siempre me sentaba a su lado, me llenaba de comida el plato pretendiendo que comiera la misma cantidad que él. Todavía me resuena en mis oídos su voz "coma todo mijita, coma".

Como anécdota, algo que me quedo marcado de una conversación que tuve con mi Tata. Fue la siguiente:

Susy: ¿Tata, por qué no tienes pelo?

Nazmi: Porque vino un señor y me lo arrancó.

...esa noche no pude dormir de la impresión. Aún me río de ello.

ÚLTIMOS TESTIMONIOS

Nelly Castillo

(Nelly trabajó con Sergio Bitar en Caracas y con Nazmi en Lima).

Las cortas visitas de Don Nazmi a Plásticos El Pacífico, generalmente previas a un viaje a Europa, producían cierta tensión en el personal. No por querer mostrar eficiencia, que eso ya estaba bajo el control de Don Lorenzo, sino por el aspecto de las oficinas y de las personas.

En una oportunidad un empleado de contabilidad me pidió que anunciara con anticipación la llegada del "Ministro de Sanidad".

Observaba el orden en los escritorios, no soportaba carpetas por el piso ni sobre los archivadores. Y, sin más, "pedía" al empleado desaliñado mejorar su presentación personal.

Por mi parte, sus visitas me dejaban alguna enseñanza y el sabor de su cariñosa autoridad.

Guardo, como condecoraciones, el recuerdo de dos de sus comentarios.

Uno muy curioso: "trabajas muy bien, debiste ser hombre".

El otro, gratificante: "Eres inteligente porque te dije qué hacer, pero no cómo hacerlo, y ya está hecho".

Tenía gestos de cercanía hacia mí. Algunas veces me leyó poemas árabes, me indujo interés por el idioma francés, y en sus días de ayuno me explicaba los beneficios de éste.

Recuerdo un comentario gracioso después de ver a un nuevo empleado "¿Por qué han contratado a ese gordo?"

Don Nazmi no requería mucha atención, únicamente un té luego de su corta siesta. Decía que había que evitar los excesos.

Luis Eduardo Cortes

Luis Eduardo acompañó a Julia y Nazmi hasta sus últimas horas. Tenía 14 cuando empezó a trabajar con ellos en Las Vertientes. Había viajado desde el sur y estuvo ahí hasta los 17 años. Se inició como ayudante jardinero del cuidador de aquella quinta, los atendía los fines de semana y así lo fueron conociendo. Hasta que un día se quedaron sin mozo en Santiago, y él tomó su lugar, en agosto de 1990.

A diferencia de Nazmi, a quien recuerda como alguien complicado, estricto y exigente, Julia siempre fue dulce y paciente con él. "Era un amor conmigo, me enseñaba y me decía "tranquilo, paciencia. Hazlo así o asá"". Ella le enseñó a poner la mesa, servir y atender a la gente. Por eso y otras razones dice que la quería mucho. "Lo que sé y me permite ahora ganarme la vida, es gracias a ella".

Sobre Nazmi, agrega que "Era bien duro. Me costó mucho ganármelo". Después de su embolia cerebral se puso más arisco, pero empezó a necesitarlo más, lo que los acercó. Sin embargo, Nazmi se había vuelto desconfiado y Luis Eduardo no era la excepción. Desconfiaba de todos porque creía que le podían haber dado "algo" que causó su enfermedad. Durante años, Nazmi hablaba cosas que nadie entendía, y entonces se enojaba. Luis Eduardo se transformó en su "traductor" para los demás miembros de la familia.

En esa época, antes de que Julia muriera, Luis Eduardo llevaba a Nazmi a almorzar los miércoles al restorán Bavaria de Buin. Una vez fallecida Julia, salían los cuatro, con Lucy –quien cuidaba a Julia– y su hija Valentina quien, entonces pequeña, Nazmi decía que "era todo para él".

De los últimos meses de Nazmi –cuando ya tenía enfermero– Luis Eduardo recuerda las largas conversaciones durante sus baños de tina. Le decía que se sentara y le relataba sus recuerdos: cuando llegó a Chile, su viaje en barco; que en algunas partes lo trataban bien, en otras mal, y que trabajaba y trabajaba para no gastar sus seis monedas de oro.

Homs, Siria. 1927.

A los 16 años, Nazmi Bitar –padre de Sergio– es amenazado de muerte. Su trabajo juvenil como traductor en la Sûreté Générale, organización de la ocupación francesa en Siria y Líbano, en medio de una lucha por la independencia de su país, sumado a las difíciles condiciones de vida, impulsaron a sus padres a enviarlo raudamente a Chile, en compañía de otros muchachos de su edad. Luego de tomar un tren desde Homs a Beirut, y de un largo viaje en barco que recalaría en Marsella, Buenos Aires y Valparaíso, se instaló en una modesta pensión de Santiago.

Así comienza su experiencia en ese Chile convulsionado económica y políticamente, a fines de la década de 1920, al que arribaron tantos otros inmigrantes del Medio Oriente y de otros orígenes. Al igual que algunos de ellos, a veces pasó hambre. Aunque traía unas monedas de oro que su padre puso entre sus manos por si las necesitaba, Nazmi era orgulloso y resuelto: juró que nunca las ocuparía y nunca lo hizo. El tiempo lo vio pasar de hombre solitario a uno vinculado con diplomáticos y familias emprendedoras; de comerciante de telas a industrial, de soltero a orgulloso esposo de Juliette Chacra, ambos padres de 4 hijos, abuelos de 14 nietos y bisabuelos de 27 bisnietos.

ISBN 978-956-9197-97-0

9 789569 197970